



Antonio de Viedma

**Diario de un viaje a la costa de Patagonia
para reconocer los puntos en donde establecer poblaciones**

Con una descripción de la naturaleza de
los terrenos, de sus producciones y habitantes;
desde el puerto de Santa Elena hasta la boca
del Estrecho de Magallanes

-I-

Discurso preliminar al diario de Viedma

Han pasado más de tres siglos sobre las tierras antárticas del Nuevo Mundo sin agregar mucho al escaso caudal de noticias transmitidas por sus antiguos descubridores. Cuando por orden de Carlos II de Inglaterra observaba Halley las constelaciones del hemisferio austral; cuando el Gran Czar de Rusia dirigía los primeros pasos de Behring y de Tschirikow hacia el otro polo; mientras que los más ilustres navegantes de la Gran Bretaña y de Holanda se cruzaban en todos los mares: en épocas tan memorables para

las ciencias, la región magallánica fue completamente desatendida. Ni los anuncios de un pueblo gigante, ni la existencia de ciudades maravillosas², ni las promesas de ricos veneros de oro, bastaron a estimular la curiosidad de la Corte de Madrid, que trató a los patagones con el desprecio que le inspiraba su estado salvaje.

Esta indiferencia data desde los primeros años de la conquista, y ha quitado el brillo a los sucesos más importantes de que ha sido teatro esta parte del globo. El rey don Manuel de Portugal pone una escuadra a las órdenes de Vasco de Gama para penetrar a los mares de la India por la vía desconocida del Cabo de Buena Esperanza; y Carlos V, el más poderoso monarca de su siglo, desatiende los descubrimientos de Magallanes, ¡considerándose hasta dispensado de la obligación de publicarlos!

-II-

Ni fue más lisonjera la acogida que se hizo a los que siguieron las huellas de aquel desgraciado argonauta. ¿Dónde están los derroteros de Loaísa, de Alcazava, de Camargo, de Ladrilleros? Lo mismo hubiera sucedido con los demás diarios, a no haber tenido Pigafetta el cuidado de multiplicar las copias del que escribió de la navegación de Magallanes, y si el bibliotecario del Rey de España no hubiese entrado por accidente a una casa de almonedas en Madrid, en el acto de adjudicarse al más oferente el manuscrito original del diario de Sarmiento³. Quéjense cuanto quieran los escritores españoles de las justas reconvenciones hechas a su nación y sus gobiernos; afánense en buscar razones para justificarlos, nunca conseguirán borrar la nota de liberales que la mano de la posteridad ha impreso sobre su memoria. Es de esperarse, decía Robertson, que los españoles conocerán algún día que su espíritu misterioso es tan contrario a la buena política como a la generosidad.

Se lisonjeó la Corte de España de alejar de estos mares a las demás naciones; le parecía posible monopolizar su comercio, y afianzar de este modo el estado de aislamiento a que condenaba sus colonias. Había mandado también que se fortificasen las angosturas del Estrecho, y en setiembre de 1537 una escuadra de veintitrés buques, al mando del almirante Flores de Valdés, salió con este objeto de Sevilla, llevando a bordo al mismo Sarmiento, autor del proyecto, y a quien el Rey había condecorado con el título pomposo de Capitán General y Gobernador del Estrecho de Magallanes. El diario de esta expedición ofrece una serie continua de desastres, y arroja la idea la más desfavorable del estado del arte náutica en España, sin embargo de ser entonces una de las primeras potencias marítimas del mundo. De las veintitrés naos, y de su numerosa tripulación, sólo un buque llegó a su destino, con cerca de trescientos hombres, que sirvieron de núcleo a las dos colonias fundadas por Sarmiento bajo la advocación del Nombre de Jesús y de San Felipe. Pero, como si hubiese habido un particular empeño en cruzar las miras del gobierno español, por todas partes se hicieron aprestos para reconocer este nuevo camino abierto al comercio de la India por el genio de Magallanes y Cavendish, -III- Hawkins, Cordes, Noort, Spilberg, fueron los precursores de otros descubrimientos debidos al espíritu de asociación de los Europeos. El mal éxito de las colonias de Sarmiento⁴, que se atribuyó a la destemplanza del clima, y la posibilidad de evitar el Estrecho por el Cabo de Hornos, convencieron a la España de la inutilidad de sus esfuerzos para

cerrarlo. Después de haber enviado a los Nodales a cerciorarse de la existencia del paso recién descubierto por Lemaire (1616) entre las Tierras del Fuego y de los Estados, desistió de su intento, y se contentó con excluir a los extranjeros de los puertos de sus colonias. No por esto dejaron de frecuentarlos, y fueron incesantes sus conatos en todo el siglo XVII, y una gran parte del siguiente. A los viajes de exploración se siguieron los acometimientos de los flibustiers; a estos, las expediciones científicas, sin que la España manifestase siquiera la intención de oponerse a los unos, o de cooperar de algún modo a las otras. Pero los armamentos considerables que se hacían en Inglaterra, a principios del año de 1740, le infundieron recelos para la seguridad de sus establecimientos, y de los ingentes caudales que le traían los galeones de Acapulco y de Manilla: ordenó pues que una escuadra de seis buques, con más de 2000 hombres de tripulación, fuera a observar al comodoro Anson, que con fuerzas inferiores había salido de los puertos de Inglaterra.

Esta expedición, de que no se habla en la noticia histórica de los viajes al Estrecho de Magallanes⁵, ofrece un ejemplo extraordinario del valor de nuestros indígenas. Don Joseph Pizarro, jefe de la escuadra, después de cinco años de tentativas inútiles para penetrar al Pacífico, se había resignado a la triste necesidad de volver a España en el Asia, navío almirante de 70 cañones con más de 700 hombres de equipaje. Las grandes averías que había sufrido este buque en sus repetidos viajes al Cabo de Hornos; las pérdidas no menos considerables de su tripulación, y sobre todo el haber pasado cerca de tres años en el puerto de Montevideo, le habían -IV- quitado todos los elementos de movilidad, y fue preciso echar mano de la fuerza para proveerlo de marineros; con estos se mezclaron unos cuantos ingleses y contrabandistas, en clase de prisioneros, y además diez indios, con su cacique Orellana, últimos restos de tribus numerosas que habían caído en los campos del sud bajo el sable del maestro de campo San Martín. Expuestos a los bárbaros tratamientos de los españoles, estos últimos juraron vengarse, y prepararon en silencio las formidables armas que acostumbra manejar en el desierto. Con sus bolas, y unos cuantos cuchillos de que se habían provisto en el buque, acometieron al equipaje, y quinientos hombres cedieron vergonzosamente el campo a once salvajes. Vueltos de su estupor, los oficiales y soldados salieron de sus escondrijos, y lavaron esta afrenta en la sangre del cacique Orellana, a quien derribaron de un pistoletazo: sus demás compañeros prefirieron hundirse en el Océano más bien que tender el cuello a la cuchilla de los españoles⁶.

Mientras que se preparaba en Inglaterra la publicación del viaje de Anson, la Corte de Madrid, cediendo a las instancias de los padres de la Compañía de Jesús, ordenó que se hiciese un formal reconocimiento en las costas de Patagonia. Dos particulares (don Francisco García Huidobro, y don José de Villanueva Rico) se habían brindado a asistir a los misioneros, y habían obtenido del Rey el privilegio de introducir sin derecho en Buenos Aires algunos géneros de fábricas extranjeras; y aunque por el tenor de la contrata no debían franquear más que un buque de 80 toneladas, no pudieron cumplirla, y el gobierno se vio precisado a tomar por su cuenta los gastos de esta empresa. La expedición salió de Montevideo el 17 de diciembre de 1745, en la fragata San Antonio que acababa de llegar de España al mando

del capitán don Joaquín de Olivares. De los tres diarios que se llevaron en este viaje⁷, uno sólo fue publicado, (el -V- del padre Lozano) por haber sido enviado al padre Charlevoix, que se ocupaba entonces de juntar materiales para su Historia del Paraguay: los demás quedaron inéditos, y con ellos se perdió de vista el país que habían descrito⁸; hasta que por la cesión de las Maluinas, y para evitar que se formasen otros establecimientos clandestinos en las costas adyacentes, se ordenó a los gobernadores de Buenos Aires que las hiciesen registrar una vez cada año. Estos temores dieron lugar a los reconocimientos de Perler, y Pando en 1768, de Zizur en 1778, de Clairac, y Mesa en 1789, de Sanguineti en 1790, de Elizalde, y Peña en 1792, y de Gutiérrez de la Concha en 1794. Ningún rastro hemos hallado de estos trabajos, que tal vez han ido a aumentar el fárrago de los venerables códices, cuya impresión se anunció como inminente por un órgano oficial⁹.

Pero ya no era posible permanecer en tan vergonzosa apatía. Los progresos del poder naval de las grandes naciones europeas, su actividad mercantil, su ambición desmedida, y más que todo el espíritu de reforma que empezaba a cundir en los consejos de la Corte de Madrid, la determinaron a emprender la grande obra de un atlas marítimo. Los oficiales de más crédito de la marina española fueron llamados a participar de estas tareas, y Tofiño, Varela, Córdova, Galiano, Valdez, Malaspina, Churruca, recorrieron los mares para reconocer el inmenso litoral perteneciente a la dominación española en ambos mundos. Más liberal de lo que se había mostrado hasta entonces, la prensa de la península comunicó al público una parte de estos trabajos¹⁰; y si una intriga de palaciegos no hubiese inutilizado en un día -VI- el fruto de las largas e ilustradas investigaciones de Malaspina, el continente americano hubiera salido radiante de las tinieblas en que había quedado sumido por tantos siglos. A esta última época pertenecen también los ensayos de colonización que se practicaron en las costas de Patagonia. Iniciados por el celo evangélico de los misioneros, fueron continuados por el gobierno español, en cuyas manos se malograron, por medidas impróvidas y la incapacidad de sus delegados. Se obró con una mezquindad indigna de la gran nación que contaba con los tesoros del Perú y de Méjico. Conspiró también contra la existencia de estas colonias la veleidat de sus administradores: poco después de haber sido reconocida su oportunidad, el virrey Vertiz, y el intendente Sanz opinaron que debían ser abandonados, y este consejo, adoptado por la Junta de Estado en Madrid, no dejó en pie más que el presidio aún existente en la margen interior del Río Negro. La resolución de la Junta fue comunicada al virrey Arredondo en noviembre de 1791, sin embargo del privilegio recién acordado a la Compañía Marítima, de formar uno o más establecimientos en Patagonia¹¹. Se había empezado por el Puerto Deseado, que disfrutaba de cierta celebridad por ser el punto de arribada de todos los buques que se dirigían al Pacífico por el Estrecho de Magallanes; pero al poco tiempo de haberse echado los cimientos de esta colonia, se exoneró a la Compañía de la obligación de sostenerla, inculcando al Virrey de mantener a toda costa la posesión de aquel puerto, aunque sólo fuera como un presidio¹². A pesar de esta recomendación, los pobladores se hallaron expuestos -VII- a los mayores conflictos, y tuvieron que replegarse al Río Negro, huyendo del hambre y de los indios

que los tenían sitiados.

Igual desenlace tuvo la colonia de la Bahía de San Julián, cuya colonización forma el asunto del presente diario. Con más felices auspicios el nombre de Viedma hubiera figurado en la historia de Patagonia como el de Cécrope en la Atica. Tres individuos del mismo apellido, Andrés, Antonio y Francisco, pasaron a América en 1778 para ponerse al frente de los nuevos establecimientos que debían fundarse en el sud de esta Provincia. El primero de ellos estuvo algún tiempo con el carácter de Superintendente en la Bahía de San Julián, de donde se retiró por demente, sucediéndole su hermano don Antonio que le había acompañado en clase de tesorero; y don Francisco, después de haber reemplazado a Piedra en la administración del Río Negro, fue promovido a intendente de la provincia de Cochabamba, donde recibió el nuncio de la muerte de sus hermanos, que habían regresado a España.

En su breve morada en San Julián, se aplicó don Antonio a reconocer el país, y a trabar relación con los indios. Fue también personalmente a explorar el curso del Río de Santa Cruz, que vio salir de una laguna, de un perímetro irregular, tendida de NO a SO al pie de los Andes¹³. Su derrotero es el siguiente:

Del establecimiento de San Julián a Galala 2leguas

___a Yela³

___a Atepes³

___a Lael⁵

___a Camoé²

___a Castra³

___a Oenna⁴

___a Río Chico, que sale de otra laguna, y desagua en la Bahía de Santa Cruz 4

___a Tapú⁴

___a Río Chalia, que nace también de una laguna, y se une al río de Santa Cruz 10

___a Quesanexes, en las márgenes del río Chalia. (Hay una piedra como una torre, a la que los indios dan el nombre de Quesanexes.

Este paraje queda en los 50° 11') 8

___a la laguna de donde fluye el río de Santa Cruz, haciendo alto en Capar 8

Distancia total recorrida en este reconocimiento 55

-VIII-

Los pormenores de esta excursión, aunque diminutos, no son de desdeñarse, porque arrojan alguna luz sobre una de las partes más ignoradas del continente americano. Merece también ser estudiado el bosquejo de la vida de los patagones, y el elenco de sus voces, tan distinto del que publicó Pigafetta en la relación del viaje de Magallanes. Es notable la heterogeneidad de estos pequeños glosarios, no sólo entre sí, sino comparados con el de los araucanos, que han sido los primeros pobladores de estos parajes. Ni es la única diferencia que se advierte en estas tribus, sino que son tan distintos sus lineamientos, como idénticos sus hábitos, y hasta sus creencias. El indio chileno es prócer, activo, inteligente; y su perfil regular, su tez despejada, sus ojos cerúleos, le

dan algún punto de contacto con la raza malaya, de donde probablemente proceden estas tribus, que, bajo distintos nombres, pueblan la parte austral de América. Pero el pampa tiene cara aplastada, color parduzco, nariz roma, boca ancha, labios tûmidos, dientes blanquísimos, cuerpo abultado, barba lampiña, cabello negro, lacio y áspero; y su vida de jinete contribuye a enflaquecer y encorvar sus piernas, y da a sus pies, naturalmente chicos, una posición convergente; no así el ranquel, que en su traza ignoble, su pelo crespo y su color hosco, lleva todos los indicios de una casta degenerada. Los que menos han variado de su tipo primitivo son los tehuelches, o patagones, cuyo origen araucano resalta en sus facciones, como en sus usos; sin más diferencia que en la barba, que los demás indios arrancan, y que ellos sólo conservan. Estos son los que por una antigua tradición, y por declaraciones explícitas de tantos viajeros, han sido tenidos por gigantes, mientras que en realidad no exceden las proporciones ordinarias de la especie humana, aunque sean de talla más aventajada que los pampas. En todas estas castas es casi general la costumbre de alterar en los niños la forma natural del cráneo, sujetándolo a la cuna con ataduras, de cuya operación resulta una concavidad en el hueso occipital, precisamente donde Gall y Spurzheim colocan el órgano de la filoprogenitura. Esta compresión se extiende también a los órganos laterales, (adhesioneidad), y si su parcial o completa obliteración tuviese el efecto que produce en el hombre la pérdida de los genitales, con los sentimientos de paternidad deberían debilitarse o extinguirse los de amor a cualquier otro objeto; lo que sea desmentido por los hechos, porque en todas estas razas es muy grande el apego a sus familias, sus armas, sus caballos, y a las pocas prendas que poseen.

-IX-

Al través de tantas anomalías, si la identidad de hábitos bastase a probar la de la cuna, no sería posible negarla. En los actos públicos, en la vida privada, sea que se reúnan en parlamentos; sea que celebren sus nupcias, sus puerperios, sus entierros, todos ellos siguen los mismos trámites como si perteneciesen a una sola familia. Hasta en sus idiomas, a primera vista tan disímiles entre sí, se descubre cierta sinonimia, que no puede ser el efecto de combinaciones fortuitas. Para no extendernos demasiado nos limitaremos a unos cuantos ejemplos.

En el Estrecho de Magallanes Sarmiento halló una ensenada, que los indios llamaban Pucha-chailgua; voz que en el dialecto araucano significa pescado chico¹⁴. Los norteamericanos Arms y Coan¹⁵, que pasaron algunos meses entre los indios de la Bahía de San Gregorio, les oyeron dar el nombre de hodle a la aguja con que zurcían los cueros; y entre los araucanos hodúmn significa agujerear, y le es una posposición, que añadida a los verbos importa actualidad en la acción que ellos expresan¹⁶. Aún más evidente es la etimología chilena de la mayor parte de los nombres inscritos por Viedma en su itinerario del viaje al Río de Santa Cruz. Galala, o ghalghal, son unos hongos que se crían en los robles; lael es la viuda; tapú, la hoja; chali, o challhua el pescado; capar, la mitad de alguna cosa, etc. Casi todos los caciques, con quienes tuvo relaciones este jefe, nevaban nombres araucanos. Gorgona, o goygoin, significa ruido, chayguasó chaybue, una canastita para colar chicha, o para cerner harina;

ulqui-queque, ullgin-queñque, puerta ciega, o tapiada; camelo, o camel, el año pasado onos, u oñom, el que se pone tras de otro. Estas analogías, y muchas otras que omitimos, confirman el origen trasandino de estos indios que según cálculos recientes y probables, son muy pocos en el vasto espacio comprendido entre el Río Negro y el Estrecho de Magallanes, desde las costas del Océano hasta las faldas orientales de los Andes¹⁷.

-X-

Si debemos prestar crédito a sus caciques, el interior del país es un espeso tejido de plantas silvestres, entre las cuales se distinguen la quinúa¹⁸, el molle¹⁹, el ugní²⁰, el colíú²¹, el theyge²², el boighe²³, el chañar²⁴, el huancú²⁵, el abedul²⁶, el pehuen²⁷, que brotan con vigor de un terreno salitroso, regado por aguas impotables. El guanaco, el tigre o nahuel²⁸, el león o pagi²⁹, el aguará³⁰, el zorrino o chingue³¹, el armadillo o covur en todas sus variedades³², el avestruz o huanque, y un enjambre de perros, pueblan estos desiertos, y sirven de compañeros, o alimento a sus moradores. En las costas, el penguin³³, con su figura exótica y su actitud silenciosa, representa al vivo -XI- el estado salvaje de estos desiertos, y la Cordillera, donde se anida el cóndor³⁴, levanta sus crestas nevadas en el fondo de este cuadro de desolación y de luto. Todas las afecciones atmosféricas toman en esta zona un carácter imponente: las tormentas estallan con furor, los vientos se convierten en huracanes, las nubes se deshacen en torrentes, y en los momentos de calma, la refracción de la luz reproduce los fenómenos más singulares, que han sido el tema de tantas conjeturas. El mirage, las auroras australes, y hasta las apariciones fantásticas de la Fatamorgana, despliegan toda su magia en el silencio de estas regiones³⁵.

Sin embargo, un clima severo pero no insalubre; un suelo improductivo pero no estéril; puertos solitarios pero no inaccesibles, son condiciones favorables para el asiento de nuevas colonias. Entre los 40 y 50 grados medran Nueva York, Boston, Albany, Portland, Montreal, Quebec, en la América del Norte: estos mismos paralelos encierran la Francia, la Suiza, el Austria, la Turquía Europea, la mitad de la Península Ibérica, casi toda la Italia, llamada con razón el jardín del mundo; y fuera de estos límites, en latitudes mucho más elevadas, se agolpa la población en Londres, Dublín, Edimburgo, Amsterdam, Berlín, Varsavia, Copenhague, Estocolmo, San Petersburgo, Moscow. La opinión que ha prevalecido hasta ahora de la mayor frialdad de este hemisferio, aunque cuente en su favor el sufragio de escritores eminentes, nos parece poco fundada; porque, al comparar el temple de dos puntos equidistantes de la línea en zonas opuestas, se ha hecho abstracción de su estado respectivo-explotado y poblado el uno, inculto, y desierto el otro: esta diferencia baste tal vez a explicar la que pueda notarse en el clima, que por otra parte no es tan considerable como se asegura. En el Estrecho de Magallanes, donde el invierno es más rígido, los indios no tienen más abrigo que una gran capa de pieles, y su pequeño toldo de cueros: mientras que en el centro de Europa, -XII- el suizo, el alemán, el holandés, mejor vestidos y alimentados, necesitan calentar su habitación, y hacerla impenetrable al aire exterior. Las cotorras, las golondrinas, y hasta el colibrí, no son desconocidos en el Estrecho³⁶, donde despliega su lozanía el canelo³⁷, planta delicada de los trópicos, que vegeta tristemente encerrada en los

jardines europeos. ¿Y el hombre, que vive en todos los climas, no se atreverá a explotar un terreno que no le opone ninguna de las dificultades con que han tenido que luchar los colonos norteamericanos?

Si la España hubiese procedido con más acierto en sus ensayos de colonización en Patagonia, no se hubiera perpetuado un error, que sólo puede ser desterrado por otros ensayos; y la República Argentina debe empeñarse en repetirlos, porque sólo en aquellas costas hallará puertos y astilleros para desplegar su poder marítimo.

El señor Humboldt, en sus curiosas investigaciones sobre las zonas isothermas, equipara el calor medio de las Maluinas con el de Gotinga, ciudad Antaecia en el otro polo, y hasta con el de Berna, Ginebra, Zurich, Viena, Manheim, de latitudes inferiores, sin embargo que la posición de estas islas, tan expuestas al soplo helado de los vientos polares, es más desfavorable que la de cualquier otro punto de la costa patagónica. En la Bahía de San Julián, uno de los más australes, «el trigo dio 5, 7 y 8 espigas, y la cebada 13 en cada macolla»³⁸. Pero se pasaron tres años sin tomar medida alguna para aumentar las provisiones, y sólo cuando se vieron agotadas se echó mano de los trabajos agrícolas por donde debió haberse empezado: esta incuria decidió de la suerte de la colonia. La posibilidad de conservarla se infiere del sentimiento tardío que expresó su fundador al separarse de ella: «Abandonamos, dice Viedma, el establecimiento, con presencia de habernos ya asegurado de lo saludable del clima, y fructífero del suelo». Esta declaración es un título precioso para la Bahía de San Julián, y debe tenerse presente cuando se trate de recolonizarla.

-XIII-

Después del reconocimiento de Viedma, la región magallánica ha sido visitada por hábiles y afamados marinos: los que han puesto más esmero en explorarla han sido Córdova y Malaspina en el siglo anterior, Weddell, Morrelli, King, Fitz Roy, y Foster en el presente. Con el escepticismo tan propio de nuestra época, se ha dejado de medir a los gigantes, para sondear los puertos, calcular la fuerza de los vientos, la elevación de las mareas, las variaciones del barómetro, del termómetro, y de la aguja magnética. Pero, si estas investigaciones han esparcido alguna luz sobre las costas, poco o nada han agregado al conocimiento de la topografía interior, y los geógrafos modernos siguen hablando de los Césares, ¡que uno de los más acreditados coloca entre las puntas del río Camarones, y las del río Gallegos³⁹! Ni es nuestro ánimo reconvenirlos por estos errores, que hasta cierto punto pueden considerarse como inevitables. Antes de los últimos reconocimientos practicados por orden del señor general Rosas, actual Gobernador de esta Provincia, poco o nada se sabía del Río Colorado y del Negro, sin embargo de haber sido explorados repetidas veces en tiempo del gobierno peninsular; y ahora mismo no creemos que haya quien pueda hablar con acierto de entrambos. El río Camarones, que algunos mapas hacen desembocar cerca del Cabo Blanco en el Océano, ha sido suprimido en otros, porque se ha dudado de su existencia; así como se duda de la de la Isla Pepys, descubierta por Cowley en 1683, cuya latitud determinó Halley, y que un piloto español nos ha dejado descrita con tantos detalles⁴⁰, que se necesita un gran fondo de incredulidad para declararla imaginaria.

Pedro de Angelis

Buenos Aires, 20 de junio de 1839.

-[XIV]- -XV-

Catálogo de algunas voces que ha sido posible oír y entender a los indios patagones que frecuentan las inmediaciones de la Bahía de San Julián; comunicado al virrey de Buenos Aires, don Juan José de Vertiz, en carta de 8 de febrero de 1713, por don Antonio de Viedma.

A

A, los muslos.
Achamen, el limón.
Acheque, los lomos.
Algue, andar, o caminar.
Amar, el esófago.
Aoca, la pluma.
Aoquen, despachar a uno riñendo.
Asquen, la olla.

C

Cacha, la estopa.
Cachan, el color canario.
Calten, el color azul.
Caman, beber.
Caolecache, la frente.
Capan, el color encarnado.
Carro, toda madera.
Catam, comer.
Chana, la piedra.
Chopa, todo lienzo blanco.
Chata, el higo.
Cheguan, llover.
Chonoé, el zapato.
Chymél, caerse muerto.
Cochas, las tolderías de indios, y toda habitación.
Cochel, la cinta.
Coja, el gorro.
Conelquen, la cosa pequeña.
Coquen, ponerse el sol.
Cor, los dientes.

Correcoquen, oro.
Cosen, o cusen, el viento.

D

Dadè, la leche.
Dén, la lengua.

E

Elquè, las piernas.
Esquepaca, echar.

G

Ganequen, más grande.
Ganiquen, un poco mayor.
Gén, la navaja o el cuchillo.
Gené, las orejas.
Genguel, levantarse.
Gesiosque, Januta y Lé, pedir algo.
Got, el pelo.
Gótal, los ojos.
Guanaquerque, los hermanos.
Guata, la hebilla.
Guel, la cabeza.
Guenesen, aquel.
Guerreumamage, la sangre.
Guoygetano, la llave.

Y

Yambajá, la escopea.
Yequegaxax, lavarse la cara.
Yetachoyjan, escuchar.
Yguél, pelear.

J

Jach, el fuego.
Janequel, el hijo.
Jarra, el agua.
Jarroguentaja, llamar a comer a uno.
Jasme, tú.
Jatalemata, el color morado.
Joesija, dar algo.
Jolja, el clavo.
Joljar, la aguja.
Jonan, el color negro.
Jop, los labios.
Joten-naque, irse a dormir.

-XVI-

K

Ká, el hombro.
Kag, las lágrimas.
Kal, el pie.
Kengol, el color blanco.

L

Laza, el cordel.

M

Maca, la luz encendida.
Mamag, la puñalada.
Maomasquegen, amenazar con el cuchillo.
Masme, yo.
Matach, el sable.
Mauquen, otro más.
Mayga, la nieve.
Mersen, el otro.
Monson, aquel.

N

Namesqueta, volver al mismo sitio de donde se sale.

Naquemame, abrir alguna cosa.

Noma, el camino.

O

OI, la leña.

Oma, el huevo de gallina.

Ontàn, sonarse las narices.

Oquibolja, el brazo.

Ore, los dedos.

Ota, el ramo de flores.

Ota capen, la silla de anea.

Otenchenana, roncar.

P

Paca, el humo.

Pache, el peine.

Parram, estornudar.

Pén, sentarse.

Posele, mojarse una cosa.

Q

Quecar, quejarse.

Queoquen, salir el sol.

Queyrè, cerrar alguna cosa.

S

Sagua, las venas.

Salga, el poncho.

Saque, suspirar.

Seg, los latidos del corazón.
Sequen, la barba.
Sóen, el sol.
Suni, mañana.

T

Tacanaja, toser.
Tacapatge, la lazada.
Tacayarroe, el dolor.
Taguaèjoltoc, la unión de muchas piezas.
Tajarranane, el relincho.
Tajatarparpe, el nudo.
Tam, las rodillas.
Taocaró, el hoyo.
Taolequech, el polvo.
Taotalpoc, el ruido.
Tapaján, escupir.
Tapal, los tobillos.
Tapalca, enlazar.
Tapaljat, cosa raída.
Tapar, la muñeca.
Taposoc, la luz apagada.
Taróa, las plantas de los pies.
Tartár, la mancha.
Tasa, el vaso, pocillo, etc.
Te, el color verde.
Té, el talón.
Tecòl, el barro.
Tegejan, el pulso.
Teguacane, tropezar, y caer.
Telgo, la tierra.
Teques, el codo.
Terneque, mucho mayor.
Terroch, la luna.
Tetajae, romper algo.
Tetarre, la coz.
Téy, el hilo.

1. Jauque.
 2. Jaucaya.
 3. As.
 4. Jaque.
 5. Gesen.
 6. Guenecas.
 7. Oque.
 8. Guenequejan.
 9. Jamequechan.
 10. Jaquen.
 11. Jauquecax.
 12. Jaucayacax.
 13. Ascax.
 14. Jaquecar.
 15. Gesencax.
 16. Guenescacax.
 17. Oquecax.
 18. Guenequejancax.
 19. Jamequechancax.
 20. Jaucajaquen.
 30. Jaquencax.
 40. Unicarcaor.
 50. Guenecarcaor.
- Onchenque, la media hora, o la mitad.

Otras palabras del idioma de los patagones, publicadas por Pigafetta en la relación del viaje de Magallanes

- Aniel, negro.
- Aro, mar.
- Asquie, pelo o barba.
- Boi, cabaña.
- Cabar, raíz de que se hace pan.
- Calischon, hombre.
- Caneghin, palma de la mano.
- Chalipechemi, sol.
- Cheiche, encarnado.
- Cheleule, divinidad subalterna.
- Chen, no.
- Cherecai, pan.
- Cho, corazón.
- Chone, mano.
- Ceí, sí.
- Cori, dedo.

Coss, pierna.
Elo, olla.
Gechel, cuerpo.
Her, cabeza.
Hoi, pescado.
Jacche, humo.
Kaika, estrecho.
Lialeme, fuego.
Mecchiere, comer.
Ochii, pecho.
Ohome, tormenta.
Ohumoi, garganta.
Oli, agua o aceite.
Or, nariz.
Othen, seno.
Other, ojo.
Oui, viento.
Piam, boca.
Pelpeti, oro.
Perchi, planta de los pies y zuela.
Save, oreja.
Schial, lengua.
Sechechier, cejas.
Secheli, color azul.
Sechen, barba, parte inferior del rostro.
Sétébos, divinidad.
Setreu, estrella.
Sor, diente.
Tehe, pie.
There, talón.

-[XVIII]- -XIX-

Apuntes históricos de la Isla Pepys

En el mes de diciembre de 1613 el capitán Cowley, pirata inglés, en un buque de 40 cañones que acababa de apresar en la costa de Guinea, avistó por los 47° de latitud S una isla desconocida y deshabitada, a la que llamó Pepys, en honor de Samuel Pepys, secretario del duque de York, Grande Almirante de Inglaterra⁴¹. El poco o ningún crédito que disfrutaba entonces el autor de este hallazgo, lo hizo mirar con indiferencia, a lo que pudo haber contribuido la supresión que se hizo, en la publicación de su diario, de la mayor parte de los detalles relativos a esta isla. Pero, habiendo sido señalada, en la relación del viaje del Comodoro, Anson, como un punto favorable para los buques que se proponían pasar a la Mar del Sud por el Estrecho de Magallanes, o el Cabo de Hornos, el Almirantazgo de Londres acogió con interés esta indicación, y recomendó de un modo

especial al comodoro Byron de reconocer la Isla Pepys, y las de Falkland, que, por haber sido descubiertas por individuos de su nación, eran consideradas como partes de la corona de Inglaterra.

En diciembre de 1764 Byron salió con dos buques de Puerto Deseado, y cruzó en aquellos mares para descubrir la Isla Pepys: pero desistió de su intento, después de haber adquirido todos los indicios de hallarse cerca de ella; lo mismo sucedió con Bougainville y Cook, que negaron positivamente la existencia de la Isla Pepys, solamente porque no la habían encontrado. Desde entonces se dejó de buscarla, y hasta se borró de los mapas, relegándola, en el número de las tierras imaginarias.

Sin embargo es imposible expresarse de un modo más positivo de lo que hizo Cowley al hablar de su descubrimiento: el aspecto de -XX- la isla, el de sus costas, y de su puerto; la profundidad de las aguas, la calidad del fondo, las aves que la frecuentaban, y las plantas que vio flotar en sus inmediaciones, todo está relatado con una sencillez que inspira confianza.

Ni omitió indicar la latitud, y si no hizo otro tanto con la longitud fue porque en aquella época eran tan imperfectos los instrumentos y los métodos para determinar las longitudes marítimas, que no había cómo hacerlo correctamente: muchos años después, un gran geógrafo⁴² reprochó al doctor Halley haberse equivocado diez grados en fijar la longitud de la boca oriental del Estrecho de Magallanes; y sin embargo este famoso astrónomo había fundado sus cálculos en un eclipse de luna, observada simultáneamente, en setiembre de 1670, por Wood, oficial de la escuadra de Narborough, en la bahía de San Julián, y por Hevelio de Danzique. Las conjeturas de Deisle fueron confirmadas después por Frézier, y por el mismo Anson, compatriota y amigo de Halley, que en su diario publicado por Walter dice, que las costas del Brasil, con las opuestas en el mar del sud, están bien colocadas: pero no así la de Patagonia, desde el Río de la Plata, con el lado correspondiente al oeste, que se inclinan gradualmente demasiado al poniente; de suerte que, a su modo de ver, el Estrecho de Magallanes dista casi cincuenta leguas de su verdadera posición; «al menos, sigue diciendo, tal es el resultado de las observaciones de toda nuestra escuadra, que coinciden perfectamente con las del caballero Narboroug»⁴³.

Este error en la determinación de la costa excusa hasta cierto punto el mal éxito de las diligencias que se han practicado hasta ahora para descubrir la Isla Pepys. Sin más datos que su distancia del ecuador, los que la han buscado, han tenido que luchar con la dificultad de correr muchos grados de un solo paralelo en una mar agitada, que no permite mantenerse siempre en la misma altura. Ni suplía a esta falta la precaución tomada por Halley de colocar la Isla Pepys a 80 leguas de Cabo Blanco en la costa de Patagonia, por ser varia y arbitraria semejante indicación. Pero basta fijarse algún tanto en los extractos de Byron, Cook, Bougainville, para notar que todos ellos se vieron rodeados de sargasos⁴⁴, y de un número considerable de aves al acercarse al punto -XXI- indicado por Cowley. A las 80 u 85 leguas de la costa estas apariciones son indicios seguros de la proximidad de tierra; porque si es cierto que a esta distancia pueden hallarse algunas aves aisladas, es fuera de toda probabilidad y sin ejemplo, que se les encuentre por bandadas.

Los que, como Byron, han pretendido que Cowley confundió la Isla Pepys con las Sebaldes, han explicado por una hipótesis absurda un hecho obscuro, pero no improbable. El que hace materialmente en un buque cuatro grados del meridiano, para pasar de la latitud de 47° a la de 51°, en que yacen las Sebaldes, es imposible que las confunda hasta el punto de creerlas una sola y misma tierra. ¡Y sin embargo este concepto vulgar ha hallado cabida en la mente ilustrada de los más grandes marinos del siglo anterior! Nadie ha dudado del error de Cowley, y todos han declarado inexistente la Isla Pepys, así como en otros tiempos se tuvieron por fantásticos los descubrimientos de Quiros, y de Mendaña.

La historia de la geografía ministra varios ejemplos de estas incredulidades. La Pérouse afirmó que no existía la Isla de la Ascensión⁴⁵, y la borró en su mapa⁴⁶; mientras que otro oficial de la marina francesa había estado en ella, y determinado su latitud al sud de la -XXII- Isla de Trinidad. Lo mismo ha sucedido con la Isla Pepys: declarada imaginaria por Byron, Cook, Bougainville, y La Pérouse, fue avistada por un obscuro piloto que volvía de Maluinas a Montevideo en un buque mercante. Su informe, elevado al conocimiento del ministerio español, pasó a consulta de don Jorge Juan, que presidía entonces el Departamento de Marina, y que no trepidó en reconocer y declarar la identidad de la «Isla Catalana» de Puig con la Pepys de Cowley. Para no debilitar la fuerza de sus argumentos nos hemos resuelto, (a pesar de las dificultades que encontramos en hacer uso de nuestros documentos gráficos inéditos), a reunir en un solo mapa tres croquis de esta isla: el 1.º tal cual la vio Cowley; el 2.º, según la dibujó Puig, en su informe, que en copia autorizada conservamos en poder nuestro; y el 3.º, tomado de otro plan, cuya originalidad es lo único que nos es dado garantizar, por haber llegado a nuestras manos sin más indicaciones que las que lo acompañan. Por grande que sea el crédito de los que han negado la existencia de la Isla Pepys, no debe sobreponerse al convencimiento que producen las declaraciones explícitas de los que la han visitado.

Pedro de Angelis

-XXIII-

Extractos de varias obras que tratan de la Isla Pepys

- I -

(Viaje de Cowley, en 1683)

Seguimos navegando al SO hasta los 47° de latitud. Entonces avistamos al

oeste una isla desconocida y deshabitada, a la que llamé Pepys. Se puede hacer cómodamente en ella aguada y leña. Su puerto es excelente, y capaz de recibir con seguridad a mil buques. Vimos una gran cantidad de aves en esta isla, y opinamos que el pescado debía abundar en sus costas, por estar rodeadas de un fondo de arena y piedra.

- II -

(Viaje de Anson, en 1740-44)

...Acabo de probar que todas nuestras empresas en la mar del sud corren un gran riesgo de malograrse, mientras que tengamos que arribar al Brasil; y por lo mismo cualquier otro arbitrio que tienda a librarnos de esta necesidad, es ciertamente digno de fijar la atención pública. El mejor que pueda sugerirse es sin duda buscar otro punto más al sud, donde nuestros buques puedan descansar, y abastecerse de artículos necesarios para seguir su viaje al Cabo de Hornos. Tenemos ya una idea imperfecta de dos parajes que, si fuesen reconocidos, podrían tal vez hallarse a propósito para este objeto. El uno es la Isla Pepys, en los 47° de latitud S, y según el doctor Halley, a 80 leguas del Cabo Blanco en la costa de los Patagones. El segundo son las Islas de Falkland, en los 51° de latitud, y casi al sud de la Isla Pepys. Esta última fue descubierta, el año de 1683, por el Capitán Cowley, en su viaje alrededor del mundo, que la representa como un paraje muy cómodo para proveerse de agua y leña, con un excelente puerto, capaz de abrigar con toda seguridad a más de mil buques. Añade también que esta isla abunda de aves, y que, siendo sus costas de piedra y arena, debe haber sin duda una gran cantidad de pescados». (Lib. I. cap. 9.)

- III -

(Instrucciones del Almirantazgo Inglés al comodoro Byron para su viaje de exploración en los mares del sud, en 1764)

Por cuanto nada redundará más en honor de esta nación como poder marítimo, en la dignidad de la corona de Inglaterra y en los progresos de su comercio y navegación, -XXIV- como los descubrimientos que se hagan en

países hasta ahora desconocidos; y por cuanto hay motivo para creer que tierras e islas de grande extensión, nunca visitadas por ninguna potencia europea, puedan hallarse en el Océano Atlántico, entre el Cabo de Buena Esperanza y el Estrecho de Magallanes, en latitudes a propósito para la navegación, y en climas favorables al producto de artículos ventajosos al comercio; y por cuanto las islas de Su Majestad, llamadas Isla Pepys, e islas de Falkland, situadas en aquellos mares, sin embargo, de haber sido descubiertas y visitadas la primera vez por navegantes ingleses, nunca han sido suficientemente exploradas, para formarse una idea adecuada de sus costas y producciones: Su Majestad, tomando en consideración estos antecedentes, y convencido de que no puede presentarse una ocasión más oportuna para una empresa de esta naturaleza, que el estado de profunda paz de que felizmente disfrutaban en el día sus reinos, ha tenido a bien mandar que se ejecute al presente».

- IV -

(Viaje del comodoro Byron, en 1764)

(5 de diciembre). Al salir de Puerto Deseado, fuimos a reconocer la Isla Pepys, que se pretende estar por los 47° de latitud S. Nos hallábamos entonces por los 47° 22' de latitud S, y 55° 49' de longitud O. Puerto Deseado quedaba a 23 leguas al S 66° O, y la Isla Pepys, según el mapa de Halley, al E $\frac{3}{4}$ de rumbo al N, a distancia de 30 leguas. La declinación de la aguja era de 19° al E.

El día siguiente, 6, continuamos nuestra ruta con viento favorable, y al ver un día tan despejado, nos alegramos, y empezamos a creer que esta parte del globo no carecía enteramente de verano.

El 7 me hallé mucho más al N de lo que creía; y pensé que el buque había sido arrastrado de las corrientes. Había ya corrido 80 leguas al E, que es lo que dista la Isla Pepys del continente, según Halley; pero desgraciadamente la situación de esta isla es muy dudosa. Cowley es el único que pretende haberla observado; todo lo que dice de su posición se reduce a que se halla por los 47° de latitud S, sin determinar su longitud. Habla también de la belleza de su puerto, pero añade que un viento recio contrario le impidió atracar, y que siguió viaje al S.

En este estado yo goberné también al S, porque, hallándose el cielo sin nubes, podía abrazar con la vista un gran trecho del horizonte, al N de la posición que se asigna a esta isla. Como yo suponía que, en el caso de existir realmente, debía quedar al E de nosotros, hice señal a la Tamar de alejarse por la tarde, dejando entre nosotros un espacio de cerca de 20 leguas, para dar más seguramente con esta tierra. Gobernamos al SE del compás, y al anochecer nos pusimos a la capa, hallándonos, según nuestra

estima, por los 47° 18' de latitud S.

Al día siguiente, 8, tuvimos un viento fresco por la parte de NO ¼ N, y yo creí también que la isla podría aparecernos al E. De consiguiente me resolví a hacer 30 leguas por aquel rumbo, y en caso de no descubrir nada, volver a la misma latitud de 47°. Pero, como el viento había refrescado mucho y la mar estaba ampollada, a eso de las seis de tarde me vi precisado a ponerme a la capa bajo la vela mayor.

Al día siguiente, 9, a las seis de la mañana, habiendo pasado el viento al E SO, -XXV- gobernamos al N con las velas mayores. Calculé entonces que nos hallábamos a 16 leguas, y al E del punto de donde habíamos salido. Puerto Deseado quedaba al S de nosotros, a 80° 53' O, y a 85 leguas de distancia. Vimos entonces una gran cantidad de sargasos, y muchas aves.

Al día siguiente, 10, continuamos nuestro rumbo al N con las velas mayores, y un viento recio de SO a NO, estando la mar muy agitada. A la tarde, hallándonos por los 46° 50' de latitud S, viré de bordo, con viento en popa, y volví a tomar mi rumbo al O. Nuestros buques se separaban cada vez más uno de otro, en cuanto podían hacerlo sin perderse de vista.

Convencido por fin de que la isla indicada por Cowley, y descrita por Halley con el nombre de Isla Pepys, no existía, resolví el 11, a mediodía, acercarme al continente, y arribar al primer puerto cómodo para hacer aguada y leña, de que escaseábamos bastante. La estación estaba ya avanzada, y no nos quedaba tiempo que perder. Desde este momento continuamos a dirigirnos hacia el continente para descubrir las Sebaldes que, según todas las cartas que teníamos a bordo, no debían estar muy distantes de la ruta que seguíamos.

.....
.....

(Enero de 1765). En nombre de la Gran Bretaña tomé posesión de este puerto (Egmont), y de las islas adyacentes, llamadas islas de Falkland. Es casi indudable que estas islas son la misma tierra nombrada por Cowley, Isla Pepys.

En la relación impresa de su viaje, dice: «Nos dirigimos al SO hasta llegar a la latitud de 47°, donde vimos la tierra al E. Esta tierra, hasta entonces desconocida, es una isla deshabitada, a la que llamé Isla Pepys. La hallé muy a propósito para servir de escala a los buques que necesitan hacer aguada y leña; tiene un excelente puerto en donde pueden anclar con seguridad mil velas. Contiene un número considerable de aves, y presumimos que las costas debían ser abundantes de pescado al ver que el fondo es de piedra y arena».

A esta relación se acompaña el plano de la Isla Pepys, en que se han puesto nombres a las puntas y cabos más notables. Sin embargo, parece que Cowley no vio a esta tierra sino de lejos, porque añade: «La violencia del viento era tal que nos fue imposible atracar a ella para hacer aguada. Nos elevamos al S, dirigiendo nuestro rumbo al S SO, hasta la latitud de 53°».

Aunque es cierto que no hay bosques en las Islas de Falkland, sin embargo la Isla Pepys, y las Islas de Falkland podrían muy bien ser la misma tierra; porque en estas últimas se cría una inmensa cantidad de espadañas y juncos, cuyos tallos, altos y compactos, presentan a la distancia el aspecto de un bosque. Los franceses, que abordaron a estas islas en 1764,

tomaron por árboles a estos juncales, según se refiere en la relación que el abad Pernetty publicó de este viaje.

Ocurrió la duda de que en el manuscrito que sirvió de texto a la impresión del diario de Cowley, se hubiese apuntado la latitud en guarismos, los que formados con negligencia podrían ser tomados igualmente por 47, o 51; pero en estos mares ninguna isla se halla en los 47° de latitud, y estando las Islas de Falkland casi en los 51°, era natural creer que 51 fuese el número que se había querido expresar en el manuscrito. Se acudió al Museo, y se halló un diario manuscrito de Cowley. En este cuaderno nada se dice de una isla desconocida, a la cual se hubiese dado el nombre de Isla Pepys: pero -XXVI- de lo que se trata es de una tierra, situada en la latitud de cuarenta y siete grados y cuarenta minutos, todos escritos en letras; lo que corresponde exactamente a la descripción que se hace en el diario impreso de la llamada Isla Pepys, y que Cowley creyó fuesen las Islas de Sebald de Wert.

Este pasaje del manuscrito está concebido en los términos siguientes:

« (Enero de 1683). En este mes llegamos a la latitud de 47° 40', y apercibimos una isla que nos quedaba al O, teniendo el viento al E-NE. Nos dirigimos a ella; pero como era bastante tarde para acercarnos a la costa, pasamos la noche a la capa. La isla se presentaba bajo un aspecto agradable; se veían bosques, y hasta podría decir que toda la isla estaba cubierta de arboleda. Al E de la isla está una roca, que sobresale de las aguas, y en que había un número considerable de aves del tamaño de pequeños patos. Nuestros marineros los cazaron al pasar por el buque, y mataron a muchas que nos sirvieron en la comida: era un manjar bastante bueno, sin más defecto que el de saber algo a pescado».

«Puse la proa al sur, costeano la isla, y me pareció ver en la costa de SO un puerto cómodo para dar fondo. Hubiera deseado botar una lancha al agua para reconocerlo, pero el viento soplaba con tanto ímpetu que hubiera sido exponerse a un peligro evidente. Siguiendo el mismo rumbo por la costa, con la sonda en la mano, medimos 26 y 27 brazas de agua, hasta llegar a un paraje donde vimos flotar esas plantas inútiles que la mar arranca de los escollos y la sonda no dio más que 7 brazas. Temimos entonces detenernos más tiempo en un lugar donde había tan poca agua, y un fondo de piedra; pero el puerto me pareció de una vasta extensión, y capaz de abrigar a quinientas naves. Su boca es angosta, y por lo que pude observar, no es muy hondo en la parte del norte; pero no dudo que los buques puedan costear sin peligro la del sud, porque es de creer que el fondo aumente por este lado; sin embargo debe buscarse una canal con bastante agua para que los buques puedan entrar en la bajamar. Hubiera deseado pasar la noche a sotavento de la isla, pero se me hizo presente que el objeto de nuestra navegación no nos permitía entretenernos en hacer descubrimientos. Cerca de esta isla avistamos a otra en la misma tarde, lo que me hizo creer que tal vez sean las Sebaldes. Continuamos nuestra ruta al O-SO, que era el SO corregido; la aguja declinaba 22° al E: avanzamos en la misma dirección.

Tanto en el manuscrito como en la relación impresa se dice que esta isla se halla por los 47° de latitud, que se presentó por la primera vez al O del buque; que pareció cubierta de bosques; que se descubrió un puerto en que podían fondear con seguridad un gran número de naves, y que era

frecuentada por una prodigiosa cantidad de aves. Las dos relaciones convienen también en decir, que el mal tiempo no permitió a Cowley bajar a tierra, y que gobernó al O-SO, hasta llegar a los 53° de latitud. Es pues cierto que Cowley, de vuelta a Inglaterra, dio el nombre de Isla Pepys a la que había tomado al principio por las de Sebalde de Wert, y no faltarían razones para probarlo. Aunque la hipótesis de un error de guarismos no se haya verificado, sin embargo, como no se halla ninguna tierra en los 47°, no es posible dudar que la que vio Cowley no sea otra cosa que las Islas Falkland. La descripción del país coincide en casi todos sus detalles, y el plano anexo a la relación representa exactamente el aspecto de estas islas, con un estrecho en el medio que la divide. (Cap. quinto)

-XXVII-

- V -

(Primer viaje de Cook)

El 4 de enero (1769), estando en los 47° 17' de latitud meridional, y en los 61° 29' 45'' de longitud O, ocupados en observar si apercibiríamos la Isla Pepys, creímos por algún tiempo ver una tierra al E, y nos dirigimos a ella. Se pasaron más de dos horas y media antes de convencernos que lo que habíamos visto no era más que una neblina, a la que los marineros llaman tierra de bruma.

- VI -

(Segundo viaje de Cook)

El Capitán J. Strong, del Farewell de Londres, reconoció en 1689 que la tierra de Maiden-Land de Hawkins (las Maluinas) se componía de dos islas, y atravesó el estrecho que separa la del este de la del oeste. Dio a este estrecho el nombre de Canal de Falkland, en honor de Milord Falkland, su protector: denominación que después por inadvertencia se ha extendido a las dos islas adyacentes.

Al hablar de estas islas, añadiré que en adelante los navegantes que busquen la Isla Pepys, en los 47° de latitud S, perderán su tiempo; porque está reconocido en el día que las Islas de Falkland son la tierra de

Pepys. (Introducción al Viaje).

- VII -

(Relación del mismo viaje, por Banks y Solander)

El día 4 de enero de 1769 vimos las apariencias de una tierra, que creímos al principio ser la Isla Pepys; tomamos la dirección de esta tierra imaginaria, pero no tardamos en reconocer nuestro error. El aire era frío y seco; la sonda marcaba 72 brazas, con fondo de fango y arena negra. Este mismo día y el siguiente hubo ráfagas de viento, y observamos una cantidad de esas malas plantas que las aguas arrancan de los escollos. El 6 vimos muchos pinguines, y otras aves.

- VIII -

(Viaje a las islas Maluinas por el abad Pernetty)

«Los ingleses participan con los holandeses de la gloria de haber reconocido las Islas Maluinas: parece que todos ellos las han hallado, buscando a una pretendida Isla Pepys que Cowley creyó apercibir en 1683, y en donde se asegura que hay leña y aguada en abundancia, con su principal puerto tan vasto, que puede recibir a mil buques⁴⁷: isla que los mejores navegantes están dispuestos a colocar en el número de la Atlántica de Platón, y el hermoso país del Dorado, (Discurso preliminar, en la edición de París de 1770).

-XXVIII-

- IX -

(Traducción inglesa de la misma obra. Londres, 1771)

En el segundo viaje a las Maluinas, Mr. de Bougainville se empeñó por muchos días en buscar la supuesta Isla Pepys, pero inútilmente; el mismo objeto se propuso en su tercer viaje, y con igual resultado. (Nota en la pág. XV de la Introducción).

- X -

(Discurso preliminar de Mr. de Bougainville a su viaje)

En 1683 Cowley, inglés, salió de Virginia, montó el Cabo de Hornos, hizo varias correrías en las costas españolas, pasó a los Ladrones, y por el Cabo de Buena Esperanza volvió a Inglaterra, donde llegó el 12 de octubre de 1686. Este navegante no ha hecho ningún descubrimiento en la Mar del Sud; pretende haber visto en la del Norte, por los 47° de latitud austral, y a 80 leguas de la costa de los Patagones, la Isla Pepys. Yo la he buscado tres veces, Y los ingleses dos, sin hallarla.

- XI -

(Viaje de La Pérouse en 1785)

En los 44° 38' de latitud S, y en los 34° de longitud O, veíamos pasar los sargasos, y desde muchos días estábamos rodeados de aves, pero de la especie de los albatros⁴⁸ y de los petrels⁴⁹, que no se acercan a la tierra sino cuando ponen sus huevos. Me mantuve entre los 44 y 45 grados; y corrí en este paralelo quince grados de longitud; hasta que el 27 de diciembre (1785) desistí de mis indagaciones, muy convencido de que la Isla de La-Roche no existía, y que los sargasos y los petrels no son indicios de la proximidad de una tierra, porque he visto algas y aves hasta llegar a la costa de los Patagones... Estoy en la íntima persuasión de que la Isla-Grande es como la Isla Pepys, esto es, una tierra imaginaria⁵⁰. (Viaje de La Pérouse, tom. II, pág. 42)

- XII -

(Viaje de Vancouver en 1790-95)

(Lib. VI, cap. 6). Considerando que nos hallábamos muy elevados en el S. me decidí a dirigir mi rumbo al NE, en la travesía que tenía que hacer para llegar a la Isla de Santa Elena, con el objeto de ver y determinar la posición de la Isla-Grande, cuya punta meridional está indicada en la latitud de 45° 30', y en los 313° 20' de longitud. (Trad. francesa, tom. III, pág. 489).

Es verdad que el mapa general de Arrowsmith, proyección de Mercator, pone la Isla Grande en los 313° de longitud, según la determinación de Dalrymple; pero el mismo mapa coloca 11 grados más al este, bajo el mismo paralelo, a la Isla Pepys, que Cook creyó ser la misma que la Isla Grande; y en tal caso, esta última estaría en los 324° de longitud, casi norte y sur con la Georgia Austral. (Nota de Vancouver).

-XXIX-

Documentos inéditos relativos a la misma isla

- I -

Con fecha de 29 de marzo último ha participado el Gobernador de Maluinas lo que Vuestra Señoría entenderá por la adjunta copia de su carta, sobre la isla descubierta por el piloto don José Antonio Puig, que cree sea la de Pepys, y a la cual, según refiere, puso por nombre «la Catalana». Habiéndose pedido informe sobre esto al jefe de escuadra don Jorge Juan, ha expuesto que los antecedentes que tenemos son que descubrió la citada isla el capitán inglés Cowley, en la latitud de 47° 4', y en la longitud del meridiano de Londres de 64°; setenta a ochenta leguas E ¼ SE del Cabo Blanco: diciendo que es alta, llena de arboleda, con buena agua, y aun muy buen puerto, que los ingleses llaman «Bahía del Almirantazgo»; que la figura que le dan es casi la misma que dibujó Puig; y que, conviniendo no sólo en esto, sino en las demás noticias de latitud, longitud, rumbos y distancias, a muy corta diferencia, no pone dada de que la que llama Puig «la Catalana», es la misma Isla de Pepys.

Enterado el Rey de lo referido, me manda prevenir a Vuestra Señoría muy reservadamente que, tomando sus medidas, y comunicando los avisos correspondientes al actual Gobernador de Maluinas, vea el mejor medio de enviar alguna embarcación proporcionada, con sujeto hábil que haga el reconocimiento de la expresada isla, llevando las instrucciones necesarias para que, deteniéndose allí el tiempo suficiente, para asegurarse de las calidades del terreno, ríos, pastos, etc., y haciendo para prueba alguna siembra de legumbres y granos que conduzca a este fin, y colocando una cruz con la correspondiente inscripción que denote la propiedad, vuelva a dar cuenta a Vuestra Señoría de todo, y Vuestra Señoría lo ejecute prontamente a Su Majestad.

Dios guarde a Vuestra Señoría muchos años.

San Lorenzo el Real 9 de octubre de 1771.

Julián de Arriaga.

Señor gobernador de Buenos Aires.

Copia

Excelentísimo señor:

Muy Señor mío: Don Josef Antonio Puig, piloto de la fragata particular San Francisco de Paula, alias la Catalana, que en noviembre antecedente salió de aquí para Buenos Aires, como participé a Vuestra Excelencia en fecha de 31 de octubre, me escribe desde Montevideo lo siguiente.

Montevideo, y noviembre 27 de 1770.

Muy señor mío:

Participo a Vuestra Señoría como el 24 del corriente fue nuestro arribo a esta con toda felicidad, a Dios gracias, y asimismo pongo en noticia de Vuestra Señoría, como el día 12 del corriente, a las 6 de la tarde, -XXX- navegando con un tiempo claro y hermoso, viento para el SO fuerte, avistamos al O-SO de nosotros una isla en distancia de 5 a 6 leguas, y luego cargamos las velas, y con sólo las mayores, por ser el viento mucho, metimos de loo51 todo lo que se pudo, para el ponerse el sol tomar su figura, que es la siguiente52. Considero tendrá dicha isla de NO-SE, según lo que vimos, de 5 a 6 leguas de largo; y no dudo que con tiempo claro se puede ver de 12 a 14 leguas, por ser muy alta, y, según mi navegación, la hallo situada en la latitud de 46 grados 49 minutos S, y en la longitud de 318 grados 13 minutos, según el meridiano de Tenerife; distando de la punta del NE de esas Islas Maluinas 89 leguas al N directo, y 102 leguas de Cabo Blanco al E 5 grados NE, todo corregido.

No pongo duda que sea esta isla la de Pepys, porque los holandeses la pintan en sus cartas en la misma altura, pero más al E de lo que está, por pintar toda la costa patagónica e islas vecinas más al E de lo que están realmente. Y respecto de estar sotaventados, (no habiéndola descubierto antes por causa de los rayos del sol) y ser el viento mucho, y así su marejada, determinamos seguir nuestra derrota a eso de las 8, que por entrar la noche la perdimos de vista.

Mucho sentí el no poder entrar a reconocer lo que ella contenía, sólo por tener la dicha de poder dar a Vuestra Señoría una noticia más individual. Pero me contento en noticiarle su situación, para que con esta noticia puedan otros lograr esta dicha. A cuya isla he puesto por nombre «la Catalana». Que es cuanto debo noticiar a Vuestra Señoría, cuya vida ruego a Dios prospere muchos años que deseo. Besa la mano de Vuestra Excelencia

su afectísimo servidor- Joseph Antonio Puig.- Señor don Felipe Ruiz
Puente.

Y siendo este asunto, a mi comprensión, de importancia, lo participo a
Vuestra Excelencia para los fines que convenga.

Nuestro Señor guarde a Vuestra Excelencia muchos años, como deseo.
Maluinas, 29 de marzo de 1771.- Excelentísimo señor Besa la mano de
Vuestra Excelencia su más atento seguro servidor

Felipe Ruiz Puente

Excelentísimo señor Baylío fray don Julián de Arriaga.

- II -

En el reconocimiento de la Isla Pepys, hoy nombrada «Catalana», que en
carta reservada de esta fecha se manda a Vuestra Señoría practicar,
conviene proceder con el disimulo y naturalidad con que se han despachado
embarcaciones a otros descubrimientos: y para este logro será mejor lo
verifique Vuestra Señoría desde ese puerto, no obstante la mayor
inmediación en que se halla aquella isla de las Maluinas. Prevéngolo a
Vuestra Señoría, de orden de Su Majestad, para su gobierno.

Dios guarde a Vuestra Señoría muchos años.

San Lorenzo el Real, 9 de octubre de 1771.

Julián de Arriaga

Señor gobernador de Buenos Aires.

-XXXI-

El Rey me manda prevenir a Vuestra Señoría con extraordinario, no haga uso
de las órdenes que para el reconocimiento de la Isla Pepys recibirá en dos
cartas reservadas de fecha de antes de ayer, y que consiguientemente no se
dé Vuestra Señoría por entendido del asunto.

Dios guarde a Vuestra Señoría muchos años.

San Lorenzo el Real, 11 de octubre de 1771.

Julián de Arriaga

Señor gobernador de Buenos Aires.

-3-

Diario de Viedma

Día 3 de enero de 1780

En este día se halló aprontada en el puerto de San Felipe de la plaza de Montevideo esta expedición, compuesta de los tres bajeles del Rey, destinados a ella: esto es, el paquebote San Sebastián, alias el Dichoso, (que era la capitana) mandado por el segundo piloto de la Real Armada, don Bernardo Stafford, con cuatro oficiales de mar, incluso en ellos el práctico José Ignacio Goycochea, y 24 marineros de tripulación. El bergantín San Francisco de Paula, mandado por el segundo piloto, de la Real Armada, don José Miranda, con dos oficiales de mar y 12 marineros de tripulación; y el bergantín Nuestra Señora del Carmen y San Antonio, mandado por don Alonso Manso, también segundo piloto de la Real Armada, con dos oficiales de mar y 13 marineros de tripulación, llevando de transporte las tres embarcaciones los individuos que se expresarán en el día de su embarco, víveres para un año, agua para tres meses, herramientas, pertrechos, efectos y útiles para un establecimiento provisional y ocho mulas mansas para los transportes de tierra. En este día se tiró pieza de leva, se difirió el velacho, estando por el E el viento bonancible, y me embarqué en el expresado paquebote comandante.

Día 4

Amaneció aturbonado, viento SSE fresco, y se mantuvo variable.

Día 5

Amaneció viento E fresco; y a las 6 de la tarde se embarcaron en este bajel, el capellán fray Ramón del Castillo, religioso franciscano, el contador nombrado por interino para aquel establecimiento, don Vicente Falcón, el guarda almacén, don Simón de la Puente, el teniente del regimiento de infantería de Buenos Aires, don Francisco Clement, un sargento, un cabo, un tambor y doce soldados del mismo regimiento, un -4- cabo y cuatro hombres de la compañía provincial de artillería de Buenos Aires, dos carpinteros, un calafate, un herrero, el cirujano don Vicente Verduc, siete pobladores solteros y un presidario de oficio carpintero. En el San Francisco de Paula se embarcaron un cabo y cinco soldados del regimiento de infantería de Buenos Aires, un carpintero, un calafate, un sangrador y cuatro pobladores solteros; y en el bergantín Nuestra Señora del Carmen, se embarcaron, un cabo, diez soldados del referido regimiento, dos artilleros de la dicha compañía, un sangrador, un carpintero, un calafate, dos albañiles, un panadero y seis pobladores solteros.

Día 6

Amaneció claro con viento NNE bonancible y a las 8½ de la mañana se tiró segunda pieza de leva.

Día 7

Amaneció viento N, y a las 11 del día levamos el ancla que teníamos al E, y a las 11½ la que teníamos al NE, haciendo señal a los otros dos buques, con lo que dimos la vela con las gavias; y a las 12¾ dimos fondo al ancla de estribor, habiéndonos franqueado lo suficiente.

Día 8

Amaneció toldado con viento NO flojo, que a las 9 del día se llamó al segundo cuadrante, y así anocheció.

Día 9

Amaneció claro, viento NE bonancible. A las 7½ se hizo señal de ponerse a pique por haber saltado el viento al N. A las 8½ se metió lancha y bote, haciendo señal de marear al convoy, que se ejecutó con trinquete y gavias en vuelta del SSE. A las 10 entró el viento por el E; y a las 11 hicimos señal de virar en vuelta de tierra. A las 12 nos pusimos en vuelta del SSE, y a las 3 de la tarde en vuelta de tierra, y viendo que se mantenía el viento al E, procuramos arribar al puerto de la salida. A las 5½ efectivamente fondeamos en Montevideo al ancla de estribor; y a las 8 se embarcó a bordo de Nuestra Señora del Carmen el capellán fray Domingo de Velazco, también del Orden de Nuestro Padre San Francisco.

Día 10

Amaneció el viento al ENE, y así anocheció.

Día 11

Amaneció el viento al NE aturbonado, y así anocheció.

Día 12

Amaneció claro, viento NNE, que se llamó luego al N. A las 6 se hizo la seña de ponerse a pique, y con la de dar la vela, mareamos a las 8 y $\frac{3}{4}$ con trinquete y gaviás, y viento NNO calmoso. Por no permitir las corrientes al paquebot el arribar, dimos fondo al ancla de babor; y a las 4 de la tarde nos pusimos a la vela con las gaviás para franquearnos con el viento E fresco; y las 5 $\frac{1}{2}$ volvimos a dar fondo al ancla de babor en 3 brazas y media de agua.

Día 13

Amaneció claro con viento N bonancible; se hizo a las 5 seña de ponerse a la vela, a las 5 $\frac{1}{2}$ la de marcar y se ejecutó con viento NNO bonancible. A las 6 $\frac{1}{4}$ estábamos fuera de puntas. A las 8 se avisto la Isla de Flores. Seguimos en vuelta de tierra con día claro, viento E $\frac{1}{4}$ ES galeno, tiempo acelajado, mar llana. A las 3 $\frac{1}{2}$ demoraba lo más S de dicha isla al E de la aguja, y sin poder granjear nada a barlovento, se hizo seña de arribar, y estando a la voz se preguntó a los capitanes de los otros dos buques, si les parecía fondear o mantenernos, estando dos leguas del puerto, y no con buen cariz el tiempo. Respondieron, tenían por lo mejor arribar otra vez a Montevideo. A las 4 $\frac{1}{2}$ teniendo peor cariz el tiempo, se les hizo seña de que tomasen aquel puerto por ser muy pesado el paquebot. A las 5 entró una turbonada de viento, agua, truenos y relámpagos; cargamos las mayores, y tomado un rizo a las gaviás, seguimos en vuelta del O para franquearnos del puerto. A las 6 $\frac{1}{2}$, estando inmediatos a él, nos pusimos en vuelta del NNO y N $\frac{1}{4}$ NO, hasta que dimos fondo al ancla de babor en 2 $\frac{1}{2}$ brazas de fango suelto.

Día 14

Amaneció claro, viento S bonancible.

-6-

Día 15

Amaneció claro, viento N y NO; y a las 6½ se dio la vela con trinquete y gavias. Fuera de puntas se siguió en vuelta del SSE, con fuerza de vela. A las 9 en vuelta del SE ¼ E. A las 10 en vuelta del ESE. A las 11 se vio la Isla de Flores, en cuya demanda nos pusimos con proa del E, y E ¼ NE, viento ONO fresco. A la 1¼ N S con la Isla de Flores, nos pusimos en demanda del ENE, y poco después en vuelta del SE ¼ E. A las 6 se echó la sonda en 7 brazas A. F. N., y conchuela blanca, demorando Pan de Azúcar al NE ¼ N, corregido, distancia de 8 leguas, y nos pusimos en vuelta del E ¼ SE. A las 7 se demarcó Pan de Azúcar al NE distante de 8 a 9 leguas. Anocheció con cielo acelajado, viento SSO calmoso, los horizontes por el 2.º y 3.º cuadrante aturbonados, y el convoy a nuestra popa a regular distancia. A las 7½ se aferraron los juanetes y toda vela menuda. A las 8 entró una turbonada de viento, truenos y relámpagos por el S: se arriaron las gavias, y tomaron dos rizos a cada una. A las 9 quedó calma. A las 10, por otra turbonada de viento y agua se aferraron las gavias, quedando con el trinquete, hasta las 11¾, que me volvió a quedar en calma, a cuya hora se barloó el bergantín San Francisco de Paula por la mura de estribor del paquebot; y al separarla por la proa sobre un balance con el botalón del foque, se rompió el palo de trinquete al bergantín. A las 12½, estando separados, se hizo señal de dar fondo para reconocer de día aquel daño, y tomar providencia. El bergantín Carmen a la sazón iba adelante, y no viendo la señal, continuó navegando.

Día 16

Amaneció viento SSE bonancible, mar ampollada del S y NO; y siendo imposible habilitar el bergantín en el mar, se determinó arribar a Maldonado. A las 5½ se hizo señal de leva sin haber visto al Carmen: navegamos, y a las 6½ se avistó por la proa aquel buque. A la voz se le previno siguiese a Maldonado, a donde dimos fondo a las 2½ en 4½ brazas de agua G., demorándonos la restinga del O y N de la isla al SO, y la punta del E al SE de la aguja. Inmediatamente fue a tierra en la lancha don

Bernardo Stafford, a ver si encontraba algún palo en Maldonado.

Día 17

Al amanecer se restituyó a bordo sin haber hallado palo en Maldonado, en vista de lo cual se resolvió habilitar el bergantín con la verga mayor que llevaba de respeto el paquebot. Efectivamente, a las -7- 9 se llevó a la isla, fue la maestraza; y a las 7 de la tarde se llevó concluido al bergantín con 10 hombres de la tripulación del paquebot, para que ayudasen a ponerlo.

Día 18

Amaneció claro, viento N calmoso. A las 11 se halló el bergantín en estado. A las 12 se tiró pieza de leva, y recogida alguna gente que estaba en tierra, la dimos a las 3 de la tarde con viento ENE bonancible. A las 4½ se largó todo trapo. A las 4½ estábamos EO con la Isla de Maldonado, y poniéndonos en vuelta de SE ¼ S. Se demarcó a las 7 la Isla de Lobos al NE distante de 2 a 3 leguas. Anocheció con los horizontes ofuscados, cielo claro, mar picada del SE, viento N fresquito, y el convoy por nuestra popa a regular distancia.

Día 19

Amaneció conforme había anochecido; pero la mar picada del N. A las 4½ se sondeó en 14 brazas A. F. P. y conchuela blanca... A las 12 se cargó la mayor y se sondeó en 23 brazas con el mismo fondo. No se observó por estar nublado el sol. Quedamos arribando con las tres principales, con proa y viento SSE, a fin de que se incorporase, el bergantín Carmen. A las 4 se hizo señal de virar. A las 6 se tomó un rizo a cada gavia, y se echaron los juanetes abajo. Anocheció con cielo y horizontes nublados y mar picada del S y SE.

Día 20

Amaneció cielo y horizontes toldados, picado el mar del SE viento ENE bonancible; y a las 6 se sondeó en 34 brazas A. F. P. A las 12 en 45 A. F. P., y se observó en 36° 31' latitud S corregido desde la demarcación, considerándonos en 322° y 19' de longitud, distantes del cabo de San Antonio al O 11 leguas. Quedamos al mediodía con viento y proa SS 5° S con las 4 principales y estayes, el convoy a la vista; y a las 4¼ se llamó, y estando a la voz a las 6, se mandó conservasen una regular distancia a nuestra popa. Se cargaron las mayores, y sondeamos en 80 brazas lama, y anocheció con cielo y horizontes nublados: la mar picada del SE.

Día 21

Amaneció con los mismos horizontes, viento N. Llamando a la voz, a las 7½ se mandó hacer derrota al golfo de San Jorge, y que en caso -8- de separarse se mantuviesen en el paralelo de 45° 30' por tiempo de 3 días, en cuyo término, no viéndonos, se fuesen a San Julián, porque haciendo bastante agua el paquebot podría convenir, si se aumentaba y los vientos eran contrarios, tomar en todo caso el puerto de San Gregorio. Quedamos a mediodía en vuelta del SSO 5° S, con trinquete y gavias, viento N fresco. A las 12½ se cargó la mayor por haber virado. A las 6½ se tomó un rizo al velacho y dos a las gavias, por estar aturbonado por el 3.º y 4.º cuadrante. Anocheció cielo nublado y los horizontes, truenos y relámpagos, y el convoy a la vista por la popa, viento mar de N bonancible. A las 12½ se aferró el velacho, y quedamos con trinquete y gavia porque se llamó el viento al S.

Día 22

Amaneció cielo y horizonte nublados, mar de N y de S, el convoy a la vista aunque distante, amollamos sobre él, y estando a la voz a las 10, se les dijo capeasen con la mayor para aguantarse más a barlovento, con lo que, y creciendo la mar, se experimentó aumento de hasta 18 pulgadas de agua en esta singladura en el paquebot. Al mediodía, a la capa con mayor y mesana, proa y viento ONO y mar gruesa del mismo. A la 1½ se cargó la mayor, para caer a sotavento sobre los bergantines. A las 4 nos atravesamos para incorporarnos. A las 6 arribamos sobre el Carmen, por haberse sotaventado. A las 7 se mandó a la voz que capeasen con la mayor para aguantarse. Anocheció con el viento claro, horizontes cargados, mar gruesa del S y N, viento S E fresca. A las 11 se amuró el trinquete para arribar sobre los bergantines. A la 1 incorporados se cargó el trinquete, quedando a la capa con la mesana.

Día 23

Amaneció claro; a las 4½ se hizo señal de marear. A las 7½ amurando la mayor, se largaron gavias sobre dos rizos. A las 12 con 120 brazas, no se halló fondo; se observó en 37° 53' latitud. Quedamos con viento y proa SSO 5° S, mar gruesa del NE. A las 12½ se hizo señal al Carmen de fuerza de vela. Nos mantuvimos con gavias, mesana y contrafoque, hasta las 2 que, amurando mayores, arribamos sobre él, porque no ejecutaba lo prevenido. A las 4, estando a la voz, se le repitió, para que con fuerza de velas y manteniéndose de una vuelta y otra, conservase el barlovento respecto a andar más que nosotros. Anocheció con los horizontes cargados, mar picada del S. A las 7½ se cargaron las mayores por quedarse calma. A las 11 entró el viento flojo por el NE, y se amuró el trinquete. A las 2 se largaron los rizos al velacho, y descargó también el puño de la mayor.

-9-

Día 24

Amaneció claro, viento N, el convoy a la vista. A las 5½ se hizo señal al San Francisco de Paula, para que se nos incorporase. A las 7 se mandó a la voz al Carmen, fuese en demanda de aquel, y le previniese que hiciese para ello fuerza de vela. A las 8½ nos pusimos en vuelta del S ¼ SO para incorporarnos. A las 12 se observó en 38° 28', quedamos con toda vela, y viento N. A la 1 se largó la ala de gavia, y rastrera de proa. Anocheció con los horizontes ofuscados, mar llana, y viento N con el convoy por la popa. A las 8½ se encendió el farol. A las 2½ entró el viento por el NNO, mareamos las gavias sobre un rizo. A las 4 quedó calma, cargamos las mayores, no se halló fondo. A las 5 viento flojo por el SO, aferramos las gavias, y luego quedó calma.

Día 25

Amaneció ofuscado, viento N y mar ídem casi calma. A mediodía viento S, y con trinquete y gavias con dos rizos en vuelta del OSO. A las 4½ a la capa por el mucho viento. A las 6 arribamos a incorporarnos. A las 7 mareamos mayores y gavia. Anocheció todo cargado, mar gruesa, viento S, nos quedamos con solo el trinquete a las 8, y se encendieron 3 faroles en popa, gavia y gavieta: se cargó el trinquete, y con sola la mesana aguardarnos al Carmen. A las 4 arribamos sobre él. Continuó el paquebot

haciendo las 18 pulgadas de agua por hora, la mayor parte por la popa por junto al codaste.

Día 26

Amaneció apacible, mar y viento del S. A las 6 se largaron gavias sobre dos rizos, y se amuró la mayor. A las 8 se cargaron las mayores. A las 9 nos atravesamos, y se sondó en 53 y 55 brazas A. P. y F. Viramos en vuelta del E, y al mediodía en vuelta del S $\frac{1}{4}$ SO, con mar y viento SE calmoso. A las 7 de la noche no se halló fondo, viramos en vuelta del SO, se llamó el viento al ESE y arribamos sobre el Carmen para incorporarnos. Anocheció casi calma, mar picada del S, cielo y horizontes acelajados. A las 9, incorporados con el Carmen, orzamos para ponernos en camino.

Día 27

Amaneció claro, mar llana viento NNE bonancible. A las 5 se mareó el juanete mayor a la de gavia, y rastrera de trinquete. Al mediodía se observó en $38^{\circ} 50'$ latitud, con viento NNE en vuelta de S $\frac{1}{4}$ -10- SO. A las 2 se hizo señal al convoy, y viniendo a la voz el Carmen, se le previno que el puerto de reunión, en caso de separarnos, era San Gregorio. A las 7 se le dijo al San Francisco lo mismo, y anohecimos reunidos con alguna ramazón por el SO. A las 8 se encendió el farol de popa.

Día 28

Amaneció como habíamos anochecido. A las 3 se cerró de niebla espesa, por lo que usamos de la caja y tiroteo de fusil. A las 12 empezamos a usar del cañón a media carga, a que siguió correspondiéndonos uno de los dos bajeles del convoy; con el viento N nos pusimos en vuelta del S $\frac{1}{4}$ SO: disipose algo la neblina; vimos el Carmen a regular distancia; se observó en $40^{\circ} 23'$ latitud, y $318^{\circ} 53'$ longitud estimada; cerrose otra vez la neblina, repetimos los cañonazos cada cuarto de hora, y en el intermedio algunos tiros de fusil. A las 6 se oyó un cañonazo por nuestra popa algo distante, aferramos gavias, rastrera y juanete mayor, considerándolo del San Francisco, con el fin de guardarlo, pues el Carmen lo suponíamos con nosotros. Anocheció todo cerrado, mar y viento N fresco. A las 9 se encendió el farol de popa, y dos en la mesana.

Día 29

Amaneció igualmente cerrado todo, se oían los fusilazos del Carmen inmediatos, y un cañonazo del San Francisco hacia el O. A las 8 sobre una clara lo avistamos como al NO, a unas 2 millas de distancia. Volvióse a cerrar todo, y a las 9 volvimos a usar el cañón y fusil. Al mediodía nos estimamos en $41^{\circ} 30'$ de latitud, y $318^{\circ} 11'$ de longitud, en vuelta del S $\frac{1}{4}$ SO viento E, y con el Carmen inmediato, seguimos con trinquete y gaviás. Continuamos correspondiéndonos con el cañón y fusil. A las 9 se encendieron los faroles que anoche, y se oyó un cañonazo del San Francisco. Entró el viento flojo por el SSE, y para no perder el convoy hicimos señal de capear con la amura a babor.

Día 30

Amaneció cerrado aún de la neblina. A las 9 oímos un cañonazo a sotavento, por lo que arribamos luego en vuelta del NNO, y a las 11 sobre una clara vimos al Carmen por nuestra proa, y seguimos en su demanda. A las 12 echamos el bote, y se le llevó un barril de pólvora, porque avisaba habersele acabado la suya. Metimos el bote, y mareamos en vuelta del SSO $5^{\circ} 8'$, con viento ENE casi calma. Hubo algunos ratos claros, pero en todo el día vimos al San Francisco. Anocheció -11- todo entoldado, el Carmen a nuestra popa. A las 8 encendimos en ella el farol, y otro en la mesana.

Día 3153

Amaneció nublado, no se vio el San Francisco, se mareó toda vela. A las 10 se cerró de niebla, y por la estima no creímos en $41^{\circ} 55'$ latitud, y $317^{\circ} 28'$ longitud. A las $12\frac{1}{2}$ con viento N aclaró la niebla, vimos el Carmen con nosotros. A las 4 se volvió a cerrar, y así anocheció, correspondiéndonos casi en calma con el cañón y fusil. A las 12 con una ventolina por el N, mareamos las cuatro principales.

Día 1.º de febrero

Amaneció cerrado de niebla, viento N calmoso; en una clara vimos el Carmen a popa. Se observó en 41° 11' latitud. Quedamos con toda vela, viento OSO, proa al S. A las 3 se cargó mayor, arriaron gaviás y aferró toda vela menuda, por una turbonada de agua y viento. Anocheció cielo y horizontes acelajados, mar llana y viento O.

Día 2

Amaneció viento O flojo y mar llana. Se largó toda vela. Se observó en 41° 40' latitud. Quedamos así con proa al SSO 5° S y viento ENE, que a las 3½ se llamó al ESE; y a las 5 se recogió vela menor por estar todo aturbonado, y así anocheció con mar llana y viento flojo.

Día 3

Amaneció aturbonado, viento SSE flojo, la mar del N y SE; el Carmen sotaventado, y arribamos sobre él. A mediodía calma, la mar picada del N. A las 3½ entró el viento por el SSO, y nos pusimos en vuelta del SE ¼ E; y anochecimos casi en calma. El Carmen con nosotros; mar sorda del N: cielo y horizontes toldados. A las 10 entró el viento por el O; y luego por el ONO; nos pusimos a rumbo, y se largaron rizos y estayes.

Día 4

Amaneció claro, viento NO, el Carmen con nosotros, sin saberse del San Francisco. A las 7 fuerza de vela. A las 10 refrescó; pasó el viento al E, se aturbonó por 3º y 4º cuadrante. Aferrando y cargando, -12- se sondeó con sola la mesana en 75 brazas, a las 12 del día: marcamos con viento OSO proa al S, mar del viento y del NO. A las 2 se aferró y cargó por una turbonada de agua y viento fuerte. Volvimos a marear, y a 4½ volvimos a cargar en otra turbonada. A las 5 arribamos sobre el Carmen, y quedamos con la mesana a la capa. Anocheció cargado por el SO, con mar gruesa del NO.

Día 5

Amaneció claro, viento NO, mar gruesa de él y del SO, el Carmen a sotavento, arribamos sobre él. A las 6³/₄ quedamos a la capa con la masana. A las 10 arribamos otra vez, se observó en 42° 37'; arribamos nuevamente, e incorporados se llamó el viento al O, y nos pusimos en vuelta del S. A las 4 vino la mar de proa. A las 7 nos pusimos a rumbo, y anocheció el cielo claro, horizontes cargados, mar gruesa del SSO. Se encendió el farol de popa y otra en la mesana.

Día 6

Amaneció claro, mar del SO, viento O bonancible, el Carmen con nosotros. Se observó al mediodía en 43° 14' latitud, y 315° 43' de longitud. Quedamos en calma luego tuvimos una ventolina por el NO. Se observó la aguja que se halló, con 18° 40' de variación al N. Anocheció claro, mar llana, mal cariz, y viento fresco del SO.

Día 7

Amaneció nublado, mar llana, el Carmen con nosotros. A las 4¹/₂ se sondeó con 120 brazas, no se halló fondo. A las 9 entró el viento por el SSE, y se mareó todo aparejo. A las 11 quedó calma. A la 1 entró por el SE flojo. Volvimos a marcar todo. A las 7 atravesados no se halló fondo. Se mareó otra vez y anocheció nublado, mar llana, viento ENE, y se encendió a las 8 el farol de popa.

Día 8

Amaneció cerrado de niebla, mar llana, viento ENE. A las 5, a las 11 y a las 12 no se halló fondo: tiramos algunos fusilazos. Al mediodía quedó calma; no pudimos observar; incorporado el Carmen anocheció con el cielo y horizontes aturbonados, con repetidas ráfagas por todas partes, y algunos chubascos. A las 10 nos pusimos a la capa, y a las 4 hicimos señal de marear con toda vela.

-13-

Día 9

Amaneció aturbonado, el Carmen a sotavento; arribamos sobre él, mareando después con fuerza de vela. Al mediodía se observó en 44° latitud. Se halló fondo en 65 brazas A. F. P. N. Seguimos con viento N. Proa SO $\frac{1}{4}$ S 3° O con toda vela. A las 2½ calma. Anocheció claro y mar llana. A las 12 de ella sondeamos en 60 brazas A. F. P., y a las 3 de la mañana en 55 A. P. Volvimos a marear en vuelta del OSO.

Día 10

Amaneció aturbonado, mal cariz, mar picada del NO y NNO con viento fresco. A mediodía se pudo observar en 44° 23'. Seguimos con viento fresco O con poca vela, proa S $\frac{1}{4}$ SO. A la 1 hallamos con 50 brazas fondo A. F. P. A las 7 con 55 brazas E mareamos, y anocheció el Carmen con nosotros, horizontes nublados, y mar del NO. A las 11½ nos pusimos a la capa, por refrescar demasiado.

Día 11

Amanecieron nublados los horizontes, viento duro, mar gruesa. A las 6 arribamos. Juntos con el Carmen a las 7 nos pusimos a la capa, y se sondeó en 60 brazas lama. Al mediodía se observó en 40° 40', arribamos otra vez, y reunidos volvimos a la capa. A las 3 se halló rendido por el tamborete el mastelero de gavia. Se echó abajo, y a las 7 se subió y colocó el de respeto. Arribamos sobre el Carmen, y anocheció claro, mar gruesa del viento SO. A las 9 nos pusimos en vuelta del O. A las 1 arribamos. A las 2 a la capa. A las 4 volvimos a arribar sobre el Carmen.

Día 12

Amaneció claro, el Carmen con nosotros. A las 5 en vuelta del SE. A las 7 abonanzó algo, y mareamos papagayos por mucho viento y mar gorda. Se

observó en $43^{\circ} 56'$, y quedamos con proa al SE $\frac{1}{4}$ E, viento SSO con mal cariz al rumbo del viento. A las 3 se quedó calma, y sondeamos en 55 brazas A. F. P. Anocheció con mar gruesa del SSO, viento NE calmoso, y a las 8 se encendió el farol de popa y otro en la mesana.

Día 13

Amaneció claro, no tan grueso el mar; se mareó toda vela; se observó -14- en $44^{\circ} 8'$. Quedamos con la proa al SO viento NE. A las 6 se sondeó en 50 brazas lama. A las 7 se volvió a marear, y anohecimos con los horizontes ofuscados de niebla, mar llana, el Carmen a la voz; se le previno que para gobernar al S corregido, sería la señal un cañonazo. A las 11 sondeamos en 54 brazas arena lamosa, y a la 1 con la seña dicha gobernamos al S corregido.

Día 14

Amaneció la mar llana, tiempo apacible y el Carmen a la vista. A las 4 gobernamos al OSO. A las 6 recogimos velas por el mal cariz del tercer cuadrante. A las 7 se llamó el viento al OSO, aturbonado por el tercero y cuarto cuadrante. A las 9 viramos en vuelta del ONO, y sondeamos en 52 brazas arena lamosa. Al mediodía no se pudo observar. A las 2 arribamos sobre el Carmen. A las 3 refrescó mucho. A las 5 viramos en vuelta del O. A las 7 abonanzó y mareamos. Anocheció claro, mar picada del SO, viento S que a las 2 entró por el N, y a las 5 largamos toda vela.

Día 15

Amaneció claro, viento N fresco, el Carmen con nosotros. Se le mandó tomase, por nuestra proa, gobernando al SO 5° O hasta ver tierra, y si al mediodía no la viese, considerándose por la observación 15 leguas de ella, hiciese rumbo a recalar a $44^{\circ} 40'$. A las 7 refrescó mucho, y aferramos vela menuda. Por la estima a las 12 quedamos en $44^{\circ} 58'$, en vuelta del O $\frac{1}{4}$ SO, viento NN duro. A las 2 arreció viento y mar del O. A las 6 vimos muy mal cariz por el tercero y cuarto cuadrante. Se hizo señal de virar de bordo, pero el Carmen nos la dio de verse la tierra. Pusímonos en vuelta del E a la capa, largando bandera española. Anochecieron los horizontes malos, mar gruesa y viento duro, que a las 10 se llamó al ONO. A las $10\frac{1}{4}$

sobre una turbonada de viento y agua fuerte, se vio una luz en el tope mayor. El viento llamó al OSO cada vez más duro, precisándonos a quedar a la capa a palo seco. A las 12 desapareció la luz del tope. A las 12 abonanzó un poco, pero a las 2 volvió a refrescar como antes.

Día 16

Amaneció claro, viento duro por el SO, la mar muy gruesa. No viendo el Carmen, y creyendo hubiese corrido a sotavento la fugada del SO, marcamos en vuelta del NO, y a las 7½ le descubrimos que demoraba al NE. Reunidos, se observó al mediodía en 44° y 49'. Anocheció -15- claro, mar picada del N y SO, con este viento en calma. A las 10 entró por el O, y mareamos en vuelta del NO. A las 12 viramos la vuelta del SO. A las 3 se llamó el viento al OSO, y tomamos la vuelta del N.

Día 17

Amaneció claro, mar ampollada del tercero y cuarto cuadrante, el Carmen a la vista. A las 8 viramos por redondo, con viento O en vuelta del SSO. Al mediodía se observó en 40° 35'. Quedamos con proa al OSO, viento NO ¼ N, mar del SO. Anocheció claro, y a las 11 quedó calma. A las 12 entró el viento por el NO flojo, y sondearnos en 40 brazas A. y L., y a la una viramos en vuelta del NO.

Día 18

Amaneció claro, mar picada del N, el Carmen a la vista, y a las 6 hicimos fuerza de vela arribando sobre él. A las 8 nos incorporamos. A las 11 hizo señal de tierra, que también vimos, y demoraba al O. Se halló fondo en 35 brazas de A. y L. A mediodía se observó en 44° y 32'. Quedamos con proa al SE, viento ENE, la tierra a la vista, y así anocheció nublado, mar llana casi calma, y a las 8 entró el viento por el E con el Carmen a la vista, y la tierra más N nos demoraba al NO ¼ O, y la más S al SSO ¼ S distancia como de 6 leguas. Se sondeó en A. y L. con 38 brazas, y a las 2 entró el viento por el NE, y mareamos todo.

Día 19

Amaneció bonancible, mar llana, la tierra a la vista, el Carmen con nosotros, y se le dijo determinábamos entrar en Santa Elena, para lo cual tomamos la vuelta del O $\frac{1}{4}$ NO y a las 11 escaseó el viento, y a las 12 $\frac{1}{2}$ se mandó al Carmen navegar por nuestra proa, sondeando, y empezamos a demarcar.

1.^a Lo más N de la costa más inmediata al NNE, y los más S al NO 5° N: fondo 25 brazas A. y L.

2.^a Lo más N al NE $\frac{1}{4}$ N distancia 2 leguas, y lo más S al NNO distancia 1 legua: fondo 25 brazas en A. G. y C.

3.^a Lo más N al NE $\frac{1}{4}$ E y lo más S al N 5° NO: fondo 20 brazas en C.

-16-

4.^a La isla de la punta del S. con la del N al NE: fondo 17 brazas en A. F. y P. N.

5.^a La boca entre el islote y la punta, con la punta más N al NE.

6.^a El bajo de piedra, que en bajamar se descubre en la medianía de la boca del puerto, le demarcamos a media milla distantes al NE: fondo 16 brazas A. M. P.

7.^a Dicho bajo al ESE distante 1 milla: fondo 16 brazas C. A. y G.

A las 3 de la tarde se llamó el viento al NNE, estando ya, de puntas para adentro, y viramos de bordo por granjear el fondeadero. Quedose calma, echamos lancha y bote al agua, y nos remolcamos aferrando todo aparejo. A las 5 dimos fondo al ancla de estribor en el Puerto de San Elena, con 10 $\frac{1}{2}$ brazas A. y P. menuda. Se demarcó lo más N y E del puerto al SE 5° S, y lo más S al SSO. El S y E de la costa al S, y un bajo al S del otro, y una canal entre ambos al SSE 5° S.

Día 20

Amaneció cerrado de niebla, viento N bonancible. A las 7 se quedó calma. A las 9 aclaró y se llamó el viento al SE. Fui a tierra acompañado del Contador don Vicente Falcón, del teniente de infantería don Francisco Clement, del capellán fray Ramón del Castillo, los capitanes de ambos buques, algunos otros dependientes y diez soldados, con el fin de buscar agua; y desembarcados donde dijo el práctico Goycochea haberla hallado él en otra54 ocasión, encontramos la tierra seca, y seguimos la costa dando vuelta al puerto, y en la primera inmediata cañada que es muy grande, hallé juncos y carrizales con bastante humedad. Probé la tierra y me pareció dulce: llamé la gente, hice cavar, e inmediatamente se juntó agua. Como había probado algunos charcos de agua salada, no podía asegurar si esta lo era o no, y a los demás les sucedía lo mismo. Fuimos siguiendo la costa, entramos por las cañadas como media legua tierra adentro, subimos a algunos cerros altos, y no se halló agua. Todas las lomas son canteras de

pedra, y de yeso de espejuelo hay alguna. Las cañadas están llenas de leña de espinillo abundantemente. La tierra es de mediana calidad. El puerto muy bueno para toda clase de bajeles. Al anochecer nos volvimos a bordo.

-17-

Día 21

Amaneció claro, viento ESE variable. Envié a tierra al contramaestre con la lancha a traer leña, encargándole probase determinadamente y con cuidado la agua de la poza que abrimos el día anterior. Con efecto la halló algo dulce, y por la tarde fue más gente con herramienta, se agrandó el pozo, y se condujeron a bordo dos quarterolas de agua, que la bebió bien el ganado, aunque tenía mal olor, por las raíces de los juncos.

Día 22

Amaneció claro, viento S fresco. A las 9 salió la lancha con vasijería para hacer aguada, se limpió bien el pozo, salió mejor agua, y se condujeron dos lanchadas de ella a bordo, en cuyas faenas gastamos hasta las dos de la mañana del día siguiente.

Día 23

Amaneció claro, viento NO bonancible. Se metió la lancha y pusímonos a pique del ancla, el viento se fue rondando hasta el S, por lo que se volvió la lancha al agua, e hicimos otra barcada de aguada.

Día 24

Amaneció claro, viento SO fresco. A las 5 de la mañana salió el bergantín para el puerto de San Gregorio, en busca del San Francisco de Paula, y nosotros continuamos haciendo aguada, por no poder salir del puerto con dicho viento.

Día 25

Amaneció cielo y horizontes acelajados, viento SSO fresco. Se hizo una lanchada de agua. Estuve en tierra. Caminé más de dos leguas para adentro. Vi muchas liebres, guanacos y avestruces, y sólo un venado. La tierra por partes quemada, como de uno a dos años, y al anochecer me volví a bordo.

Día 26

A la 1 se metieron lancha y bote, y nos pusimos a pique. Entró el viento por el NE bonancible, y a las 2 nos hicimos a la vela con las cuatro principales en vuelta del SSO: rebasando los bajos de la boca, -18- orzamos al SE, y a las 3 sondamos en 30 brazas P; poco después en 35 P. y C. con la proa al SE $\frac{1}{4}$ S. A las 4 en 40 brazas P, y amaneció cielo y horizontes acelajados, mar del S y SE. A las 5 se avistó una embarcación que demoraba al SO $\frac{1}{4}$ S, distancia de 2 a 3 leguas. Poco después se reconoció ser el bergantín Carmen. A las 8 gobernamos al SSE, seguimos la costa a distancia de 2 a 3 leguas. A las 8½ en vuelta de S $\frac{1}{4}$ SO. A las 9 vimos un islote que está al N de San Gregorio. El viento lo teníamos NNE fresco, y a las 9½ vimos Cabo de Matas, y la isla que tiene al E: sondamos en 25 brazas C. y P. menuda. A las 10 en 20 brazas C. con proa al SO, distancia de la tierra 1 legua. A las 11 descubrimos el Carmen y el San Francisco, fondeados en el puerto de San Gregorio. Seguimos en vuelta del SO $\frac{1}{2}$ O y OSO, hasta franquearnos con la boca de dicho puerto. Se cargó la mayor y arrió gavia y velacho a medio mastelero, por ser el N muy fresco. A las 12, de puntas adentro en vuelta del O, hasta que dimos fondo en la medianía en 11 brazas P. y C. Luego fue preciso fondear al ancla de babor por garras, la otra con la mayor fuerza del viento N. A las 3½ se sacó el ancla que teníamos en la bodega, se encepó y habilitó, para dar con ella fondo, como se verificó a las 9 de la noche, por llamarse el viento al E duro, y por el mal cariz del S y SE, se calaron los masteleros, y sin embargo siempre garrabamos. Por fin anocheció con los horizontes aturbonados, y algunos relámpagos por el S y SE. Se pasó esta noche con bastante cuidado, aunque con las tres anclas en el agua; pero siempre garramos dos cumplidos del barco.

Día 27

Amaneció más apacible, suspendimos las anclas, y con las lanchas de los bergantines fuimos al remolque más dentro, hasta que dimos fondo al ancla de babor, y por una espía tendimos otra ancla, quedando fondeados NO y SE en 5½ brazas, chinas y C, el ancla NO, y en A. y F. negro la de SE. A la tarde saltamos; fuimos algunos a tierra, recorrimos la laya, entramos la tierra adentro, subimos a los cerros, que todos los inmediatos son de piedra, sin pastos ni leña, sino infinidad de espinos menudos, y no se halla agua dulce. Subimos por último a lo alto del Cabo de Matas, desde donde descubrimos el puerto, y por el O corría la costa del Golfo de San Jorge con muchas islas, y también se descubrían algunas ensenadas o puertos: concluidos estos reconocimientos, nos restituimos a bordo a la noche. El terreno de San Gregorio es áspero, y su tierra de mala calidad, y árida. En las cañadas se encuentra alguna leña de espinillo buena para cocinar, y no se halla señal de que por allí habiten indios.

-19-

Día 28

Este día se determinó lastrar más nuestros bajeles para seguir viaje, con cuyo motivo quiso el teniente don Francisco Clement desembarcarse entre tanto la tropa. Así se verificó, y acamparon en sus tiendas, proveídos de sus armas, municiones y dos pedreros. Yo determiné salir el día siguiente a tierra, y caminar por ella, reconociendo la costa del golfo, y que la lancha me acompañase, costeano lo más próximo que pudiese, y en ella los víveres y agua necesarios.

Día 29

A las 2 de la madrugada salió la lancha del paquebot, y en ella el práctico Goycochea, el pilotín José de la Peña y seis marineros, víveres para quince días, tres barriles de carga, y dos de mano llenos de agua. A las 6 de la mañana marché yo por tierra con don Bernardo Stafford, don José Miranda, cinco soldados y un marinero; llevamos las únicas dos mulas que se hallaban en estado de caminar, y en ellas dos barriles de mano llenos de agua, y víveres para quince días. Caminábamos lo largo de la costa del golfo con mucho trabajo, por los muchos cerros de piedra seca que hubimos de subir y bajar. Desde ellos veíamos las islas y ensenadas de la costa, y a las 12 del día, habiendo andado como cuatro leguas, hicimos alto en la playa de un puerto, que se le nombró el Manso, por estar sus aguas muertas. Aquí comimos juntos con los de la lancha, que desembarcaron en este mismo puerto. A las 3 de la tarde seguimos el viaje. Don Bernardo Stafford se embarcó en la lancha, por no poderlo continuar a pie a causa de haberse estropeado con los espinos. A la vuelta de este puerto hallamos

otro más capaz, pero con muchas restingas en su entrada. Al cabo de unas 2 leguas llegamos al fondo de él, y al abrigo de una peña que nos pareció a propósito, resolvimos pasar la noche. A las 10 de ella llegó la lancha, y desembarcada la gente nos reunimos. El terreno de estas 6 leguas todo es peñascoso; en ninguna parte hallamos agua dulce, ni más leña que alguna de espinillo en las cañadas. Vimos guanacos, liebres y perdices; hizo este día mucho calor; nos bebimos los dos barriles de agua que iban por tierra. Con este motivo, y reflexionando que, aunque contábamos con la de la lancha, podría acabarse al tercer día entre todos, y nos tendríamos que volver luego sin apariencias de hallarla, determiné siguiese la lancha hasta adonde le alcanzase la suya, y regresásemos nosotros al Puerto de San Gregorio.

Día 1.º de marzo

Al amanecer, con los cinco soldados y el marinero, tomé el camino -20- al E, a salir a la Ensenada de los Camarones, por ver aquel terreno, y si encontrábamos agua tierra adentro. El camino todo es llano, la tierra arenosa, y a unas 3 leguas hallamos un charco en una cañada, cuya agua, aunque era dulce, estaba como horchata blanca, de la greda del terreno. Satisfacimos la sed, y también las dos mulas que ya no se podían mover, y nos quedamos a pasar allí la tarde y noche. Se conoce que en el invierno baja un arroyo por esta cañada, y de resultas le quedan algunos charcos en el verano. Desagua este arroyo naturalmente en la Ensenada de Camarones, y es muy verosímil sea este el río, que algunos viajeros han denominado Río de Camarones. A las 10 de la noche empezó a llover, y continuó hasta el amanecer.

Día 2

Amanecemos bien mojados. Encendimos un gran fuego, nos enjugamos, llenamos los dos barriles de agua, y a las 8 emprendimos el camino para San Gregorio. A la media legua ya hallamos la misma especie de cerros de piedra que por la costa; pero sin agua en sus cañadas, ni otra leña que la del espinillo. El terreno muy seco, y sembrado todo de unas bolas de espinas a manera de erizos. Por la tarde llegamos a San Gregorio, y encontramos la gente ocupada en recoger el agua que con la lluvia se había juntado en pozas y entre los peñascos inmediatos.

Día 3 y 4

Se ocupó la gente en acabar de recoger el agua de dichas pozas, en embarcar leña y lastre, para poner las tres embarcaciones en estado de seguir el viaje a San Julián.

Día 5

A las 2 de la tarde volvieron del Golfo de San Jorge los de la lancha, y nos dijeron haber caminado al O como unas 40 leguas, y que habían desembarcado en varias partes, y hallaron todo el terreno peñascoso como el de San Gregorio y ninguna agua dulce, y que el golfo iba siguiendo la costa del N que llevaban siempre al O, y a cuyo fin no alcanzaron con la vista nunca.

Días 6 y 7

En estos dos días estuvo alterado el tiempo, tanto que no se pudo embarcar la tropa, y naturalmente fue efecto de la luna que entraba.

-21-

Día 8

Amaneció bonancible. Se embarcó la tropa, y quedamos listos a dar la vela para San Julián en el día siguiente.

Días 9 y 10

Amaneció el viento por el SE fresco, por lo que no se pudo salir.

Día 11

Amaneció OSO duro, y nos sucedió lo mismo.

Día 12

Amaneció lo mismo, y faltó el cable del NO.

Día 13

Amaneció más bonancible, y nos enmendamos para la costa del S.

Días 14 y 15

Estos dos días todo fue calmas y ventolinas, por lo que no se pudo salir.

Día 16

Amaneció el viento por el NNE bonancible, y levamos el ancla del SE, y nos pusimos a pique de la del NO, dejando 16 brazas de cable fuera: hicimos señal a los bergantines, y a poco rato quedó calma, y así se mantuvo el resto del día y de la noche.

Día 17

Estando el viento por el N se hizo señal a los bergantines de levarse y hacerse a la vela; pero al tener 8 ó 10 brazas de cable fuera, empezó a garrar el ancla y a caer el barco de mala vuelta, precisándonos a arriar cable, y tender una espía para hacernos sobre ella a la vela, y estando segunda vez a pique del ancla, garreó ancla y espía.

, Volvimos a arriar cable. El Carmen se hizo a la vela, y viéndonos sin poder salir, se le dio señal de que diese fondo, que no entendió, y llamándose el viento al NNE, hubimos de tender un ancla al N, manteniéndonos así toda la noche.

-22-

El fondo de este Puerto de San Gregorio es de mala tenazón, y tiene muchas piedras que en poco tiempo roen los cables. La entrada y salida es muy penosa, no habiendo tiempo hecho, por causa de las muchas restingas e islas, y aunque hay bastante agua en sus canales, abaten mucho las corrientes, y así, las calmas y los vientos flojos exponen grandemente a cualesquiera embarcaciones.

Día 18

A las 4 de la mañana, estando el viento bonancible por el NO, levamos las anclas, y a las 5½ dimos vela con las gavias fuera de puntas. A las 8 metimos lancha y bote, se amuró el trinquete y largó toda vela menuda, navegando en vuelta del ESE y SE ¼ E, a, franquearnos de las Isla Rasa, y de Lobos. A las 12 estando de ellas al E, navegamos al SE 5° S, y sondando en 4 brazas A. F. N. y P. se observó en 45° 19' latitud; y a las 5 se demarcó la Isla Rasa al N ¼ NO, distante de 4 a 5 leguas.

Día 19

Amaneció el tiempo bonancible, y el San Francisco incorporado. Se observó en 46° 42' de latitud, y 312° 5' de longitud. Quedamos al mediodía en vuelta del SE ¼ S, con viento NNO fresco, por lo que se aferró toda vela menuda, y a las 4 se echaron abajo las vergas del juanete, por el mal cariz del tercero y cuarto cuadrante. A las 6 sondamos en 45 brazas A. y P., y anocheció con mar gruesa del N.

Día 20

A las 4 de la mañana se sondó en 47 brazas A. y P. Al mediodía quedamos en vuelta del S 5° O, con viento NO bonancible. A las 5 de la tarde sondamos en 50 brazas A. y P., y anocheció con el cielo y horizontes nublados, mar picada del N, viento O calmose, y el San Francisco con nosotros.

Día 21

A las 4 viramos por llamarse el viento al SSO, y a las 6 se hizo señal de fuerza de vela. A las 8 nos atravesamos a sondar, y hallamos 52 brazas A. F. P., y aguardamos al paio al i. A las 12 siguió nublado, y quedamos en vuelta del S con viento NO bonancible. Anocheció con los horizontes cargados por el SO, y mar llana. Se le previno al San Francisco que siguiese el S de la aguja, hasta rebasar el -23- bajo Estevan, y entonces orzase al SO. A las 10, considerándonos E O con dicho bajo, sondamos en 52 brazas A. y P., y nos pusimos al S, considerándonos rebasados. A las 12 nos pusimos en vuelta del SO $\frac{1}{4}$ O. A las 2 sondamos en 55 brazas P. y C., y se largaron velas menores.

Día 22

Amaneció nublado. Al mediodía quedamos en vuelta del SSO, con viento N y mar llana. Al ponerse el sol se vio tierra bastante confusa, se acortó de vela y anocheció nublado, mar llana y viento N calmoso. Se dio orden al San Francisco fuese por nuestra proa toda la noche sondando; lo que ejecutó, hallando siempre 50 brazas A y P.

Día 23

Amaneció nublado, mar llana y viento NNO, la tierra a la vista, y el San Francisco por la proa a regular distancia. A las $6\frac{1}{4}$ descubrimos una embarcación inmediata a San Julián que demoraba al O, por lo que virando en vuelta de tierra, se reconoció ser el bergantín Nuestra Señora del Carmen. A las 8 se llamó el viento al SSO. A las 11 dimos fondo al ancla de babor, a una legua de la boca del puerto en ocho brazas A. F. y N., porque la corriente al NNE no nos dejaba ganar dicha boca, y los bergantines fondearon del bajo que hay para adentro. Nos demoraba la punta del S al SO. A las 2 de la tarde se llamó el viento al ENE, y suspendimos el ancla dando vela con las gavias; pero volvimos a dar fondo y aferrar a las $3\frac{1}{2}$, por llevarnos la fuerza de la corriente al NO. A las 5 cesaron las corrientes, y nos pusimos a la vela con la lancha por la proa, que halló en el bajo de la boca del puerto solamente braza y media de agua, por lo que dimos fondo al ancla de babor en $6\frac{1}{2}$ brazas A. P. y G. a cable y medio de dicho bajo, y así anocheció con tiempo bonancible.

Día 24

Amaneció el mismo tiempo. A las 6, con el viento OSO y la corriente para adentro, suspendida el ancla, entramos con las gavias en el Puerto de San Julián, hallando 5 brazas de agua en el bajo de la boca, y nos llevó la corriente hasta fondear al ancla de babor enfrente de la Isla de Carretas. Caláronse los masteleros, y con el bote fuimos a la isla, donde encontramos bastante leña, innumerables gaviotas, algunos patos y chorlitos, y a la noche nos restituimos a bordo.

-24-

Día 25

A las 10 del día suspendimos el ancla, y nos enmendamos, fondeando más adentro en 11 brazas F. inmediatas a la costa del N, adonde fuimos a desembarcar con la lancha, y caminando como media legua adentro de la playa en busca de agua, que no se encontró.

Día 26

A las 8 de la mañana fuimos con la lancha hasta el fin de la Bahía, que va angostando como un río, a terminar en un arroyo que han formado las mareas. Saltamos en tierra. Fuimos a una laguna, que dijo el práctico Goycochea tenía agua dulce; pero al cabo de una legua y media la hallamos, aunque seca enteramente, y nos volvimos a la playa, donde encontramos un cerro con yeso de espejuelo: esperamos la pleamar, y las 8 de la noche nos pusimos a bordo.

Día 27

A las 7 de la mañana fuimos a tierra por la banda del E, y anduvimos como $\frac{3}{4}$ de legua en busca de agua que no hallamos; pero sí bastante leña de espinillo. Por la batida del O fue también el sargento con 14 hombres armados, y entraron como una legua en el campo; pero no hallaron agua, y

sí leña de matorral mucha. Subieron a un cerro, de donde dicen haber visto humo como a distancia de 3 leguas, y a su parecer divisaron tolderías de indios.

Día 28

A las 8 de la mañana llegó a la playa un indio en una mula. Envié con el bote a Goycochea para traerlo a bordo. Luego que llegó a tierra lo conocí, y también a la mula. Ésta se la había dado el mismo Goycochea al cacique, cuando vino por sal. Vino a bordo el indio, se le dio de comer, le regalé abalorios, y dijo por señas que el cacique Julián le enviaba a saber, si eran de Goycochea los carros que por el agua habían pasado, (así denominan las embarcaciones). Dio a entender que tenían cerca la toldería, y que dentro de dos días vendría el cacique a verme, que le tuviese prevenidos muchos de aquellos abalorios.

Día 29

A las 6 de la mañana fuimos algunos en la lancha por la banda del N, a correr la tierra en busca de agua, y nos volvimos a bordo a la noche, sin haberla hallado.

-25-

Día 30

A las 8 de la mañana se presentaron en la playa como unos 200 indios de ambos sexos, los más de ellos a caballo. Envié a Goycochea para que, si estaba allí el cacique Julián, lo acompañase a bordo. Efectivamente volvió con los dos caciques Julián Grande y Julián Gordo, sus mujeres e hijos: aquel es el que llevó Zapiola a Buenos Aires. Los regalé con abalorios, y les hice dar de comer. Todo les parecía poco, particularmente el que estuvo en Buenos Aires, a quien se le conocía la malicia que allí adquirió. El otro manifestó más natural bondad, como también su familia. Les pregunté por señas, ¿adónde había agua para beber? Y dijeron que la habría cerca de sus tolderías. Goycochea pidió a Julián Gordo caballo para ir allá. Dio a entender que en pasando dos noches, se lo traería. Fui yo a tierra con los caciques, quienes y sus familias, se manifestaron muy gustosos. A los que habían quedado en la playa, se les llevó un caldero de harina para que comiesen. Todos ellos no tenían más armas que las bolas y

lazos. El engrudo de la harina no les agradaba, por lo cual se les repartió una galleta a cada uno y quedaron muy contentos.

Día 31

A la misma hora que ayer se presentaron los indios en la playa, con los dos caciques. Envié a Goycochea por ellos, los condujo a bordo, y Julián Gordo me dio a entender, que traía ya caballo para llevar a Goycochea al nacimiento del agua. Los regalé, y di de comer como el día anterior, enviando a los que estaban en la playa lo mismo, para tenerlos contentos a todos y ganarles la voluntad. A la tarde convidó Julián Gordo a Goycochea, para que fuese con él a dormir a su toldería, y vería el agua. Fuimos a tierra todos, adonde observé muchas caras que no estuvieron el día anterior, y por último al ponerse el sol, marchó Goycochea con los indios y un cabo de infantería en su compañía, y yo me restituí a bordo.

Día 1.º de abril

A las 10 de la mañana volvieron 10 indios a la playa. Yo había salido con la lancha a recorrer el puerto, y había dejado prevenido que si venían indios los agasajasen. Retirándome al ponerse el sol, hallé que asimismo los indios ya se retiraban; pero encontré que llegaban el cabo y Goycochea, quienes me informaron que Julián Gordo los había tratado muy bien, que les dio de cenar carne de guanaco, que les hizo cama de cueros en su mismo toldo, y que les enseñó el nacimiento del -26- agua, que les parecía distante de la playa de $2\frac{1}{2}$ a 3 leguas: pero que era muy buena y permanente, y que la tierra era de mejor calidad, fuese que se apartaban de la playa como $\frac{3}{4}$ de legua.

Día 2

A las 8 ya estaban los indios en la playa. Envié a Goycochea en busca de los caciques, a quienes condujo a bordo, y yo dije a Julián Gordo que quería me llevase a ver el agua, y para ello me trajese al día siguiente tres caballos. Así me ofreció hacerlo, y al ponerse el sol se retiraron para sus toldos.

Día 3

Al salir el sol ya estaban los indios en la playa. Fui a tierra con Goycochea y el piloto Stafford. Hallé en la playa a los dos caciques, y un número de indios como en los días anteriores. Julián Gordo me presentó desde luego los tres caballos que le había pedido. Dije a Julián Grande si quería ir a comer a bordo con su familia; contestó que sí, y lo hice conducir. Se ensillaron los tres caballos, y en ellos Goycochea, Stafford y yo empezamos a caminar para el manantial a las 10 del día, acompañados de Julián Gordo. A media legua de la playa entramos en una cañada bien ancha. A un cuarto de legua más llegamos a la toldería de los indios, donde procuré registrar si tenían armas, y no vi más que lazos y bolas, y una especie de puñales en forma de corazón, sin cabo, con los cuales desuellan los guanacos. A la orilla de la toldería había cinco pozas de agua dulce, que estaba muy sucia de los caballos; Julián dejó la mula en que iba, y tomando un caballo, seguimos la cañada arriba, y a la media legua hallamos un buen arroyo, cuya agua trasminándose resultaba en las pozas. Esta cañada se ensancha aquí como cosa de una legua. La tierra es de buena calidad, y lo mismo las lomas que circuyen el valle que la cañada forma. Andando como otra media legua, se vuelve a estrechar la cañada, y el arroyo corre con mayor velocidad, pero los terrenos todos siguen de igual calidad. A cosa de otra media legua, encontramos con el manantial que brota por dos partes, como a unas [...] varas uno de otro, en igual altura, que juntos compondrán una pierna de agua muy clara y delgada. Uno de estos manantiales, rompe por la punta de una como piña que forma la tierra. Subí luego a una inmediata loma, y en cuanto alcancé con la vista, advertí todo el terreno vestido de pastos, formando iguales lomas y cañadas; pero en estas, se reconocía muy alta y espesa la yerba; y en punto a leña, se veía muy poca y menuda, desde que se aleja de la playa como media legua. En todas estas cañadas pueden proporcionarse con el tiempo muy -27- buenas huertas y árboles, y toda la tierra es sin duda buena, para toda especie de sementeras. El manantial se puede encañar hasta cerca de la playa, porque está en bastante altura para ella. En las playas de este puerto y sus inmediaciones, hay leña para cocinar una población de las que se intentan establecer, como para 6 años. Volvimos por la toldería, y computé sus individuos, incluyendo los que quedaron en la playa, de unos 400, entre hombres, mujeres y niños, al parecer de buena índole todos. A las 5 de la tarde llegamos a la playa. Los indios marcharon para sus toldos, y nosotros fuimos a bordo, llevando a Julián Gordo, a quien regalé una olla de fierro, y un recado de montar que me pidió. Me ofreció prestarme caballos siempre que quisiera pasear, pero no quería darlos sino a cambio de sables y cuchillos, lo que, pudiendo sernos perjudicial, preferimos no admitir el cambio, y sí la oferta. Satisfecho pues de la buena calidad del suelo, de la bondad del clima, del temperamento a propósito para sementeras, pues en el otoño veíamos los días y noches muy templados, y sólo se experimentaba fresco, no mucho, con los vientos del S o SE, y asegurándome los pilotos ser bueno el puerto,

decidí poderse establecer una población a cosa de una legua de la playa, por encima de a donde tenían los indios situadas sus tolderías: así por resultar allí ya conocida el agua del manantial, como porque las sementeras se hallasen próximas a la población, para más resguardar las de los indios, y mediante que a media legua de la playa empieza el buen terreno. Bien podría sobre la misma playa situarse la población, y seguir hasta ésta el agua, encañándola, pero sería trabajoso al labrador tener su casa distante por lo menos media legua de sus labores; y además de la molestia y cansancio que se les aumentaría con este motivo a los colonos, se les produciría también el perjuicio del tiempo que perderían en ir y venir cada día, y el riesgo de los indios a que estarían sujetas las sementeras a tanta distancia de la población. Estos inconvenientes todos bien pesados, no se subsanan con el único beneficio que en la playa les resulta, en la mayor facilidad de recibir y dar la carga a los bajeles, que puede muy bien conseguirse precisando a colonia a mantener carretas, y con ellas conducir los efectos desde el desembarcadero a la población, y de ésta a la orilla sus frutos, cuando los lleguen a tener que sacar; con lo que también se evita la más larga porción de cañería que sería necesario construir hasta la playa, cuya longitud total graduamos que llegaría entonces de 16 a 18 mil varas. En estas diferencias, que medité muy por menor, resolví consultarlas al Superior Gobierno de Buenos Aires, y entretanto pasar a reconocer el Río de Santa Cruz, sabiendo por los indios que en sus riberas había muchos árboles grandes.

-28-

Día 4

Empezó la maestranza en este día a recorrer las embarcaciones. Los indios bajaron a la playa como los demás días, y se les llevó un caldero de harina, y a los caciques con sus familias los hice venir a comer a bordo. Procurando saber de ellos qué bajeles habían visto en aquel puerto, me dieron a entender que a Zapiola con barco chico y poca gente, a Goycochea lo mismo, y a mí con barco grande y gente mucha y dos barcos chicos, y que no habían visto otras más. Todos estos indios visten de cueros de guanacos y zorrillos; tienen algunos ponchos y algunos abalorios. El pelo se lo suben a lo alto de la cabeza, y se lo sujetan con una cinta. Las mujeres van muy cubiertas, se sujetan el cuero hasta el pescuezo con una especie de aguja de fierro o de madera; en la cabeza se hacen dos trenzas; son todas de estatura regular, pero muy gordas. Los hombres pasan de dos varas de alto, la cara grande, buen semblante, el cuerpo grueso, bien proporcionados, el color blanco, aunque muy tostados del sol y vientos.

Días 5 y 6

Siguió la maestranza, trabajando en la recorrida de las tres embarcaciones. Los indios bajaron a la playa. Los caciques vinieron a bordo, y se les regaló como en los días antecedentes.

Día 7

Estando las embarcaciones listas para salir al mar, no pudimos bajar a la boca del puerto y ponernos en franquía, por ser contrario el viento. Los indios vinieron a la playa, adonde se les envió de comer por despedida.

Día 8

Por la mañana bajaron los indios a la playa, y los caciques vinieron a bordo, adonde los regalé, y me despedí de ellos hasta el otro sol, (que así llaman al año ellos, o al verano). Por la tarde nos bajamos cerca de la boca del puerto para estar más prontos a dar la vela, y envié al piloto Pedro Olmos, con el bote y cinco marineros, a traer de la salina una poca de sal para el gasto de a bordo, y no habiendo regresado a las 7 de la noche, hice que fuese en su busca Stafford con gente armada en la lancha.

-29-

Día 9

Al amanecer llegaron los de la lancha y bote con la sal, y dijeron que el cacique Julián Grande (éste es el que estuvo en Buenos Aires), les había salido al encuentro con su gente, quitándoles los sacos, sin permitirles traer la sal; y que al ponerse el sol llegó Julián Gordo (el otro cacique), y riñendo a aquel su acción, dijo a la gente se embarcase y me trajesen cuanta sal quisiesen, que yo era su amigo. A las 9 del día se presentaron los indios en la playa. Los caciques vinieron a bordo, donde acaricié y regalé al uno, y reñí al otro: éste quedó como atemorizado, y el otro muy contento me dio a entender le quería mal, porque era un hablador. Esta tarde no pudimos salir del puerto por estar el tiempo aturbonado.

Día 10

A las 8 bajaron a la playa los indios. Envié la lancha, y vino en ella Julián Gordo y su familia, a quienes di de comer, acaricié y regalé; y se fueron a la tarde muy gustosos, habiéndome dicho Julián, que su hermano había dado de palos a Julián Grande, porque había detenido y estorbado a los que fueron por la sal, no siendo él cacique; pues sólo le habían permitido mandarse como tal, porque habiendo estado en Buenos Aires nos conocería; y que, avergonzado de esto, se había huido de la toldería aquella noche con su sonuna (así llaman a su mujer), y que allí no había otro cacique que Julián Gordo.

Día 11

Habiéndose incendiado anoche el fogón del paquebot, aunque se acudió y apagó prontamente, tuvimos que ir este día a comer a tierra los de la cámara, ínterin se componía y se revocaba con yeso de las canteras del puerto el expresado fogón. Por la tarde anduve a pie por la banda del N hasta una laguna de sal, tan grande, que casi forma horizonte, y dista de la playa como una legua y media.

Día 12

A las 8 bajaron a la playa los indios: envié la lancha, y en ella vino a bordo Julián Gordo y su familia. Le dije me iba al Río de Santa Cruz, que, según él mismo me había dicho, distaba tres dormidas a la banda del S. Respondiome que él también iba, y que si quería, enviaría a su hermano delante, para que hiciese fuego en boca del río. Agradecíselo, ofreciéndole regalarle en recompensa mucho a él y a su hermano -30- y con esto se fueron a tierra a las 5 de la tarde, y nosotros nos enmendamos más hacia la boca, aunque no había viento.

Día 13

No salimos por ser contrario el viento, y venir el tiempo del S lloviznando. A las 4 de la tarde empezó a garrar el paquebot con la marea

que iba para adentro, y por haber dado el cable vuelta a la uña del ancla, fue suspendida ésta con la fuerza de la corriente. Se dio fondo a otra ancla, se suspendió del todo aquella, y a las 5 nos levamos con la marea para fuera, enmendándonos como unos tres cables que habíamos perdido, y dimos fondo adonde antes estábamos.

Día 14

Amaneció cielo y horizontes acelajados. A las 4¼ de la mañana con viento ONO bonancible, se hizo señal de dar la vela, y lo ejecutamos a las 5¼ con principales, estay y faques, en vuelta del NNE, y rebasada la punta de piedras al ENE por 6, 7, 8 y 9 brazas de agua. Al fondo de 7, tomamos la vuelta del E, y se mandó a los bergantines que fuesen sondando uno por el N y otro por el S. A las 9, rebasados de puntas, nos pusimos en vuelta del SSE 5° E. A las 10 quedó calma, y cargamos las mayores. A poco rato entró una ventolina floja por el SSE, y viramos en vuelta del E ¼ NE. A la 1 entró viento O bonancible, y amurando mayores, nos pusimos en vuelta del SSE, y poco después al S ¼ SE, corriendo así la costa, distantes de ella de 2 a 3 leguas. A las 12 sondamos en 23 brazas A. y L. Anocheció nublado con alguna mar del S y SE. A la 1 viramos en vuelta del E. Se sondó en 39 brazas A. P. y L, con viento SE fresco y algunos chubascos.

Día 15

Amaneció aturbonado, viento SE, el San Francisco con nosotros, el Carmen no se veía. A las 7½ se vio a sotavento, distante 2 a 3 leguas. A las 10 se vio la tierra al O. Al mediodía se observó en 49° 7' latitud. Quedamos con todo aparejo, proa OSO, viento N calmoso. A las 4 se sondó en 42 brazas A. y P., y quedamos en calma. Al ponerse el sol se demarcó la tierra más S al SO 5° O, y la más N al NO ¼ O de la aguja, distancia de 4 a 5 leguas. Entró viento N, sondamos en 37 brazas A. y L., y marcamos más vela con proa al SSO. Anocheció claro, los bergantines a la vista. A las 8 sondamos en 40 brazas A. y L. A las 12 en 35 A. F. y P. A las 2 viramos en vuelta de tierra con proa NO ¼ O, y sondamos en 37 brazas A. y P. A las 4½ viramos -31- en vuelta del S, sonda 40 brazas A. F. y N. A las 6 en vuelta de tierra, sonda la misma en todo. A las 8 en vuelta de S, en 42 brazas ídem, distancia de la tierra de 2 a 3 millas.

Día 16

Amaneció nublado, mar llana, viento OSO bonancible, la tierra a la vista, los bergantines a regular distancia. Se observó al mediodía en 49° 57' latitud, 308° 58' longitud. Quedamos con proa al O, viento SSO. A las 4 viramos en vuelta del E ¼ SE. Luego se llamó el viento al S flojo; luego al O, y viramos en vuelta del S ¼ SO. Anocheció aturbonado, mar llana, la tierra distante como 2 leguas. Vimos fuego en lo más S de ella, y registrando como desagüe o entrada de puerto, juzgamos que éste sería el Río de Santa Cruz, y el fuego la señal ofrecida por los indios. A las 9½ con viento S fresco, viramos en vuelta del E ¼ SE. A las 10 en vuelta del O. A las 12 en vuelta del ESE por ser muy fresco el S.

Día 17

Amaneció duro el viento 8, y siendo de dictamen el piloto y el práctico de arribar a Puerto Deseado, me conformé a ello por el mal tiempo. A mediodía quedamos con proa NNE 5° N, viento S, mar del mismo gruesa, y anocheció con algunos chubascos y nublado, el viento más duro, y mar gruesa. A las 2 sondamos en 50 brazas chinos, y nos pusimos en vuelta del NNO. A las 3 a la capa, y a las 5 mareamos en vuelta del O con viento SSE fresco.

Día 18

Amaneció nublado, mar gruesa del viento SSE. A las 11½ se vio la reventazón del bajo Estevan, y la tierra por la proa, y seguimos en vuelta del E ¼ SE, con viento SSE fresco. A las 4 al E ¼ NE. A las 5 se demarcó la tierra, Isla de los Reyes, al N ¼ NO, distancia de 2 leguas; y anocheció aturbonado por el primero y segundo cuadrante, con la tierra a la vista, viento fresco del SSE, y mar gruesa del SE. A la 1 sondamos en 40 brazas chinos. A las 3 viramos la vuelta de tierra, y seguimos sufriendo repetidos chubascos de granizo y viento duro. A las 4 sondamos 44 brazas A. y P. A las 5 mareamos en vuelta del O.

Día 19

Amaneció aturbonado, mar gruesa del SE, viento SSE fresco, con -32- repetidos chubascos de granizo y viento duro, y la tierra a la vista. A

las 8 nos pusimos en vuelta del O $\frac{1}{4}$ SO. A las 9 al O, y O $\frac{1}{4}$ NO y ONO. A las 10 al O $\frac{1}{4}$ SO. A la 1 arribamos al O $\frac{1}{4}$ NO, y al O, hasta que entre puntas sondamos en 11 brazas chinos, y fuimos disminuyendo para adentro a dar fondo en 5 $\frac{1}{2}$ brazas, en la primera ensenada de Puerto Deseado, a las 3 de la tarde, y lo mismo hicieron los bergantines, con lo que pusimos en el agua todas las lanchas, y anocheció aturbonado con el viento por el S bonancible.

Día 20

Amaneció nublado y en calma. A las 8, repuntada para adentro la marea, suspendimos el ancla y dimos la vela con lancha y bote por la proa al remolque, y el viento al NE bonancible. A la 1 dimos fondo, a 4 leguas de la boca en 7 $\frac{1}{2}$ brazas L, cerca de un caño, donde dijo Goycochea había agua dulce. Fui con él mismo a tierra, y efectivamente me enseñó un manantial, aunque gorda, de buen gusto y del grueso de un brazo, distante como 50 varas del caño que han formado las mareas; y a la noche nos volvimos a bordo.

Día 21

Amaneció lloviendo, el viento NE bonancible. A las 8 $\frac{1}{2}$ entró el bergantín, Carmen en el caño frente del nacimiento del agua, para resguardar la gente que se acampó al día siguiente. A las 9 $\frac{1}{2}$ nos enmendamos un cable hacia el Riachuelo, al S del puerto, quedando fondeados NS en 5 brazas L, y pusimos en tierra las 3 mulas que quedaban. Así anocheció con viento ENE bonancible.

Día 22

Amaneció claro, con viento SO fresco, y fue a tierra la tropa, donde acampó en sus tiendas, llevando 4 cañones de campaña, y subministrándoles las raciones el citado bergantín Carmen.

Día 23

Fue Goycochea con un bote a una isla de la primera ensenada, a traer unos ladrillos que dijo haber visto el año de 17, y que eran buenos para hacer horno para pan; y la gente se ocupó en conducir madera y cueros para formar ranchos.

-33-

Día 24

Al salir el sol volvió Goycochea, con 100 ladrillos; dijo, que los demás se los habrían llevado. Se conoció no eran fabricados en el Río de la Plata, ni tampoco en España; por lo que conjeturamos pudieron los ingleses desembarcarlos cuando se les perdió aquí la fragata, cuya verga mayor también trajo a bordo Goycochea, quemada por un penol; dijo que la fragata se había desecho, porque no se veían los palos que en otra ocasión vio. Los albañiles empezaron el horno, y la gente se ocupó en conducir materiales. El bergantín San Francisco de Paula, entró en el Riachuelo para descargarlo y dar humazo a las ratas.

Día 25

Se continuó el horno, y se aserró madera para los ranchos. Salí, en la lancha del paquebot con el práctico Goycochea, el piloto Staffor y el pilotín Peña; y en la lancha del Carmen, los pilotos Miranda y Manso, a sondar hasta el fin del puerto. En la segunda isla vimos un guanaco, que en marea baja había pasado de la tierra firme; desembarcamos, y lo mató el piloto Stafford de un escopetazo. Seguimos por el carril arriba sondando, y vimos pueden entrar por él embarcaciones grandes. A 5 leguas de la boca del puerto desembarqué a la banda del S., y fui tierra adentro como media legua; después seguí como legua y media, playa arriba, pasando muchas cañadas, donde vi bastante leña y muchos guanacos, pero ninguna agua. A las 8 leguas de la boca del puerto, empezó a varar la lancha, por lo cual desembarcamos en una cañada a la banda del N, y armamos las tiendas que llevábamos para pasar allí la noche.

Día 26

Luego que amaneció, fui por tierra hasta donde concluye el puerto, que son

dos cañadas que se unen, y en tiempo de lluvia correrán, y distarán de la boca unas 10 leguas; encontré, una legua, antes de concluir, un manantial de agua gorda en una cañada, y mucha leña en ella, y buena tierra para sembrar. A las 2 de la tarde volví a donde había quedado la lancha y pilotos, ocupados en hacer las demarcaciones del puerto, y allí pasamos también la noche.

Día 27

Amaneció, recogimos las tiendas, nos embarcamos y fuimos para abajo. En la Isla de Roldan, que es hasta adonde pueden entrar las -34- embarcaciones grandes, arribamos a una cañada de la banda del N, donde hallamos también un manantial de agua gorda. A las 2 de la tarde llegamos a bordo del paquebot, y se quedaron las lanchas dispuestas para continuar otro día este reconocimiento. En toda la costa que hemos visto estos tres días, no hallamos más que cañadas, la que más cosa de una legua, divididas con cerros de piedra, y la tierra adentro es llana y de buena calidad.

Día 28

Salimos al amanecer en las dos lanchas, a correr hasta la boca del puerto. Llegamos a unas barrancas a la banda del N; al cuarto de legua de la playa internándose se allana el terreno, y tiene bastante leña. Por la tarde llegamos a la Isla Pingue, que toda está cubierta de leña. Tendieron la red los marineros, y sacaron muchos peces. Armamos las tiendas, y pasamos aquí la noche.

Día 29

Amaneció, recogimos las tiendas, nos embarcamos, y navegamos hasta el mediodía, que llegamos a la boca del puerto desembarcamos a la banda del S, y a las 3 de la tarde, estando baja la marea, fui a pie enjuto a una isla, que también lo es en marea llana, situada en la misma boca del puerto, donde se puede construir un fuerte de piedra, que la hay allí mismo, para defender la entrada. Volviendo a la cola, anduve algunas cañadas, y en una de ellas, distante como media legua de dicha, hallé dos manantiales de agua algo más delgada que los otros. Pasamos esta noche con algún frío.

Día 30

Amaneció, y pasé con la lancha a la banda del N; seguí a pie, la playa por esta parte, y a 2 leguas del puerto hallé un palo podrido, como de mesana de alguna fragata. Una legua más adelante subí un cerro, y vi una laguna bastante grande; me fui a ella, y la hallé cuajada casi toda en sal muy buena y dura como la piedra; pero se conoce llega a ella el mar en las mareas vivas. Me volví a la playa del puerto adonde llegué a las 4 de la tarde, y de él distará la laguna como 2 leguas, y de ella a la costa del mar habrá un cuarto de legua. En una cañada en la playa hallé un pozo de agua, y en él unas botellas quebradas, y dos piedras como para lavar ropa. Me volví, a embarcar, y pasé a la banda del S adonde hicimos noche.

-35-

Día 1.º de mayo

Amaneció, y recogiendo las tiendas nos embarcamos para irnos a bordo del paquebot; pero el viento contrario nos obligó a arribar a la Isla de Pagranos, que está sobre la banda del S, y tendrá como 3 leguas de circunferencia, con mucha leña, liebres y algunos guanacos. Calmó el viento a la tarde, y llegamos a bordo a las 6 de ella. En estos mismos días, mientras yo andaba por tierra, sondaron todo el puerto los pilotos, que es aventajado para toda clase de embarcaciones, aunque la entrada es difícil. La tierra toda es buena para sembrar, y se halla bastante leña y agua, aunque algo gorda, y mucha piedra para mampostería.

Diario de un viaje a la costa de Patagonia, para reconocer los puntos en donde establecer poblaciones - Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Diario de un viaje a la costa de Patagonia, para reconocer los puntos en donde establecer poblaciones por Antonio de Viedma

Día 2

Amaneció, y fui al campamento. Hallé concluido el horno, y los peones ocupados en formar el rancho al panadero con palos y cueros. La tropa

estaba también haciendo el suyo de paja quinchada, y cubierto asimismo de cueros; y los carpinteros trabajando asimismo en el almacén, capilla y ranchos de los cirujanos; todo de paja y cueros.

Día 3

Salió el bergantín San Francisco de Paula del Riachuelo, para trasbordar a él la harina que tenía el paquebot, y la gente siguió armando los ranchos en tierra.

Día 4

Se verificó el trasbordo de 102 sacos de harina. Volvió el bergantín al Riachuelo, a cuya boca quedó anclado, y la gente se ocupó como ayer.

Días 5, 6, 7, 8, 9, 10 y 11

Quedaron concluidos los ranchos, y el 11 nevó con viento SE.

Días 12, 13, 14

El 12 con marea llena, se llevó el paquebot a la playa para verle la quilla; el 13 se registró y encontró en buen estado; y el 14 se puso otra vez a nado en donde estaba fondeado antes.

-36-

Días 15, 16, 17 y 18

Se construyó mi rancho, y se empezaron a conducir víveres y efectos al almacén, con una carretilla y dos mulas en el tiro, al modo de Cataluña.

Desde el día 19 al 31 inclusive

Me desembarqué y alojé en mi rancho el 19, ejecutándolo igualmente todos los dependientes; a y los demás días se ocuparon en descargar las embarcaciones y depositarlo todo en el almacén, y el 27 entró en el Riachuelo a pasar el invierno el San Francisco de Paula.

Nota.- Los cuatro puertos en que hemos dado fondo se han reconocido con la mayor exactitud.

Por tierra queda expresado en este diario cuanto he visto en toda la costa que hemos corrido desde una hasta tres leguas que me he internado, sin haber hallado más aguas que los manantiales aquí señalados.

El terreno de los cuatro puertos es bueno, pero para sementera es mejor el de San Julián que el de los otros tres. Su temperamento guarda estaciones proporcionadas. Su frío y el de Puerto Deseado, los gradúo como el de la costa de Cantabria en España. Si las lluvias se proporcionan a tiempos oportunos de invierno y primavera, no dudo fructifiquen todas las semillas.

Para acabar de reconocer todo este golfo de San Jorge, se necesita una chalupa, que saliendo en el verano de Puerto Deseado, corra toda la costa hasta adonde llegaron los pilotos con la lancha; porque a vista de los bajos y restingas que encontraron a la banda del N, no debe arriesgarse en la del S ningún bergantín, sin sondarla antes y ver si hay en ella algún canal, río, etc.

Estando mi comisión en este estado, y el presente diario formalizado como hasta aquí se ha visto, lo dirigí al excelentísimo señor virrey de Buenos Aires, con relación de los efectos que son necesarios; quedándome entretanto en Puerto Deseado, hasta que Su Excelencia determine si se ha de efectuar el establecimiento en la Bahía de San Julián; y en qué punto, si en la playa o junto a los pozos.

-37-

Junio 1780

El día 8 murió de escorbuto en el hospital un marinero del bergantín Carmen. El 14 estuvo pronto a navegar con los pliegos para Buenos Aires el paquebot San Sebastián, y bajó a la boca del puerto a esperar tiempo para salir. El 17 lo ejecutó con viento SE flojo, y en el puerto reinó con mayor fuerza cada día, hasta el 27 que se llamó al NE. Algunos días heló fuertemente, otros tuvimos algunos chubascos; pero otros fueron tan templados, y calentó tanto el sol, que nació el trigo que se había sembrado para experimentar cómo obraba el terreno y el clima.

Julio

Murieron de escorbuto en el hospital un cabo y un soldado de infantería, un poblador soltero y el herrero. Heló 18 días. El 24 fue el más fuerte, nevó todo él, y reinó un viento S muy duro. En la noche del 28, vimos toda ella a la parte del S un cometa, estando todo el cielo tan encendido y tan claro que parecía amanecer.

Agosto

Murieron de escorbuto en el hospital un sargento y cuatro soldados de infantería, dos pobladores solteros y dos marineros del bergantín Carmen, y quedando hasta once enfermos de peligro, se empezó a disgustar la gente, y a ponerme pasquines, que indicaban conmoción e intento de retirarse del establecimiento. Para evitar la sublevación que debí ya no dudar, y teniendo que aguardar la resolución de Buenos Aires, dispuse se alistase el bergantín Carmen, con objeto de conducir a aquella capital enfermos y mal contentos, quedándome con los que voluntariamente quisiesen acompañarme. El 24 por la mañana estaban todos a bordo, y entregado el práctico Goycochea de los pliegos en que avisaba al Señor Virrey todo lo ocurrido, se bajó con el citado bergantín a esperar el viento a la Isla Pingue. El 28 dio la vela, y me quedé con sólo el San Francisco de Paula, con cinco marineros en él, su capitán piloto, don José de la Peña, su contraestre y su galafate; y en tierra, capellán, cirujano, sangrador, guarda almacén, panadero, carpintero, cinco pobladores, el escribiente y un criado mío. Nevó dos veces en este mes, pero al fin de él empezaron ya a quebrar los fríos.

Setiembre

En este mes se experimentó una estación templada, y en algunos -38- días calmosos, mucho calor. Se estuvo cargando el bergantín San Francisco de Paula, y haciendo su aguada. Creció el trigo y las verduras que se habían sembrado. Se pescó mucho, entró en la red tanto pescado, que aguardamos que bajase el mar, porque entre todos no pudimos sacarla tirando.

Octubre

El día 4, hallándose a bordo los efectos que me parecieron de más estimación y necesarios, me embarqué con la demás gente de tierra. El 5, al repuntar la marea por la mañana, salimos con viento SE, y luego estuvimos en la boca del caño de la Isla Pingue donde dimos fondo. El 6 se desembarcaron tiendas para el cirujano, sangrador, guarda almacén y tres pobladores solteros, y acamparon todos en dicha isla. El 17 murió uno de los pobladores que se había tocado de escorbuto. Todos los demás se hallaron robustos y buenos. El 31, habiendo sabido se hallaba en la costa del S, fuera del puerto, un palo mayor de fragata, fuimos allá con las 3 mulas, un avantrén y las ruedas de la carreta; lo cargamos y se llevó a la costa del puerto que habrá una legua: echámoslo allí al agua, y remolcado por el bote se llevó a la Isla Pingue donde se colocó sobre polines.

Noviembre, de 1780, hasta el día 12

Se hizo un poco de aceite de lobo; se dieron al palo con él algunas manos y quedó como nuevo. El 12 por la tarde avistamos una embarcación fuera del puerto, que bordejeaba aguardando la creciente. Bajamos a la boca del puerto con el bote, el capitán del bergantín, 4 marineros y yo. Llegamos al ponerse el sol a reconocer que era un bergantín, con esto salimos a encontrarlo, atracando a su costado a cosa de una legua fuera, y era el Carmen mandado por Goycochea, quien me entregó los pliegos del Señor Virrey, mandándome en ellos Su Excelencia que inmediatamente pase a formar un establecimiento en San Julián, cerca de donde están aquellos pozos de agua. Ínterin leí mis cartas, entró con la creciente el bergantín, y dio fondo en el caño de la Isla Pingue. La carga consistía en algunos efectos, y conducía de transporte algunos obreros, peones, y dos artilleros, y cinco marineros para el San Francisco de Paula.

Día 13

Con motivo de la mucha gente del Carmen, mandé rehacer su aguada, a cuya faena ayudó la gente y lancha nuestra con el piloto Peña.

-39-

Días 14, 15, 16 y 17

Este último día bajó el Carmen al fondeadero nuestro con la aguada completa, y se situó al lado del San Francisco.

Día 18

Se ocupó la gente del Carmen en hacer leña, y embarcar las tres mulas que había en tierra; y los de San Francisco embarcaron los efectos y tiendas que teníamos en la isla, quedando así prontos a salir para San Julián.

Días 19 y 20

Hubo viento muy fuerte del SE, y no pudimos salir. Los marineros fueron a las islas, y cargaron las lanchas de huevos de pirro, gaviota, patos y contra maestros, y se embarrilaron para llevar a San Julián.

Día 21, 22, 23 y 24

El 21 por la mañana, con la vaciante y terral flojo, salimos de Puerto Deseado en demanda de San Julián, y el 24 por la tarde avistamos la boca de aquel puerto, y fondeados en ella dos buques, que de más cerca reconocimos ser la fragata particular Nuestra Señora del Carmen, y el paquebot del Rey San Sebastián. Dimos fondo al lado de éste, y pasó a mi bordo luego su capitán, don Bernardo Stafford, que me entregó los duplicados de los pliegos del Señor Virrey. Trasladámonos ambos a la fragata, y Stafford previno al piloto Pedro de Olmos que iba de práctico, y al capitán de ella y piloto, don Pedro Gorostiaga, cuanto debían observar para entrarla. Pasamos al paquebot. Se dispuso la maniobra para entrar al puerto, y rebasado el cabo vi fondeado el bergantín, Carmen, a quien hice decir por Stafford con la bocina, que bajase a entrar la fragata. Respondió Goycochea lo haría, en perdiendo la fuerza la corriente que iba entonces para adentro, y no se lo permitía. A este tiempo se levó la fragata ya. Pasó felizmente el bajo, y al igualarse con el bergantín, le avisó Goycochea diese fondo allí con él, que a otro día entrarían juntos. La fragata, no entendiéndolo o no queriendo, continuo, y cerca del placer de Isla de Carretas, dejándose ésta a la izquierda, entró en un caño donde quedó varado. Bajando la marea a las 10 de la noche, dio un

bandazo, con que rindió el palo mayor, y se partió el buque que inmediatamente se llenó de agua, y así lo abandonaron, poniéndose todos en salvo.

-40-

Día 25

Por la mañana desde mi bajel vi con el anteojo que picaban los otros dos palos de la fragata. Por causa de la corriente que venía para adentro, no pude bajar allá. Luego entró el bergantín Carmen, que dio fondo a mi costado, y pasó el contador don Francisco Gabarri a darme parte de lo ocurrido en la fragata, adonde se halló embarcado. Me informó de ello asimismo Goycochea, y en consecuencia bajé luego con el bergantín Carmen. Llegué a la fragata, hallé ahogadas mulas y caballos, y averiada la carga casi toda, con que se puso inmediatamente mano a sacar el bizcocho.

Días 26, 27, 28 y 29

En estos se trabajó con el mayor empeño, en las mareas bajas, en sacar a tierra efectos de la fragata. En donde había acampado la gente de ella se abrió un pozo para buscar agua; pero se hubo de dejar, porque a una profundidad considerable se encontró con la peña viva.

Días 30 y 31

Fui a los manantiales de los pozos, adonde estuvieron los indios en abril anterior, y viendo había en ellos bastante agua, y que se iba acabando la de las embarcaciones, determiné establecer a otro día todo el campamento en dichos pozos.

Día 1.º de diciembre

Marchó a los pozos la tropa y presidarios con las raciones a hombros, y la carretilla con las tres mulas que saqué de Puerto Deseado: llevó las tiendas de campaña.

Día 2

Fueron algunas familias pobladoras al campamento con su ropa, efectos que pudieron recoger, y algunas raciones a cuestas.

Días 3, 4 y 5

Siguieron al campamento los demás pobladores, albañiles, carpinteros, etc., y la carretilla se ocupó también en llevar víveres.

-41-

Días 6, 7, 8, 9 y 10

Se continuó del mismo modo sacando algunos efectos de la fragata, y se alistó el bergantín Nuestra Señora del Carmen, para llevar a Buenos Aires la noticia de aquella pérdida.

Día 11

Salió el bergantín del puerto para Buenos Aires, llevando de transporte los oficiales de mar y tripulación de la fragata perdida, excepto el guardián y 19 marineros, que esquiando su lancha y bote, quedaron para sacar la madera de su cargamento.

Días 12 y 13

El 12 fui al campamento de los Pozos, donde a poco rato llegaron dos toldos de indios, que los armaron junto a nuestras tiendas. El uno era hermano del cacique Julián, que por abril anterior le habíamos puesto por nombre Patricio. Me dijo que su dicho hermano estaba en la playa, y se me

mostró muy placentero. Alrededor de nuestras tiendas se había empezado a abrir una zanja, poniendo en cada ángulo de ella un cañón para tener alguna defensa⁵⁵. Volvime a la playa, y un cuarto de legua antes de llegar encontré al cacique Julián acompañado de unos 40 indios, y me dijo que dentro de 4 ó 5 días vendría con su gente toda a donde yo estaba.

Días 14, 15 y 16

Siguió trabajando nuestra gente en la zanja, y en buena armonía con aquellos pocos indios.

Día 17

Me subí ya de asiento al campamento. Vino Julián con hasta 300 personas. Puso sus toldos junto a los de su hermano Patricio. Se le regaló, y se manifestó muy amigo.

Días 18, 19 y 20

Formose en la playa un barracón de cueros para que sirviese de -42- almacén: los marineros se ocuparon en sacar efectos de la fragata. Julián prestó dos mulas para armar una carretilla, y los pobladores armaron otras dos, que con doce hombres en cada una subían al establecimiento, desde la playa, seis cuartones, por un real de gratificación por cada vara.

Días 21, 22, 23 y 24

Se continuó subiendo víveres con las carretas de mulas, y los pobladores conduciendo maderas: la demás gente se ocupó en concluir la zanja o pozo del campamento. Los indios nos surtían de carne de guanaco, a cambio de bizcocho, tabaco y otras frioleras.

Días 25, 26, 27, 28 y 29

Continuaron las mismas faenas, excepto el día 25 por ser de la Natividad. Los indios siguieron con la misma buena correspondencia.

Días 30 y 31

Se ocupó la gente del mismo modo. El cacique Julián me dijo que a la banda del S, a dos días de camino, hay un arroyo, y junto a él se halla un establecimiento de indios, cuyo cacique se llama Onos, que es amigo suyo. Que a otro día más de camino se encuentra el Río de Santa Cruz, a cuya ribera viven otros, cuyo cacique también le es amigo, y se llama Cohopan. Que tiene pocos caballos, y que los más andan a pie. Que 25 días de camino al N hay otro arroyo, entre el cual y la mar viven indios con un cacique amigo suyo, llamado Ayo, que tiene muchos caballos. Que más tierra adentro sobre el mismo arroyo hay más indios, y que su cacique, llamado Cocnoros, es su amigo igualmente, y tiene muchos caballos. A otros dos días más de camino (dijo), hay otro arroyo, y muchos indios junto a él, cuyo cacique se llama Camen, que también es su amigo y tiene muchos caballos. Que a otros 20 días más de camino está el Río Negro, cuyos indios (dijo) eran malos y enemigos suyos, y que el cacique se llama Chanel, y Julián se llama también Camelo.

Día 1.º de enero hasta el 6 inclusive

Quedaron concluidos los pozos con brocal, puertas y llaves, para su mayor aseo y custodia del agua que dan mucha. Habiendo quedado pocos guanacos por aquella intermediación, me dijo Julián que iba con su gente a carnear por unos cinco días, que le cuidase la toltería y gentes que en ella quedaban; (y me llevó a que los viese) que no permitiese hacerles -43- daño alguno, y que les diese de comer hasta su regreso (serían como 30 entre viejos, niños y mujeres). El día 6 se empezó a armar el fuerte y establecimiento, todo de madera por entonces.

Día 7

Volvió Julián con los suyos, y quedaron muy contentos del trato que a su gente habíamos dado en su ausencia. Se continuaba en el trabajo del fuerte de madera.

Días desde el 8 hasta el 18

Continuó la obra del fuerte. El día 13 llegó una toldería de indios de los del Río de Santa Cruz. Julián que tenía cuidado de darme parte de todo lo que pertenecía a indios, me presentó los dos caciques. El Principal era Onos, y el otro se llamaba Pola. Traen hasta 150 personas de ambos sexos, los más de ellos a pie; pero demostraban ser amigos de Julián como dijo éste, y de igual índole que los suyos. Los regalé y me parecieron contentos. El 18 por la mañana me dio parte Julián se iban, y a poco rato desarmaron sus toldos y empezaron a caminar.

Días 19 hasta el 22

Se siguió construyendo el fuerte y demás. El 22 quedó concluido el primer cuartel, y se empezó otro. Este día avisaron del puerto había a la vista una vela, que parecía el bergantín de Goycochea. El 20 se retiró Julián con sus toldos, a situarse como a dos leguas de nosotros. Volvió el 22 con diez indios y dos mujeres. Trajo carne de guanaco y una mula para la carretilla, y se retiró a la tarde llevándose otra mula que estaba flaca para engordarla.

Días 23 hasta el 25

Continuó la obra del fuerte y cuarteles. El 23 me envió desde el puerto el contador don Francisco Gabarri, aviso de la entrada del bergantín, y los pliegos que del Señor Virrey me trajo Goycochea, aprobando Su Excelencia todo lo practicado de resultas de la pérdida de la fragata. A la tarde subieron al establecimiento los 18 caballos cincheros que se remitían de Buenos Aires, y todos llegaron útiles. El 25 me hizo una visita Julián y sus parientes.

Días 26 y 27

Siguieron los mismos trabajos. El 27 me avisó un indio, que Julián -44- estaba muy malo, de resulta de una caída del caballo, corriendo unos guanacos.

Día 28

Se bendijo el lugar y la capilla, titulado esta Nuestra Señora del Rosario.

Día 29

Se mandó descargar el paquebot Carmen, para que volviese a salir para el Río de la Plata.

Días 30 y 31

Se metió en almacenes la carga del paquebot, y la gente siguió trabajando en el segundo cuartel.

Día 1.º de febrero hasta el 7

Se lastró y alistó el paquebot San Sebastián para salir a la mar. Concluyeron los carpinteros el segundo cuartel, y empezaron el tercero. El día 7 salió el bergantín San Francisco de Paula, a traer los efectos que dejamos en Puerto Deseado.

Día 8, 9 y 10

El 8 murió la pobladora María Ortiz. Quedó despachado el otro barco para Buenos Aires, con las cartas para el Señor Virrey.

Día 11, 12 y 13

Se siguió trabajando en el tercer cuartel. El paquebot no pudo dar la vela por falta de viento. El día 12 me avisó Julián que iban a carnear por 25 días. Que a tres días de camino de este establecimiento habían visto ganado vacuno, y que dos toros salían a la gente, por lo que no habían podido matar ninguna res. Que en caso que los hallase me daría aviso con su hermano, para que enviando gente con fusiles y matando los toros, se condujese al establecimiento todo el ganado.

Día 14 hasta el 18

El 14 verificó su salida para Montevideo el paquebot San Sebastián -45- con los pliegos en busca de víveres. Los días 15 y 17, llovió mucho.

Días 19 hasta el 28

El 26 concluyeron los carpinteros el tercer cuartel, y el 27 empezaron el cuarto.

Día 1.º de marzo hasta el 5

Siguió el trabajo del cuartel, y se empezaron a domar los caballos en las carretillas a uso de Castilla.

Día 6 hasta el 11

Continuaron los mismos trabajos. El 6 regresaron los indios y Julián con carne de guanaco, pero ni hallaron los toros ni el ganado vacuno que habían visto.

Días 12 hasta el 18

Continuaron los trabajos. El 16 salieron a reconocer el Río de Santa Cruz el subteniente don Santiago Gómez, el práctico Goycochea y el indio Patricio.

Día 19

Volvieron los dichos, diciendo distaba aquel río como 15 leguas de nosotros. Que a las 9 habían hallado un abundante manantial de buena agua; y a 3 más, un arroyo que daba a los caballos a la cincha, y desaguaba en el puerto de Santa Cruz; y otras 3 más dieron con aquel río que tendría de ancho 140 varas y mucha profundidad, el cual (dijeron) desagua en un puerto muy capaz. Que no hallaron maderas por parte alguna, y sólo sí leña o matorral de espinillo.

Día 20 hasta el 23

Se empezó a entablar y a construir la escalera del segundo piso del cuartel de la puerta, y los albañiles dieron principio a los tabiques de separación para las habitaciones. El 22 llegó el bergantín San Francisco de Paula de regreso de Puerto Deseado, después de 31 días de navegación en que les persiguieron vientos contrarios: les faltó el agua, y estuvieron para varar si no alijan, tirando al mar sesenta zurrone de menestras, -46- y una armazón de horno de fierro. Traen tres marineros enfermos que se han puesto luego en tierra, y los demás no vienen buenos.

Días 24 hasta el 31

Continuaron las obras. El 28 se fue el cacique Julián con su gente a carnear por 7 días, dejando en las tolderías tres viejas, una moza y cuatro muchachos, y encargándome les diese de comer.

Día 1.º de abril hasta el 8

Continuaron las obras. El 4 volvió el cacique y su gente cargados de carne de guanaco. El día 8 parió una muchacha la pobladora María de Mata, muger de Lorenzo Pintos.

Días 9 hasta el 13

Se bautizó aquella, y se le puso por nombre Vicenta. Con una marca crecida este mismo día 9, se desarmó la fragata náufraga Nuestra Señora del Carmen, no dejándole más que los planes. Siguieron las obras del establecimiento, y el 12 salió Julián con su gente en busca de unos caballos que se le habían perdido.

Día 14 hasta el 30

Concluidas las habitaciones del fuerte, quedó alojada toda la gente en ellas el día 20, y siguieron los carpinteros haciendo las puertas. El 27 cayó una gran nevada. El 29 una muy fuerte helada, y siguió lloviendo hasta el 30, con lo que se deshizo la nieve. El 28 murió la mujer del poblador Bartolomé Tamame, y el día antes la pobladora María Ferreira.

Día 1.º de mayo hasta el 10

Se empezó a construir el horno, su rancho y la herrería, unido todo de adobes, cubierto de madera, y el día 7 volvió de buscar sus caballos el cacique Julián con su gente.

Días 11 hasta el 20

Continuase la fábrica del horno y su rancho. El 14 murió la pobladora Melchora Quintana. Salió el 17 para Buenos Aires el bergantín Nuestra Señora del Carmen, mandado por el práctico Goycochea.

-47-

Días 21 hasta el 31

Se continuó el horno, su rancho y herrería. El 21 murió un muchacho llamado Fabián, hijo del poblador Manuel Descosido. El 25 llegaron de los del N 19 toldos de indios amigos de Julián, su cacique se llama Ñiz. El 30 murió Felipe, hijo del poblador José Fernández. El 31 murió Pascuala Fernández, mujer del poblador Tomás Fernández.

Día 1.º de junio hasta el 10

Estos días no se pudo trabajar por lo fuerte de las heladas. El 9 murió el sargento de infantería de Buenos Aires José Nadela. El 10 murió en el toldo la mujer de un sobrino de Julián, llamado Ocopan, ella Gatalgeso de edad de unos 15 años y bonita: murió de sobreparto, e inmediatamente ensillaron su caballo, pusieron encima de él toda la ropa y alhajuelas de la difunta; montaron luego en él a una hija de Julián, que dio una vuelta a caballo alrededor del toldo; bajaron después la muchacha, y dos indios echaron un lazo al cuello del caballo, de que, tirando cada cual por su punta, dieron con él en tierra casi ahogado; y otros dos indios con otro lazo, lo acabaron de ahogar, echándoselo al hocico. Concluido, le despojaron del aparejo, ropa y demás que le habían cargado; todo lo cual dieron al fuego en un hoguera que tenían preparada, añadiendo cada pariente y amigo alguna otra albijilla, que de sus toldos traían para quemar con las de la difunta. Mataron luego una yegua, y haciendo de ella y del caballo trozos, se fueron repartiendo entre cuantos al fuego echaron algo. El marido, presente a todo este funeral, fue el primero que arrojó a las llamas cuanto tenía, quedándose en cueros, y un pariente suyo inmediatamente le cubrió con una piel de guanaco. Aquella noche entregaron el cadáver, para que lo enterrasen, a las viejas de la toldería, quienes todo el día habían manteniéndose en una enorme gritería, mesándose los rostros. El duelo duró 15 días, matando caballos en cada uno de ellos, y siguiendo las viejas en aquel continuo alarido. Estos son los sufragios de estas bárbaras, sin más diferencia que cuando el muerto es de la clase común o inferior se reducía sólo la gritería, y entierro de las viejas, a

las cuales es peculiar entre ellos el oficio de sepultar.

Días 11 hasta el 20

En estos llovió sin cesar, por lo que, aunque se concluyó, no pudo mudarse la panadería que subsistía aún en la playa, porque las carretillas no podían bajar a hacer el transporte de los efectos. El 18 murió Manuel, hijo del poblador Tomás Fernández; y el 20 José, hijo del poblador Manuel Descosido.

-48-

Estos días estuvo helando fuertemente, hasta que el 30 quebró la helada en agua, y se aprovechó el primer momento, en que se subió panadería y herrería al establecimiento.

Días 1.º de julio hasta el 11

En estos estuvo lloviendo, helando y nevando, por lo que no se pudo trabajar al descubierto. El 3 se fue Julián con su gente al Río de Santa Cruz. Quedó en su toldo el indio Patricio, para que su mujer, hermana de aquel, diera de mamar a la criatura que había parido la difunta, y a la muchacha de la pobladora María de Mata, por estar ella enferma y habérsele retirado la leche. El día 10 murió el presidiario Juan Ledo.

Días 12 hasta el 20

Siguieron las nieves, hielos y aguas. El 3 murió el poblador Manuel Rodríguez, y el 19 el peón Eduardo Orduña, y otro poblador Bartolomé Tamame.

Días 21 hasta el 31

Siguieron los hielos con muchos fríos. El 22 murió José Chanet, soldado del regimiento de infantería de Buenos Aires. El 24 el presidiario Manuel Rodríguez. El 29 un hijo de éste, llamado Pedro. El 31 el poblador José

Fernández. Las enfermedades cada día se propagan más; los víveres se van acabando; con cuyos motivos se hacía ya sentir la necesidad, y temer las consecuencias, no las mejores.

Setiembre de 1781

El día 10 murió el presidiario Santiago Bernardo. El 17 los cabos de infantería José Gálvez y Pablo Gadea, y la pobladora María Pila, mujer de Manuel Pérez. El día 10 entró en el puerto el paquebot Belén, mandado por el piloto don Juan Callejas, y el 14 el paquebot San Sebastián, mandado por el piloto don Bernardo Stafford; ambos de Montevideo, con carga de víveres para el establecimiento para 10 meses, y con algunas ropas. Con este consuelo se desahogó la gente, empezaron a ceder las enfermedades, y yo me di 10 baños con los que también experimenté alivio.

-49-

Octubre

El día 2 me levanté de la cama, y arrimado a un palo di algunos pasos. En todo el mes me alivié, y pude andar con libertad. Los demás enfermos fueron mejorando, a que concurrió el buen tiempo de la primavera. Con los dos albañiles, y 18 presidiarios conducidos por el paquebot San Sebastián, se emprendió el día 4, a la derecha del fuerte, la construcción de un hospital de 26 varas de largo y 6 de ancho, sin contar las 5 cuartas del grueso de cada pared que son de adobe; y quedaron concluidas el 31, en estado de armarse de paderas para cubrirlo de teja. El día 10 se hicieron a la vela para Montevideo los paquebotes San Sebastián y Nuestra Señora de Belén, y yo pedí en ellos licencia al Señor Virrey para pasar a mi casa en Buenos Aires a restablecer mi salud. El 29 salieron los indios a carnear por dos meses.

Noviembre

El día 1.º se comenzó a construir un frente de cuadra de 72 varas de largo, y 6 de ancho de luz para nuevo casas de los pobladores, de los mismos materiales que el almacén y el hospital. El día 4 desertaron, llevándose cinco mulas y once caballos, los dos presidiarios José Ignacio Arroyo y José León Godoy, de los últimamente venidos de Montevideo en el San Sebastián. Al día siguiente salió el subteniente don Santiago Gómez a

buscarlos, y decir al cacique Julián enviase sus indios a seguirlos. Levantó para ello inmediatamente sus toldos pero en todo el mes no hemos tenido noticia alguna, y nos han atrasado notablemente los trabajos por la falta del ganado para servicio de las carretillas. La gente enferma sigue restableciéndose muy bien.

Diciembre

El día 9 volvió Julián y su gente, trayendo las cinco mulas y dos caballos: dijeron habían alcanzado a los dos desertores, y que se les huyeron en otros dos caballos, porque iban muy cansados los de los indios y no pudieron seguir más que los otros siete caballos se los habrían comido o dejándolos despedados por los caminos. Los días 21 y 22 se coció una hornada de teja y ladrillo que salió bien. El 31 quedó alistado de un todo el bergantín San Francisco de Paula, para que su capitán y piloto don José de la Peña, vaya a reconocer el puerto y Río de Santa Cruz.

Enero de 1782

El día 4 dio la vela dicho bergantín. El 5 salió por tierra un -50- indio con carta para aquel piloto, a fin de que, volviendo con respuesta y noticia del estado de su comisión, se facilitase esta comunicación por la tierra. El 7 volvió, diciendo que el bergantín ya había pasado río arriba, y que cansado de correr, le perdió de vista sin poder conseguir que de abordó le viesen. El 6 entró en el puerto el bergantín Carmen mandado por Goycochea, que trae de Montevideo un oficial, veinte soldados y dos capellanes, en relevo de igual número y clases, y también conduce 22 mulas para servicio de este establecimiento. Los indios marcharon por 4 meses hacia el N, a buscar o cambiar caballos por cueros con otros indios. El día 14 salieron por tierra Goycochea y el subteniente don Santiago Gómez al Río de Santa Cruz, a ayudar en algo a Peña, quien con un indio me había escrito que ya no podía subir más del río, por causa de la gran corriente, y de haber hallado 12 islas por adonde no podía pasar el bergantín. A los 8 días se restituyó al establecimiento don Santiago Gómez y Goycochea se quedó para ejecutarlo con el dicho bergantín. Se cubrió de teja y concluyó el hospital, y se continuaron las 9 casas para pobladores. El 31 entró en el puerto el bergantín San Francisco de Paula, de regreso del Río Negro.

Febrero

El día 7 salió para Montevideo dicho bergantín, mandado por el mismo piloto Peña, llevando para el Señor Virrey el plano e informe del reconocimiento ejecutado en el puerto y Río de Santa Cruz, y para muestra algunas semillas y plantas de trigo, y otras cosas de las que se habían probado y dado bien en las tierras de este establecimiento. Llevó de transporte a los dos capellanes, fray Ramón del Castillo y fray Mariano Paz Barzola, al subteniente don Santiago Gómez y 6 soldados. Se continuó trabajando en las casas de los pobladores. El día 10 salió para Puerto Deseado el bergantín Nuestra Señora del Carmen al mando de Goycochea, en busca de 4 cañones de a 4 con sus cureñas, y un avatrén, que quedaron en la Isla Pingue.

Marzo

El día 9 regresó de Puerto Deseado aquel bergantín, con los dichos cañones, cureñas, avatrén, y la madera de los ranchos que ya nos hacía falta para cubrir las casas de pobladores. El 20 quedaron concluidas tres de ellas, y alojadas dos familias en cada una, se continuó el trabajo en las demás.

-51-

Abril

En este mes se concluyeron otras tres casas, se mudaron dos familias en cada una, y continúa el trabajo en las demás.

Mayo

El día 8 se concluyeron las otras tres casas, y se alojaron otras dos familias en cada una, con lo que salieron del fuerte Lodos los pobladores casados, y en los cuartos que dejaron, se hicieron almacenes para víveres y pertrechos. Se les repartieron algunas mulas y vacas a los pobladores, para que fuesen labrando las tierras. El día 16 salió para Montevideo el bergantín Nuestra Señora del Carmen, mandándolo Goycochea, a dar el aviso al Señor Virrey de hallarnos tan escasos de víveres, no habiendo venido tiempo hace alguna embarcación, que me precisaba despachar esta única que tenía, porque acaso se hubiesen perdido o arribado las que, según las

últimas cartas, debían habernos ya llegado. Hice marchar los dos albañiles, cuatro carpinteros, y los presidarios cumplidos, por faltarme también maderas que había pedido, y aunque se me ofreció enviarlas, no llegaban.

Junio

El día 7 llegó Julián con sus indios, y puso sus toldos junto al fuerte. El día 19 entró en el puerto el paquebot Belén, mandado por el piloto don Joaquín Gundin, procedente de Montevideo, cargado con 400 quintales de bizcocho, y otros tantos de harina para pan, 70 quintales de menestras y algunos barriles de vino, vinagre y aguardiente, y varios efectos de parque. De transporte conduce al capitán del regimiento de infantería de Buenos Aires, don Félix Iriarte, con los pliegos del Señor Virrey, en que Su Excelencia, permitiéndome pasar a dicha capital en razón de mi salud, destina en mi relevo interinamente este oficial, y los expresados víveres para subsistencia de este establecimiento por todo el invierno. Como ésta era la única embarcación que teníamos, no quise usar de ella para marchar, difiriéndolo a en llegando otra, por no dejar sin este auxilio el destino.

Julio

Este mes no se sintió mucho el invierno, ni se experimentó la falta de salud que en el año anterior: toda la gente se mantuvo sana.

-52-

Agosto

Este mes ya empezó a nevar y llover bastante, pero no hubo novedad en la salud; la gente se mantuvo sana y robusta. Los pobladores muy contentos, sembraron 6 arrobas de trigo y media de cebada cada uno.

Setiembre

Fue templado: nacieron bien las siembras.

Octubre

Empezó a hacer calor, y se puso mano a trabajar ladrillo y teja, para que un soldado que había de oficio albañil fuese construyendo de firme, a la izquierda del fuerte, la casa de panadería y herrería.

Noviembre

Subsistiendo siempre los indios en el informe de que hay maderas gruesas en el nacimiento del Río de Santa Cruz, que aseguran ellos ser una laguna grande, tierra adentro, formada de la nieve que se derrite en una sierra vecina, donde dicen criarse aquella, determiné quedase con el mando el arriba dicho capitán don Félix Iriarte, y salir yo con los indios a reconocer la laguna, sierra y maderas. Efectivamente, se dispuso todo para marchar: el subteniente don León de Rosas, el segundo piloto de la Real Armada, capitán del paquebot Belén, don Joaquín Gundin, el caballero Ignacio Fernández, el marinero Bernardo Camós, los peones Fernando Morales y Martín Chinchilla, y el cacique Julián Camelo, con 44 toldos de indios de los de su jurisdicción; y quedamos prontos para salir el

Día 7

A las 8½ de la mañana emprendimos la marcha, llevando 15 caballos entre montados y sueltos, y 3 mulas de cargueras con comida. Salieron con nosotros 5 indios de guía, todos los demás marcharon delante la tarde antes, a esperarnos dos leguas de allí en un paraje que llaman ellos Galala, que quiere decir lengua de vaca, por la mucha yerba de este nombre que allí nace. A las 11 nos incorporamos con toda la indiada, y a la media hora partimos juntos de Galala, el cual terreno es una cañada que sale al fondo de la Bahía de San Julián. Dejámosla luego, y subimos a un cerro, en cuya cumbre, corre una pampa que hace horizonte, y por ella corrimos como al O; y a las 2½ de la tarde, concluido el -53- horizonte, bajamos por otra cañada que también va a morir al fondo de dicha bahía y en un paraje que llaman los indios ycla, donde hay agua buena y pasto abundante. Hicimos alto para pasar la noche, y armamos mi tienda, habiendo caminado desde Galala aquí como unas 3 leguas.

Día 8

A las 12 del día nos pusimos en marcha, siguiendo siempre la misma cañada de Yela como al ONE y O $\frac{1}{4}$ NE; y a las 3 de la tarde llegamos a un paraje que los indios llaman Atepes, habiendo caminado unas 3 leguas. Se armó mi tienda y sus toldos para pasar aquí la noche, por haber buen pasto y agua.

Día 9

No pudimos hacer camino, porque desde ayer a las 4 de la tarde empezó a llover bastante, con mucho viento del tercer cuadrante que duró 24 horas.

Día 10

A las 11 del día nos pusimos en marcha como al OSE, subiendo la cañada de Atepes, que concluida salimos a una dilatada pampa, y a las 4 $\frac{1}{2}$ de la tarde bajamos a otra cañada que es la misma de ayer, y en un paraje llamado por los indios Lael hicimos alto, habiendo caminado 5 leguas. Aquí encontramos al cacique Onos con 12 toldos de su jurisdicción. Hay buen pasto, mucha agua y leña.

Día 11

En este no pudimos hacer camino, por estar el tiempo muy revuelto todo el día, con variedad de vientos y agua.

Día 12

A las 11 de la mañana nos pusimos en camino, y por entre cañadas, subiendo y bajando cerros siempre al O, hicimos alto a la 1½ en un paraje que llaman Camoé, en la misma cañada antecedente, donde hallamos buen pasto y mucha leña y hasta aquí habríamos caminado como 2 leguas.

-54-

Día 13

A las 11½ de la mañana empezamos a caminar por la misma cañada, hasta que a la 1 subimos a la pampa, y a las 2 volvimos a bajar a la misma cañada; y en un paraje que llaman Castra hicimos alto, donde hay buen pasto, mucha agua y leña, habiendo caminado como 2 leguas.

Día 14

Nos pusimos en camino a la 1¼ de la tarde, subiendo de la cañada a una pampa. A las 5 bajamos a otra cañada que ellos llaman Oenna, donde hicimos alto, habiendo caminado siempre del O al S como unas 4 leguas; y hay aquí mucho y buen pasto, agua y leña.

Día 15

Hicimos descanso para seguir en jornadas más largas, porque los indios se quedaban en el Oenna, y nos debían acompañar desde aquí solamente tres: esto es, Goycochea (a quien los nuestros llaman Patricio), hermano del cacique Julián; su sobrino Ocapan, autor principal de las noticias de lo que íbamos a buscar, y Oyecoc, baqueano de aquellos caminos, criado de Patricio.

Día 16

A las 8½ de la mañana salimos con los dichos, y caminando como al O, a las 4 leguas hallamos el Río Chico que desagua en el puerto o bahía de Santa Cruz, que, aunque a la vista no parecía más ancho que de unas 50 varas, manifiesta ser caudaloso y con mucha corriente, prolongándose como del NO

al SE, y sujeto a grandes crecientes, pues sus márgenes son muy escarpadas: de modo que, cuando las llene, será precisamente invadeable. Pasamos a la ribera opuesta con el agua a los pechos del caballo, e hicimos algún descanso. Dicen los indios que este río nace de una laguna, que señalan como al NO a mucha distancia, formada por la nieve que se derrite de las sierras inmediatas, y por eso lleva más agua en el verano. Desde el establecimiento hasta aquí se hallan pastos, leña y agua abundante, de buena calidad siempre. Continuamos a las 12 del día la marcha por una cañada de bastante ramazón de sabina, y a las 2 de la tarde subimos a la pampa, caminando al O. A las 4 de la tarde llegamos a salir a una cañada, adonde en un paraje que llaman Tapú, con buen pasto, poca leña y unos charcos de agua, hicimos alto para pasar la noche: habiendo caminado desde el río aquí como 4 leguas.

-55-

Día 17

A las 7 de la mañana empezamos a caminar por la pampa. A las 2 de la tarde bajamos, y entrando en otra pampa, no menos larga, llegamos a las 6 a las márgenes del río, o arroyo que ellos llaman Chalia y no pudiendo allí vadearlo por el mucho fondo, hicimos alto para pasar la noche; habiendo caminado hoy unas 10 leguas. En estas márgenes hay buen pasto, pero ninguna leña. Los indios dicen nace este río de otra laguna, que está entre la del anterior y la que vamos a buscar; y que se une éste con el Río de Santa Cruz, adonde nos dirigimos.

Día 18

Salimos a las 8 de la mañana a buscar por donde vadear el arroyo Chalia, apartándonos para ello un poco de su ribera, y caminando por pedregal de chinos sueltos y pelados; hasta las 6 de la tarde, que con los caballos estropeados llegamos a la margen del mismo arroyo, a un paraje que llaman los indios quesanaxes, en donde hicimos noche, habiendo caminado como 8 leguas. Hay aquí una piedra muy sola, escarpada y alta a manera de una torre, que está separada como 50 varas de una sierra de que es parte. Por lo alto esta piedra es mucho más gruesa, que por el pie naturalmente desmoronado con los temporales, y toda ella testifica que fue mayor. A esta piedra llaman los indios quesanaxes. Dicha sierra está escarpada y tajada, como en media legua de distancia sobre el arroyo perpendicularmente a manera de muralla; pero la calidad de la piedra es tosca, y manifiesta que se desmorona.

Día 19

A las 8½ de la mañana, habiendo pasado el arroyo Chalia con el agua a la rodilla del caballo, empezamos a caminar ya por las pampas, ya por cañadas, subiendo y bajando cerros; y a las 6 de la tarde llegamos a la Laguna Grande, de adonde dicen que nace el Río de Santa Cruz, habiendo caminado como 8 leguas; y armamos la tienda para pasar la noche en un paraje que llaman Capar, donde hay algún pasto y leña. Esta laguna se ve extendida entre NO y SO, y desde donde estamos se descubre la cabeza del SE, por donde, según nos dijo el indio Ocopan, toma su corriente el Río Grande de Santa Cruz. Se puede regular tenga de 12 a 14 leguas de ancho y 4 de largo por todo lo demás. Hace muchas ensenadas, por lo que, me dijo el piloto don Joaquín Gundia, era imposible levantar su plano con sola la gente que teníamos, sin detenernos un mes lo menos; y hallándome con pocos víveres, determiné no detenerme -56- tanto tiempo, y solamente ir a descabezar la laguna por la banda del N, hasta llegar a las arboledas que decían, los indios que había por allí.

Día 20

A las 9½ de la mañana, nos pusimos en camino como al NO, a vista siempre de la laguna, y pasando un arroyo de bastante agua y muchas piedras, y como una legua de arenal, llegamos a un paraje que llaman Charraja, al pie de una serranía, a la margen de un pantano de agua, lodo y juncos, formado de la nieve que allí se derrite. Hicimos aquí alto, y pasamos la noche, habiendo caminado como unas 6 leguas. Está cubierto este pantano de gaviotas, avutardas, patos, gallinetas, teruteros y otras varias aves, que aunque no acosadas de cazadores, lo están de las bolas de los indios. Este es el mejor paraje que hemos hallado desde el Río Chico de Santa Cruz, abundante en pasto, leña, y caza.

Día 21

Nos pusimos en camino a las 5 de la mañana y habiendo caminado hasta las 12, la mitad por pampa árida, y la otra mitad por pastizales muy altos con mucha leña, pasamos doce arroyos, que bajando de la serranía del N entran en la Laguna Grande; e hicimos alto en la cabeza del NO de ella, en un paraje que llaman Ayr, y armamos la tienda al pie de la sierra, habiendo caminado unas 6 leguas. Registrádolo todo en cuanto alcanza la vista,

forma el terreno una ensenada, de sierras altas, y las de la cabeza del NO más altas, cubiertas todas de nieve, y sólo se ven unos manchones negros que los indios dijeron ser los árboles. Llegué a ellos, y hallé unos arbolitos como cerezos en el color de la corteza y en la figura de la hoja, aunque más pequeña que la de los de Europa, pero más gruesos de troncos y de ramas; tan retorcidos, que sólo para leña pudieran servir. Estaban con su fruta que era como cerezas, también de color de naranja, sin hueso y muy insípida al gusto, que a nada sabe. Cría este suelo otra fruta abundante, del tamaño de huevos de palomas, de color enteramente amarillo, sin hueso ni sabor alguno. En el fondo de esta ensenada que forman las sierras, hay dos piedras como dos torres, la una más alta que la otra, cuyas puntas muy agudas exceden todas las sierras vecinas en altura, sin nieve en ellas, y les llaman los indios chaltel. Por el N son estas sierras muy tendidas en forma de meseta como de E a O, con varias cañadas a trechos que por cada una de ellas baja un arroyo caudaloso, y manifiestan serlo muchas más. Por el S y O de la laguna, forman su costa las mismas sierras sin meseta ni salida alguna, llenas de un tejido de picachos cubierto todo de nieve, y dicen los indios que aquella parte es intransitable, y que jamás han visto -57- pasar ni para allá ni para acá alma viviente, ni creer que se halle aquí fiera alguna. Al S, como distante media legua, se ve una rambla muy pendiente que muere en la laguna, y es formada de la nieve, y por un costado de esta rambla bajaba mucha agua que entraba en la laguna, del mismo modo que cuanta de toda la sierra produce la nieve derritiéndose: con lo que sin duda tiene mucho fondo la laguna, y lo informa así su color semejante al del mar, sin embargo de que los arroyos todos le entran de un color blanquecino gredoso. Reconocido pues todo, nos expuso el indio Patricio nos debíamos apartar luego de aquí, porque con los vientos fuertes y el sol, solía derretirse tanta nieve que era imposible vadear los arroyos para regresar, y tendríamos que pasar el verano en aquel paraje hasta que las heladas empezasen.

Día 22

A las 6 de la mañana nos pusimos en marcha a la ligera, procurando pasar los doce arroyos; que lo logramos, aunque habían ya crecido un buen palmo, y según arreciaba el viento se iban aumentando de modo que al día siguiente no hubiéramos podido vadearlos. Por fin hicimos alto, y pasamos la noche en Charraja.

Día 23

Nos pusimos en marcha a las 5 de la mañana, y cortando por la falda de las sierras del N, venimos a dar a un paraje que llaman Oserrí, donde hicimos alto junto a un manantial, aunque con poco pasto y menos leña; habiendo caminado como 6 leguas, la mitad de ellas plagado todo de langosta.

Día 24

Salimos de aquí a las 5 de la mañana, y llegando a Quesanexes a las 11, determiné hacer alto para que el piloto observase la latitud y determinase la de la laguna, ya que no se había podido levantar plano de ella. Efectivamente a las 12 se observó con el cuadrante que este sitio Quesanexes está en $50^{\circ} 11'$, y se graduó a esta misma latitud la medianía de la laguna en aquel paraje, que llaman Capar, que cae E O con corta diferencia del punto donde se hizo esta observación. El indio Patricio me dijo se adelantaría para que su hermano Julián nos previniese carne en Oenna, y que nosotros siguiésemos con Oyecoe poco a poco, para que aguantasen los caballos; y así se puso en camino a las 2 de la tarde.

-58-

Día 25

Partimos de aquí a las $4\frac{1}{2}$ de la mañana, y a las 12, habiéndosele cansado su caballo al indio Ocopán en un paraje que ellos llaman Aobos, le di para que siguiese uno de los dos que yo montaba, y dejó allí los dos suyos rendidos; y a las $4\frac{1}{2}$ de la tarde llegamos a donde ellos llaman Maerra, casi al frente de Chalia, y aquí hicimos alto.

Día 26

A las $6\frac{1}{2}$ de la mañana salimos, y a las 5 de la tarde llegamos a Atapie, adonde hicimos alto para pasar la noche.

Día 27

A las 8 de la mañana nos pusimos en marcha, y a las 12 llegamos a la

margen del Río Chico de Santa Cruz, que yendo muy crecido no se determinó el indio Ocopán a vadearlo; y así hicimos alto en un paraje que llaman ellos Chonqueyr.

Día 28

A las 5½ de la mañana, el indio Ocopán y don León de Rosas que probaron a pasar el río, lo consiguieron, y me avisaron; propúseme pasar como ellos, pero al atravesar un caño no pudo el caballerizo contener los caballos; que dispararon; y así mandé al piloto que pasase, y marchase a decir a Julián me enviase indios nadadores por no exponerme yo, ni irme sin que se recogiesen todos los caballos. Hízolo así, y encontró a Julián en un paraje que ellos llaman Quilion, desde adonde me envió tres indios nadadores, y provisto de cueros y palos para formar una pelota, los cuales llegaron a donde yo estaba al ponerse el sol, y trajeron carne de guanaco para que comiésemos.

Día 29

A las 8 de la mañana, habiéndonos alistado para pasar el río, y no pareciéndome bien la pelota que formaban los indios, mandé la dejasen, y que puestos al lado de la corriente, yo probaría a pasar con mi caballo. Ejecutose así, y todos pasamos sin la menor desgracia; y siguiendo el viaje, llegamos a Oenna a la ½ del día, donde hallé ya al piloto que regresaba a unírseme, y algunos toldos del cacique Julián que con el mismo fin enviaba; y aquí pasamos la noche.

Día 30

Llegó al amanecer Julián con el resto de sus indios, y no quiso marchásemos, porque descansasen nuestros caballos.

Día 1.º de diciembre

A las 11 de la mañana nos pusimos en camino en compañía de toda la indiada, y fuimos a hacer noche a Castra.

Día 2

Salimos a las 8½ de la mañana, y habiendo pasado por Camoes llegamos a las 4 de la tarde a Lael, en donde hicimos noche.

Día 3

Nos pusimos en marcha a las 8 de la mañana, quedándose Julián con su indiada por aquel campo a seguir la matanza de los guanacos, y dándole los indios chili y chalic para que nos sirviesen de guía hasta el establecimiento, adonde me dijo Julián que se restituiría el día 8. Por fin entramos en nuestra población a las 8 de la noche, concluida con felicidad nuestro viaje, y habiendo experimentado al cacique Julián y sus indios, fieles en todo.

En este mes quedó concluida, por lo que hace a paredes y tejados, la obra de la panadería y herrería.

Las cebadas y trigos sembrados pintan ya muy bien, y van granándose.

Enero de 1783

Este mes, por causa de no haber venido embarcación de Buenos Aires como nos debíamos prometer, pues nuestros víveres se debían suponer consumidos en todo el anterior setiembre, y se nos debían enviar para subsistir desde octubre, mandé a los indios se retirasen del establecimiento, haciéndoles ver que no tenía ya nada que poderles dar por entonces; y ellos lo ejecutaron sin violencia ni disgustos situándose a unas 6 leguas, desde adonde de cuando en cuando nos socorrían con carne de guanaco.

-60-

Febrero

No habiendo llegado en todo el mes pasado bajel alguno de Buenos Aires, reduje desde 1.º de este mes la ración de la gente a una corta cantidad, para hacer durar los pocos víveres que quedaban, y no tener que abandonar el establecimiento a lo menos en dos meses; con presencia de habernos ya asegurado de lo saludable del clima y fructífero del suelo. A este tiempo se recogían ya los granos, y dio la cebada a algunos a 13 espigas en cada macolla, y a otros a menos: de modo que, en las 9 arrobas de grano sembradas, correspondió en todas a 5 espigas por macolla. El trigo produjo a 8, 7 y 5; y en todas las 94 arrobas sembradas, viene a corresponder a 3 espigas y media por macolla. Los víveres ya no eran más que harina apolillada, grasa rancia y arroz.

Marzo

Viendo que no llegaba embarcación de Buenos Aires, despaché tres soldados acompañados de los indios, para que llevasen una carta a mi hermano don Francisco, comisario superintendente en el establecimiento del Río Negro, a fin de que me dijese si tenía alguna noticia de Buenos Aires, por si las Provincias del Río de la Plata habían sido invadidas por los enemigos de la Corona; y que me enviase algunos caballos y bueyes con los mismos soldados a su regreso, y si tenía barco me socorriese con algunos víveres. Esta carta marchó el día 10, pero como el caso me estrechaba, y la gente a comer era mucha, determiné, para entretener también los ánimos, que en el bergantín Belén que tenía, saliese para el Río Negro el capitán don Félix Iriarte con la mayor parte de las gentes, quedándome con solas 60 personas. Efectivamente se hizo a la vela el día 27 el Belén; pero al salir por la boca del puerto avistó una vela, con cuyo motivo hizo dar fondo el capitán, y me lo avisó. En consecuencia se procuró salir a reconocerla, y recoger los pliegos si fuese de Montevideo. Recibidos estos y las órdenes del Señor Virrey, se retiró al puerto el Belén al mismo tiempo que aquel paquebot, que era el San Sebastián, y trae víveres para diez meses, con cuya proporción dispuse que, quedando éste en el puerto, me transportase a Buenos Aires el Belén que estaba casi pronto, y usar así de la licencia que me estaba concedida.

Abril

En este mes se estuvo descargando el paquebot San Sebastián, y acarreado los víveres que condujo a los almacenes del establecimiento. El día 12 entregué el mando al capitán don Félix Iriarte, y el día 13 me -61- embarqué en el dicho bergantín Nuestra Señora de Belén, que ya estaba pronto a dar la vela para Buenos Aires. Efectivamente el 16 salimos de la

bahía de San Julián con viento fresco del SE.

Mayo

El día 5 de este mes entramos en el puerto de Maldonado, habiendo estado en la boca del Río de la Plata 11 días. El día 7, a las 4 de la mañana, salimos con viento E, y a las 11 del día dimos fondo en el puerto de Montevideo.

-[62-63]- -64-

Descripción de la Costa Meridional del Sur, llamada vulgarmente Patagónica; relación de sus terrenos, producciones, brutos, aves y peces; indios que la habitan, su religión, costumbres, vestidos y trato; desde el puerto de Santa Elena en 44 grados, hasta el de la Virgen en 52, y boca del Estrecho de Magallanes.

Refiérese cuanto en dicha costa y tierra caminó y reconoció por si don Antonio de Viedma, en el tiempo de su destino en aquellos establecimientos, y su particular comisión en el de San Julián, con las demás noticias que pudo adquirir de los indios

-65-

El Puerto de Santa Elena es bueno para todo porte de bajeles: se halla a los 40 grados de latitud sur. Sólo hay agua dulce en una cañada al O, producida de las lluvias del invierno, por una loma baja donde se detiene, y atraviesa la boca o salida de la cañada en las inmediaciones de la playa. Tierra adentro, a las cuatro o cinco leguas, dijeron los indios haber algunos cortos manantiales. El suelo todo es peñascoso, excepto las cañadas; en éstas hay buenos pastos y abundancia de leña de espinillo. El cacique que señorea este país se llama Ayo: su jurisdicción se extiende hasta el Puerto de San Gregorio, y manifestó que desde la costa al O hasta la Cordillera habrá 70 leguas de tierra habitable, porque desde aquella parte es la Cordillera un terreno que ni a los brutos abriga. Abunda este terreno de liebres, que son a semejanza de unos pequeños corzos, de muy buena carne para comer: quirquinchos, también de buena carne, cuya concha sirve a los indios de tortera o plato; leones pardos, cuya carne también es muy regalada, jugosa y tierna, y se asemeja asada a la pechuga del pavo; hay asimismo algunos guanacos, algunas perdices y muchos avestruces. De todas estas especies se mantienen los indios, y de carne de caballo que

tienen con abundancia, y es la comida que más les gusta. El pescado, de que abunda el puerto, es el que llamamos borriquete, y pejerrey, cuyas dos especies son muy sabrosas.

El Puerto de San Gregorio está a los 45 grados, 4 minutos de latitud S; es poco seguro, y mala su entrada por las muchas piedras de su fondo, y débil tenazón para las anclas. El terreno que le cubre es peñascoso y muy quebrado: no hay agua hasta cinco -66- leguas tierra adentro. Dista la Cordillera de este puerto, según relación de los indios, lo mismo que del de Santa Elena. Este suelo es más estéril aún que aquél. El cacique que domina esta campaña se llama Gorgona. La caza y pesca son las mismas que en aquel destino, pero los indios no aprovechan la pesca, porque ignoran el modo de tomarla, y carecen de instrumentos para hacerla. En la ensenada que llaman de Camarones, hay abundancia de estos, y también en San Julián y Puerto Deseado, y algún pez de los llamados gallo; pero ninguna de estas especies las aprovechan los indios, como queda dicho. Hay en este terreno bastante leña de espinillo, y la piedra es muy sólida y dura.

El Golfo de San José está al S del Cabo de Matas, que es la latitud de San Gregorio, desde donde empieza su boca hasta Cabo Blanco hay 50 leguas. La costa del N está reconocida con embarcación menor hasta como 40 leguas al O: en ellas hay muchos puertos, y en sus travesías muchas islas y restingas. El terreno en esta costa no es tan alto, pero es más estéril que el de los otros puertos, así de agua como de pastos, aunque no falta leña, especialmente tierra adentro. Dijeron los indios que el golfo entra al O hasta las inmediaciones, de la Cordillera, y que allí desaguan algunos manantiales de ella; que por aquella parte es intransitable también a la otra banda; que allí se halla mucha leña de espinillo, marchando del N al S, por donde dichos indios tienen abiertas veredas para transitar, de modo que, si se separan de ellas quedan perdidos. La costa del S del golfo, dicen, es más estéril que la del N; y en cuanto a caza y pesca hay las mismas que en los anteriores. Los caciques que dominan este suelo son dos hermanos llamados, el uno Chaiguas y el otro Enis.

Puerto Deseado está a los 47 grados 43 minutos de latitud S: es bueno, pero de muy difícil entrada, por lo estrecho de su boca y violencia de las corrientes en ella; el terreno es muy levantado y peñascoso; tiene leña de espinillo, y en las cañadas hay manantiales chicos de agua dulce aunque gruesa, en número de hasta catorce, la cual puede suplir cualquiera falta. La caza es la misma que en los otros puertos: hay infinidad de leones y de lobos marinos, y abunda mucho esta tierra en guanacos. El cacique que domina este terreno se llama Ulquiquenque; dijo que la Cordillera dista al O del puerto 20 dormidas, que serán 70 leguas, y que también es intransitable a la otra banda, que ellos jamás han pasado ni han visto a otros indios pasarla. En este terreno hay piedra blanca, negra, colorada y de varios otros colores, y algún mármol en pedazos pequeños sueltos: -67- la tierra asimismo es de diversos colores, y usan de ella los indios para sus pinturas. En las islas del puerto hay también muchos lobos y leones marinos.

El Puerto de San Julián está a los 49 grados 21 minutos S; es el mejor de la costa, bien que difícil su entrada, para él que no traiga práctico, por el bajo de la boca, y otros dos que tiene dentro. El terreno también es el mejor de la costa, nada peñascoso y más fértil, como lo experimentamos

cuando estuvimos en él los tres años que duró el establecimiento desde 1781 hasta 1784. La más inmediata agua dista de la playa como una legua, y son unos pozos formados por los derrames de un nacimiento, distante de ellos legua y media. Hay bastante leña en todas las cañadas, las cuales todas abundan igualmente de pasto y de agua, formándose el terreno todo de ellas, y de lomas sin piedras. La Cordillera está al O del puerto 70 leguas; a su falda se forman como tres ensenadas, y en cada una de ellas una laguna, de las nieves que se derriten en las cumbres de dicha Cordillera, que por esta parte la costeeé toda, y hallé intransitable; sin que ni a los brutos permita paso para la otra banda, por estar cerrada de nieve, y la más de ella petrificada: pudiéndose creer, mediante esto, a los indios, que aseguran que no la han pasado jamás por aquí, ni por los otros parajes que queda referido. De la primera de dichas tres lagunas nace un río pequeño que desagua en el puerto de Santa Cruz; de la segunda al S nace el arroyo que ellos llaman Chalia, y desagua en el Río Grande de Santa Cruz de la tercera y última al S, nace el Río Grande de Santa Cruz, que desagua en el puerto de este nombre, a los 50 grados 12 minutos de latitud S. Esta tercera laguna, que es la mayor, tendrá de largo 14 leguas, y como 5 de ancho: su agua es muy delgada y buena; su medianía está a los 50 grados de latitud S. El cacique que habita este terreno, desde Puerto Deseado hasta el Río de Santa Cruz, se llama Camelo, y nosotros le llamamos Julián. Es de los de más séquito en su nación; tiene como subalterno suyo a un su cuñado, llamado Onos, y habita los terrenos de las lagunas de Santa Cruz.

A las 15 leguas del Río de Santa Cruz hay otro arroyo, nacido de las nieves de la Cordillera, que por allí pasa ya cerrando hacia el Estrecho de Magallanes. Este arroyo desagua en la Ensenada de Gallegos, sin que haya tal río navegable como han dicho algunos antiguos viajeros. A los 52 grados de latitud S está el Cabo de las Vírgenes, y comienza el Estrecho de Magallanes, cerrándose de tal modo al medio de éste la Cordillera, que es imposible pasar por -68- tierra al otro lado. En éste hay bastantes arroyuelos de las mismas nieves y abundancia de leña, y buenos pastos para una infinidad de guanacos que aquí viven. El cacique que señorea estos terrenos se llama Coopan; es de los que tienen más indios, pero todos de a pie; los toldos y sus alhauelas los portean los perros. Sólo el cacique y sus mujeres se sirven de caballos, de que les surte su vecino Camelo, cacique de San Julián, desde años pasados, en que les hizo una invasión, y se los quitó todos; con lo que, cuidando de dar a este Coopan los que su persona y mujeres necesitan, ningún otro indio suyo los tenga, logra mantener bajo su dominio y dependencia al cacique y a ellos. Estos hacen a pie la caza de guanacos, y como hay muchos de estos animales, pueden mantenerse bien en este paraje. En Puerto Deseado y San Julián también se crían bastantes, aunque no tantos: pero aquellos hacen más fácilmente la caza, porque tienen caballos; pero también estos otros, aunque carecen de ellos, son más ágiles y robustos. En todos los puertos abunda esta costa de aves marinas o anfibia como son: patos, gaviotas, contramaestres, chorlitos, bandurrias, algunas avutardas y pájaros niños; también se hallan algunos cisnes, y tierra adentro hay perdices, gorriones, unos pájaros de color pardo y el pecho colorado; hay asimismo buitres y toda especie de aves de rapiña. Hay muchas zorras y zorrillos blancos y negros,

cuya orina despide el olor más hediondo que se puede imaginar, y se propaga a enorme distancia. Desde el Río de Santa Cruz hasta el estrecho se hallan algunos venados.

Este temperamento es frío, pero guarda sus estaciones proporcionadas: llueve poco. Los vientos que generalmente reinan, son del N, O y S, que por lo común son violentos, y hacen desagradables estos terrenos, pero son muy saludables.

Los indios todos son de una misma nación en esta vecindad su estatura es alta, de dos varas a nueve palmos por lo común en los hombres, siendo muy raro el que pasa de esta talla. Las mujeres no son tan altas, pero lo bastante con proporción a su sexo. Todos son de buenos semblantes, y entre las mujeres las hay muy bien parecidas y blancas, aunque curtidas del viento y del sol como ellos. No se encuentra hombre ni mujer flaco, antes todos son gruesos con proporción a su estatura; la que, y usar las ropas del cuello a los pies, habrá contribuido a que algunos viajeros los tengan por gigantes.

Su idioma es gutural, y repiten en sus conversaciones una misma voz muchas veces. No interrumpen al que está hablando, aunque -69- su oración dure todo el día; comúnmente habla uno de más autoridad o el más elocuente. Las mujeres no hablan entre los hombres sin ser preguntadas, y entonces sólo contestando a la pregunta: los que hablan mucho sin ocasión ni asunto, no tienen partido entre ellos, ni se les oye.

El vestido de los hombres es un cuero de guanaco, zorrillo o liebre, de dos varas en cuadro, el pelo para adentro, y la tez pintada de colorado, verde o amarillo: éste los cubre desde el cuello a los pies con tal arte y manejo, que raramente se les vio parte alguna de su cuerpo, excepto los brazos, y estos, cuando usan de ellos para algo. Llevan además otro cuero muy sobado, atado a la cintura con una correa por debajo de aquel, con que tapan el vientre y hasta la mitad de los muslos, descendiendo desde aquí en punta hasta los tobillos. En los pies se atan con unas correíllas unos cueros de buey, si le tienen, o de caballo o del cuero de los guanacos grandes, formando a manera de sandalias. Para andar a caballo usan de botas que hacen de los garrones o piernas de los mismos caballos o guanacos grandes; y las espuelas, son de madera, que labran ellos con bastante primor. Se ciñen la cabeza con una cinta de lana como de dos dedos de ancho, tejida por ellos de varios colores, con que se sujetan el pelo doblado por arriba, con las puntas al aire como plumaje por el lado izquierdo, dándose con la cinta seis o ocho vueltas, y colgando las puntas de ella con unos cabetes de metal amarillo o latón. Para montar a caballo sujetan el cuero grande con una correa, que se rodean por encima de todo a la cintura, de la cual cuelgan las bolas y daga, que son las armas que generalmente traen; y cuando necesitan de los brazos para usarlas, dejan caer por las espaldas el cuero sobre las ancas del caballo, quedándose desnudos de medio cuerpo arriba, y hacen de este modo buena vista cuando van de huida o en seguimiento de la caza, porque el cuero cubre las ancas del caballo, y ofrece a los ojos el pelo que tiene por dentro de varios colores. El aparejo de montar es a manera de un albardón, sin pretal ni grupa, hecho también de cuero de guanaco grande, rehenchidos los bastos de paja fuerte. Los estribos labrados por ellos de madera, y tan pequeños, que tasadamente cabe el dedo pulgar del pie. Se ponen mal a caballo, pero

son muy firmes en él, y lo mismo corren cuesta abajo que cuesta arriba. El freno del caballo se compone de un palito, o hueso de canilla de avestruz, labrado con dos perillas a los extremos, tan largo como ancha la boca del caballo, y en dichas perillas están sujetas las riendas y dos correítas que atan en la barbada, con lo que queda seguro para que no se le salga de la boca. Las -70- riendas son cordones de ocho ramales, de correítas de cuero muy sobadas.

Las mujeres tienen el vestido de la misma especie de cueros, puesto del mismo modo, con sola la diferencia de que sobre el pecho lo sujetan, pasándole dos agujetas de a tercia de largo, hechas de madera o de fierro, quedando las puntas del cuero colgando como las faldillas de los capingotes, hasta lo bajo de la cintura. Las otras dos puntas les cuelgan, y arrastran atrás como media vara, estando suelto, pero para andar se lo recogen y afianzan con la mano izquierda, de la que no hacen más uso que éste, y el de cubrirse con ella en alguna urgencia sus partes. Encima de éstas llevan debajo de aquel cuero una especie de mandil cuadrado, que cuelga hasta más de las rodillas; de bayeta, paño u otro género si le pueden haber, y si no de cuero sobado muy bien, el cual atan con un cinto de lo mismo que las rodea el cuerpo, el que guarnece las de alguna autoridad entre ellas, con abalorios. No llevan sandalias en los pies como los hombres, pero cuando montan a caballo calzan botas como ellos. Llevan descubierta la cabeza, dividido el pelo en dos partes, y de cada una hecha una coleta, que baja por las orejas y hombros hasta el pecho y cintura; cuya cinta es de lana parda de dos dedos de ancha, guarnecida, si es mujer rica, en días de gala con abalorios, y lo mismo las mujeres de alguna autoridad. También se ponen los abalorios en las agujetas con que sujetan el cuero en el pecho, y en las cañas de las piernas como pulseras, y en el cuello por gargantillas de cualesquiera colores. En las orejas llevan zarcillos de latón, y lo mismo los hombres. Los arreos de las caballerías en que las mujeres montan, que por lo común son yeguas, se componen de unos sillones de vaqueta o de zuela, (si la pueden conseguir) muy bien hechos, claveteados con clavitos de latón amarillo, guarnecidos sus extremos con abalorios de diferentes colores, (cuando los tienen) formando dibujos o labores a su modo y fantasía. La cincha tiene tres argollas, la una en un extremo, y las otras dos en cada tercio una; la hebilla con que la abrochan o ciñen es muy grande. El freno se compone de cabezada, bocado y riendas; la cabezada es rica, guarnecida de abalorios, o de cuantas cosas tienen o pueden adquirir al propósito; las riendas y el bocado son del mismo modo que los que usan los hombres. Ponen a la yegua un collar al cuello que cae hasta las rodillas, con cuantos cascabeles y colgajos pueden conseguir. Estos arreos son para gala y fiestas, pero en sus marchas ordinarias no usan estos adornos, y en lugar de dicho collar ponen un cordón de lana azul o colorado, de un dedo de grueso, con el cual dan tres vueltas al cuello de la caballería, y los sirve también de estribo para montar en el sillón, -71- donde se asientan con la cara a la cabeza del caballo, recogiendo las piernas arriba sobre las faldillas del mismo sillón, en una postura muy violenta y trabajosa, que sólo la costumbre puede hacerles sufrir; por lo que están expuestas a muchas caídas. Para andar a caballo y para montar guardan suma honestidad, no permitiendo que se les vea parte alguna de su cuerpo. Las mujeres de

alguna autoridad llevan en las marchas sombreros de paja, que vienen a ser un redondel con cabo, sin copa, que se lo atan por debajo de la barba con cualesquiera cosa; y con esto se cubren del sol y agua cuando van a caballo.

El ejercicio o ocupación ordinaria de los hombres es cazar, para mantener con las carnes sus familias, y hacer del cuero los toldos o chozas en que viven, y todos sus vestidos; cuidan también de los caballos que tienen, y trabajan todos sus arreos. Sus divertimientos se reducen a jugar a los dados y la perinola, y ejercitarse en su modo de batallar y correr parejas a caballo.

Las mujeres tienen obligación de guisar la comida, traer el agua y la leña, armar y desarmar el toldo en las marchas, y cargarlo, y descargarlo: sin que para nada de esto le ayude el hombre, aunque esté ella enferma, porque ha de sacar fuerzas de flaqueza. Además de esto ha de coser el toldo, que es siempre de cuero de guanaco grande, y también ha de coser todos los demás cueros de cama y vestidos, que regularmente se componen de cueros de liebre, zorrillo y guanacos nonatos, o recién nacidos, de los que hacen prevención y cosecha en la primavera, para con los sobrantes comerciar con los indios del Río Negro, por caballos, ropas, frenos abalorios y dagas, que aquellos adquieren del comercio, e invasiones que hacen en las fronteras de Buenos Aires; porque los indios, de que aquí se va hablando, jamás han tratado españoles hasta ahora, ni han visto ninguna de sus poblaciones, ni estas costas tienen fierro, metal, latón, herramientas ni armas; todas estas piezas y géneros las adquieren mediante dicho comercio. Para coser estas mujeres los expresados cueros, usan de alesnas, que forman del fierro que les dan los referidos indios del Río Negro, y en lugar de hilo emplean nervios, que adelgazan, según necesitan, de las piernas de los avestruces.

El cacicazgo es hereditario, su jurisdicción absoluta en cuanto a mudarse de un campo a otro en seguimiento de la caza, que es su subsistencia. Cuando al cacique le parece tiempo de mudar el campo, el día antes al ponerse el sol hace su plática a grandes voces desde su toldo: todos le escuchan con suma atención desde los suyos. Les dice se ha de marchar al otro día; les señala hora para recoger -72- los caballos, batir los toldos, y empezar a marchar; nadie le replica, y a la hora señalada todos están prontos como se les ha mandado. Las mujeres van por veredas que hay hechas para todas las aguadas donde deben parar: son las conductoras de todo el equipaje. Los hombres, luego que las mujeres empiezan la marcha, se van apostando en el campo para cercar los guanacos y bolearlos a la travesía; porque son tan violentos en la carrera, que ningún caballo ni perro les puede alcanzar; cuando están con las bolas enredados, les sirven los perros para acabarlos de rendir. El mismo cacique señala los puestos de la batida, por la que, y en testimonio de señorío, le56 tributan parte de la caza; así nunca corre ni hace otra cosa más que andar de apostadero en apostadero: sus jornadas más largas son de 4 leguas. En llegando al destino que está asignado, arman las mujeres, los toldos, recogen leña, y lo tienen todo pronto para cuando los hombres vengan; estos al ponerse el sol marchan a sus toldos, sin que jamás se verifique llegue a ellos ninguno, obscurecida la noche. Si se ha de continuar la marcha al otro día, hace el cacique la misma arenga y prevenciones; y si no dice nada, ya

saben que por entonces han de permanecer allí, y esta mansión por lo común es adonde saben que se ha retirado la caza. Aquí, cuando el cacique ve que están escasos de carne, al ponerse el sol, y en la misma forma que para las marchas, les dice recojan los caballos a la hora que señala para el día siguiente, lo que ejecutan sin falta: luego que tienen los caballos en los toldos, les hace otra plática, paseándose a caballo, y señalándoles los apostaderos con lo que cada cuadrilla debe ejecutar. Van con ellos algunas mujeres para cargar la caza, porque ni aun este trabajo quieren los hombres hacer: los toldos quedan armados, y en ellos las restantes mujeres, muchachos e impedidos. Al ponerse el sol se retiran otra vez a sus toldos, reduciéndose a solas estas funciones todo el mando de este cacique, el cual por ningún delito castiga a sus indios aunque en los puntos de obediencia que van expresados jamás se verifica le falten a ella. Cuando quiere hacer guerra a sus vecinos, o a algunos otros de que hayan recibido agravio, ha de ser con aprobación de sus indios principales, para lo cual se juntan en el toldo del cacique; éste pondera y explica los agravios y modo de vengarlos; fuerzas, facilidad o inconvenientes que hay en hacer la guerra. Los de la junta confieren sobre el asunto, y aprueban o reprueban lo propuesto por el cacique; éste no se agravia. La guerra, por lo regular, se aprueba, y sólo ventilan el modo de hacerla, y cuando; y suele tardar esta resolución algunos días. Luego que están convenidos en salir a campaña, el cacique tres noches seguidas desde su toldo a grandes voces les hace saber a todos los indios la declaración de la guerra, el tiempo para cuando está resuelta, -73- la forma en que ha de hacerse, enemigos contra quien, y su motivo; avisan que estén prevenidos.

Una de las principales causas que tienen para declarar guerra es, que como cada cacique tiene señalado el terreno de su jurisdicción, no puede ninguno de sus indios entrar en el terreno de otro sin pedirle licencia para ello. El indio que va a pedirla ha de hacer tres humaradas, y hasta que te correspondan con otras tres no puede llegar los toldos; en ellos da razón a aquel cacique del motivo que lo trae, ya sea de paso, o ya porque pretenda permanecer allí. Si al cacique le parece, consiente en su pretensión, y si no, le manda salir inmediatamente de sus terrenos y dominios. Si el indio ya como embajador de su cacique o de otros indios, bien pidiendo paso por aquel terreno, o bien para comerciar con ellos o para visitarlos, se le señala por el cacique el tiempo, y por donde deben entrar, camino que han de tomar para seguir su viaje, o terreno que han de ocupar donde hagan su comercio. Luego hacen sus tres humaradas, y en habiéndoles correspondido los indios del terreno, entran todos en éste, y a cosa de una legua de la toldería, se detienen todos los hombres, y pasando adelante las mujeres y criaturas, arman sus toldos a donde se los señala, y en estándolo, todos llegan a ellos los hombres. Nadie sale a recibirlos quedándose así a la vista unos de otros, hasta que después de mucho rato va el cacique, o cualquiera otro que haga cabeza entre los forasteros, a visitar y cumplimentar al del país, que le recibe en su toldo acompañado de sus principales indios, que acuden allí luego para cortejar al forastero. Esta visita suele durar todo un día, porque como cada uno habla sin que nadie lo interrumpa, si el forastero trae muchas noticias y quiere enterarse de las del país, suele durar la oración de

cada uno, dos o tres horas, y aún más, porque también repiten muchas veces ciertas voces. El que oye, y los demás están con grande atención, diciendo con frecuencia, a, a, que quiere decir sí, sí; y con ninguna otra voz interrumpen al que habla. En estas juntas se hacen las alianzas, se otorgan amistades amplias, y otros contratos, acuerdos o convenios, para todo lo cual tienen los caciques facultades absolutas. Cuando para entrar en terreno o toldería ajena, no se observan las expresadas formalidades, es señal de mala fe, y en consecuencia se toca luego al arma.

También se declaran a menudo guerra por robarse algunos caballos, de cuyas resultas quedan los vencidos a pie, y cautivas del vencedor las mujeres mozas, y muchachos; que a las viejas y los hombres no se les da cuartel, como no lo consigan en la fuga.

-74-

El cacique tiene obligación de amparar y socorrer a los indios de su dominio y territorio en sus necesidades, y por lo tal es más estimado, tiene más partido entre ellos, y más preferencia para cacique el que es más dispuesto a socorrerlos, más galán, y más inteligente en la caza; porque si le faltan estas calidades, se van a buscar a otro que las tenga dejándolo sólo con sus parientes, y expuestos a continuas invasiones de sus vecinos; bien que no pierde aquella familia el derecho del terreno, y con el tiempo suele haber otro que restablece la toldería que su padre, abuelo o hermano ha destruido por su desgracia, o mala conducta. Cuando está viejo el cacique, y en estado que por falta de fuerzas no puede cumplir con las obligaciones de su ministerio, deja el mando en el sucesor.

Los casamientos se hacen por compra que el hombre hace de la mujer al padre, o cualquiera otro a cuyo cargo está ella, que seguir su calidad, buen parecer, conducta, etc., es más cara o más barata, sin que pueda oponerse a la venta que celebre su padre o su tutor, quienes no cuentan con su voluntad para otorgarla. Puede cada hombre tener una, dos o más mujeres propias, según tengan haberes para comprarlas, pero raramente tienen más de una, a menos de ser cacique o indio de grande autoridad. El que más llega a tener son tres mujeres y todo marido tiene facultad de vender las suyas a otros, cuya segunda venta hace poco apreciable a la mujer, y se da por lo mismo en muy poco precio, comprándolas solamente los pobres que se surten de este modo, porque carecen de medios con que adquirirlas de primera mano. No hay tampoco inconveniente en venderlas a cualquiera pariente, como no sea hijo o hermano de la vendida, porque todos los demás grados los tienen dispensados. Son muchos los casamientos que hacen de esta especie, por lo caro que cuestan las mujeres solteras, las cuales, ínterin son mozas, y tienen esperanza de casarse guardan la virginidad pero en perdiendo aquella esperanza, se entregan a todos. Las casadas, cuyo marido que les trató su padre o tutor ha sido de su gusto, le guardan suma fidelidad, pero, en las que no hay muchos trabajos; bien que el adulterio no es delito, como no sea a vista del marido, y en este caso culpan al adúltero y no a ella; y tampoco así se castiga, pues por medio de algún corto interés perdona este agravio el marido. El cacique siempre tiene por mujer una hija o hermana de otro cacique, la cual es la principal entre las demás mujeres suyas, y éstas la sirven en todo. Aunque se halle cansado de ella no la puede vender, porque sería agravio y motivo

de romper una guerra con sus parientes. Todas estas cacicas manifiestan gravedad, hablan poco, se están recogidas en su toldo, ocupadas en algún trabajo correspondiente -75- a ellas, y no intervienen en las vulgares conversaciones de las demás indias. Los hombres por ningún motivo castigan de obra a las mujeres, excepto cuando están borrachos; y aun entonces el cacique a la cacica preferente jamás le pega, aunque las otras lleven todas golpes.

Las ceremonias del casamiento sólo se reducen, una vez ajustada la mujer, llevársela su padre al novio a su toldo, a menos que ella no se adelante a irse con él sin que la lleve nadie, que en esto no hay inconveniente.

Entonces el novio hace matar una o dos yeguas, según tenga de ellas, y convida a los parientes y parientas, amigos y amigas de la novia y suyos, y comiendo todos de aquella carne, queda concluido el casamiento.

Así hombres como mujeres son muy celosos y amantes de sus hijos, a quienes luego que nacen atan con muchas fajas de cuero que tienen preparadas, muy sobadas y suaves, contra una a manera de tabla, que forman, porque no las tienen, de palitos cruzados y atados, forrados con fajas de cuero, en donde los tienen sujetos más de un mes, dándoles el pecho sin desatarlos de allí. Así dicen que se crían derecho, y efectivamente tanto ellos como ellas son todos muy derechos, tienen buenos cuerpos, y no se ve uno que sea cargado de espaldas. En quitándolos, de estas ataduras los traen regularmente siempre consigo las madres, metidos en las espaldas entre su carne y el cuero con que van vestidas, con la cabeza sacada por el cogote de la madre. Cuando van de marcha, hacen de cuero y unos palitos una especie de cuna, atumbada y cerrada por todas partes, menos por los pies y la cabeza, las cuales forran y adornan con bayeta, paño o lo que tienen, guarneciéndolas con abalorios, cascabeles, etc., según pueden, y las aseguran encima de las ancas del caballo, donde va la madre. Entre estas gentes se ve que los muchachos nunca lloran, si no llevan golpes o alguna caída.

Su religión viene a ser solamente una especie de creencia en dos potencias; la una benigna que sólo gobierna el cielo, independiente y sin poderío en la tierra y sus habitantes, de la cual hacen muy poco caso; y la otra a un tiempo benigna y rigurosa, la cual gobierna la tierra, dirige, castiga y premia a sus habitantes, y a ésta adoran bajo cualquiera figura que fabrican, o que se hayan hallado en las playas, procedidas de algunos navíos naufragos; como son mascarones de proa, o figuras de las aletas de popa, y éstas son las que estiman y prefieren para sus cultos por suponerlas aparecidas. A esta deidad dan por nombre el Camalásque, que equivale a «poderoso -76- y valiente». De estas figuras, cada uno que la tiene defiende y cree ser aquella la verdadera deidad, y que las de los otros son falsas, aunque no llega el caso de empeñar estas disputas, ni armar quimeras sobre ello, porque se persuaden que la misma deidad vengará sus agravios con las supersticiones que se figuran: creyendo que las enfermedades y las muertes son venganzas de estas deidades, a menos de suceder en los ya muy viejos, que sólo entonces las tienen por naturales. Estas figuras las guardan en sus toldos muy cubiertas y liadas con cuero, paño, bayeta o lienzo, según cada uno puede, y no se descubre a nadie sin dictamen del santón o hechicero, que puede ser mujer u hombre. Tiene de continuo días en que debe ejercer su oficio,

cantando a la deidad al son de dos calabazas con chinas dentro, música tan desagradable como su misma voz. También hace en esta forma rogaciones, por que la deidad enferme o mate a los que tienen por enemigos: pero esto suele salirles muy mal a los tales hechiceros porque si acaso tienen sus enemigos algún contagio, o muere algún indio principal o cacique, procuran por todos los medios posibles haber las manos a los referidos hechiceros, y los hacen mártires del diablo. También deben cantar a la deidad estos hechiceros por los enfermos de sus tolderías, para contradecir a los otros hechiceros sus enemigos, y si no consigue el alivio el enfermo, suelen también los amigos de éste darle su merecido a aquellos, a lo menos quitándoles el empleo, y tratándole en adelante como a infame; y si la muerte ha sido de mujer o hijo del cacique, suele pagar con la vida el hechicero su mala cura, que sólo se reduce al canto porque no usan de otras medicinas en sus enfermedades. Y por tanto tienen muchos contratiempos estos médicos cantores, siendo pocos de ellos los que mueren de muerte natural; pero siempre sobran pretendientes para este empleo, porque tienen facultad de usar de las mujeres de los indios, si ellas consienten, o de ellos, si el hechicero es mujer. De estos hechiceros casi hay tantos coma familias, o como ídolos, porque regularmente cada cabeza de familia tiene su ídolo en su toldo, y si la toldería se compone de cuatro, cinco o más familias, hay otros tantos ídolos y otros tantos hechiceros o santones: en la inteligencia de que una familia entre ellos se compone no sólo del marido, mujer e hijos, sino también de todos los parientes del dicho marido, que es cabeza y jefe de esta familia, en la cual viene a ser como un cacique subalterno, del que tiene el general gobierno de todos, y derecho en propiedad de aquel terreno.

Cuando enferma alguno en la familia, acude el santón de ella a cantarle al oído, con voces tan fuertes y desentonadas, y tan desagradables, que ellas por sí solas bastarían a matarle. Si se agrava, -77- convida a los demás de su oficio, y a todas las viejas, para que le ayuden a cantar a fin de que de noche y de día no cese el canto; pero nadie queda responsable si el enfermo muere, porque este cargo es sólo del hechicero. Cuando el enfermo está ya enteramente postrado, si es doncella y joven, le forman un toldo de poncho, separado de la toldería, la ponen en él, y allí es el canto más fuerte; porque todas cuantas viejas hay, van a cantarle, y una de ellas arma en un palo todos los cascabeles que puede juntar, y haciendo con ellos gran ruido, da una vuelta alrededor del toldo de cuando en cuando, a cuyo tiempo esfuerzan las de adentro su gritería. Durante la enfermedad se matan yeguas y caballos, en ofrenda o sacrificio al ídolo para que mejore el enfermo; pero esta ofrenda se la comen entre el mismo enfermo y los cantores.

Si el enfermo muere, bien sea en el nuevo toldo de ponchos, siendo doncella, o en el suyo mismo, siendo hombre o mujer casada, se trae al toldo el caballo más estimado, lo aparejan, y poniéndole encima todas las alhajas del difunto, montan en él un muchacho, y le hacen dar una vuelta alrededor del toldo, donde está el cadáver; bajan al muchacho y ponen al cuello del caballo un lazo, de cuyos dos cabos tiran dos indios hasta que lo ahogan. Tienen ya prevenida una hoguera, donde van arrojando al quemar el aparejo y alhajas que lleva el caballo; y la persona que hace cabeza de duelo se va quitando el vestido y cuanto tiene puesto, y lo va arrojando

también al fuego; como también todos los parientes y amigos echan una prenda cada uno, que al efecto traen de sus toldos o se quitan de su vestidura, compitiéndose en entregar al fuego las mejores, en que denotan más obligaciones al muerto, más amistad, amor, etc. Luego desuellan el caballo ahogado, y se reparte su carne entre todos los que echaron sus prendas al fuego. La doliente se está en su toldo muy tapada y sin hablar una palabra. Todas las mujeres parientas y amigas las van a hacer compañía, y para ello se cortan del pelo unos mechones, de modo que les caiga por la frente hasta las cejas, se arañan la cara, se sajan los carrillos, y lloran aunque no tengan gana, con unos gemidos y estilo tan lamentable y lastimoso, que parece se les arranca el alma. A la noche se entregan las viejas del cadáver, y ellas lo entierran donde les parece, sin que lo sepan dolientes ni otro alguno, porque ni se les pregunta, ni ellas pueden decirlo a nadie. Sigue el duelo, por quince días, con los mismos gemidos, y se van matando cada día caballos del difunto hasta no dejar ni uno, porque todos sus bienes han de quedar destruidos sin que puedan darse a nadie, ni menos habría quien los admitiese, sabiendo que eran del muerto, porque éste es un sagrado para -78- ellos inviolable. Todas las lunas se repite un día el duelo y llanto, y se mata caballo o yegua si hay amigo o pariente que quiera darlo, porque al difunto ya no le ha quedado ninguno. Cumplido el año, se repite el duelo por tres días, con llantos, hoguera, arrojar en ella prendas, y demás ceremonias, cuantas pueden hacer para que se renueve el funeral, como en el día de la muerte, después de estos tres días, ya no vuelven a acordarse más del difunto para nada. Toda esta fúnebre pompa y ceremonias se hacen sólo por jóvenes o personas de buena edad y robustas, pues a los que mueren viejos ni se les hace duelo ni se les llora, ni se acuerdan más de ellos, creyendo que su muerte era precisa, y se contentan con matar en ella un caballo, el peor o más desechado que tenga.

Se matan caballos por casamientos y muertes, por la salida de los dientes a los muchachos, cuando comienza la menstruación a las mujeres, por cualquiera leve mal, para aplacar al ídolo enojado, que creen lo está cuando tienen enfermedades, cuando les cuesta mucho trabajo el tomar la caza, cuando otros indios lo hostigan y no tienen fuerzas suficientes para hacerles guerra, porque en este caso aguantan las injurias que les quieran hacer; y toda esta matanza de caballos e yeguas es la causa de no estar toda la costa poblada de este ganado; pues aunque las yeguas paren todos los años, con todo, como dejan pocas, no hay suficientes caballos para surtirlos, sino fuera por los que los indios pampas de Buenos Aires les cambian por los cueros que les llevan cuando bajan al Río Negro, de que resulta tener los de San Julián menos ganado de este que los del golfo de San Jorge y Santa Elena, porque no pueden bajar al Río Negro con la continuación que estos.

Creen en la transmigración del alma, y que las de los que mueren pasan a los que nacen en la familia, en esta forma; el que muere viejo transmigra el alma sin detención, y por eso no se le llora ni hacen sentimiento, porque dicen va aquella alma a mejorar de puesto; pero la del que muere joven o robusto, queda detenida debajo de tierra, sin destino hasta que se cumple el tiempo que le faltaba para ser viejo, que entonces pasa al primero que nace, y por esta detención, en que juzgan está comprimida, y

violenta, le hacen todos los sacrificios al ídolo; para que le dé algún desahogo, ínterin llega el tiempo decretado. Y son tan supersticiosos en esta materia, que unos se persuaden es conveniente poner en el sepulcro a los difuntos alguna comida y alhajas para que coman sus almas y se diviertan, y otros lo tienen esto por ocioso, creyendo que el ídolo les dará todo lo necesario. Esta materia se gobierna en cada familia -79- según el modo e pensar del embustero santón, que se engaña y los engaña como quiere, sin que se repare en sus inconsecuencias, aun cuando sus pensamientos y sus disposiciones varíen a cada paso. Estos embusteros les hacen creer que el ídolo hace gestos y habla, haciéndolos ellos conforme le dicen que les vieron hacer; y aunque los mismos indios se hallen presentes al tiempo, que el santón descubre el ídolo, y con sus mismos ojos vean que es mentira, como el santón diga que habló o hizo gestos, basta para que ellos lo crean así ciegamente.

Júzganse incapaces de poder ofender con alguna de sus operaciones a la deidad que adoran, y así creen que los contratiempos o castigos que les envía, no es porque ellos los merezcan por sus delitos, sino porque te da gana al ídolo de tratarlos mal. Así la benignidad de esta potencia consiste en tener buenos caballos, salud y paz, hallar mucha y buena caza, y lograr fidelidad de parte de sus vecinos.

El número de indios que se hallan aquí establecidos, serán hasta 4000 personas: ocupan el terreno de la costa que queda señalado. No pueden salir de él, impidiéndoselo por el E la mar, por el N el Río Negro e indios pampas de Buenos Aires, y por el O y S la Cordillera, imposible de pasar aquí por su altura, y por hallarse en todo tiempo cubierta de nieve, sin que se verifique la habitan en estos parajes ni aun las aves.

En todos estos terrenos no hay madera alguna de construcción, pero hay bastante leña en partes, buena para quemar, y lo más del suelo está cubierto de sabina, torbisco, tomillo y gomieles. Todo el terreno es quebrado, formando lomas, cañadas y valles: uno de estos se halla a 20 leguas de San Julián, es muy ameno: le llaman el Oenna, los indios. Hay en él infinitos manantiales de buena agua. En las más cañadas y valles se encuentran manantiales a la una, dos, tres o cuatro leguas de la costa. No es probable se hallen metales en este suelo, porque si los hubiera no los dejarían los indios de tener y emplear en su uso; y naturalmente hubieran dado con ellos una u otra vez, mediante que jamás paran mucho tiempo en un destino, variando continuamente de asiento para poder subsistir a favor de la caza, que según las estaciones se mete tierra adentro, o baja a buscar las playas.

Las armas de que usan, son bolas y lazo, y también dagas y sables, que adquieren de los indios pampas de Buenos Aires, o los -80- fabrican ellos de cualquiera pedazo de fierro que se les da, y estiman mucho por esto, o del que recorren por las playas, despojos de embarcaciones perdidas. Les cuesta mucho trabajo hacer cada arma de estas, porque sin embargo de que medio caldean el fierro al fuego, como no tienen herramientas se valen de piedras para darle forma, y después a brazo en una piedra de amolar lo desbastan, sacan el filo y la punta.

En sus batallas pelean al pie, dejando a las mujeres en custodia de los caballos, y se ponen unas como camisas de hombre con mangas cerradas, hechas de diez o doce cueros de venado, bien sobados, que no los puede

pasar el sable ni la daga. En la cabeza se ponen una especie de sombrero, o casco hecho también de cuero de buey o de caballo, con cuyos resguardos procuran tirarse las cuchilladas a las piernas por ser más fácil herir en ellas, cortando las botas. Son muy firmes y constantes en la batalla, y no la dejan, una vez que entran en ella, hasta ser vencidos o muertos. Usan también de las bolas, y todo partido que es vencido, ordinariamente son muertos, porque se ensangrientan de manera que ninguno huye; y esta es la causa de no ser mucho más poblados estos terrenos, porque las mujeres son muy fecundas, y padecen muy pocas enfermedades.

Desde Santa Elena al Río Negro, dicen los indios que es muy escaso de aguas el terreno, que sólo se hallan algunas pequeñas lagunas en tiempo de lluvias, y cuando están secas, se ven obligados para ir al Río Negro a arrimarse a la Cordillera, donde bajan manantiales: y como para esto suben mucho al O, triplican el camino si han de bajar luego al establecimiento de los españoles, con respecto a que caminarían por la costa, si en esta tuviesen agua.

Los toldos los ponen clavando en tierra dos palos de dos o tres varas de alto, y una y media distantes uno de otro; al lado de cada palo, y a igual distancia clavan otros dos más cortos, y al O de los seis, clavan otros seis más cortos a la misma distancia, y al O de estos con igual distancia otros seis de poco más de media vara de largo. Sobre estos diez y ocho palos echan el cuero con el pelo para afuera, y lo aseguran a las cabezas de todos los palos, de los cuales cuelgan como cortinas de cuero por dentro, que forman las divisiones según las necesitan, atándolas de alto abajo a los mismos palos a manera de mamparos firmes; por afuera llega el cuero hasta el suelo por el N O y S, dejándole siempre la puerta al E de toda la anchura del toldo, el cual queda como si fuese una cueva ovalada. A la puerta no se le pone cosa alguna con que cerrarla, sino -81- en el rigor de los hielos, que la tapan, colgando de ella otro cuero. Las separaciones interiores las acomodan desde el centro hasta el fondo para cada matrimonio, y los hijos y demás familia y parentela duermen todos revueltos en el resto, que queda franco hasta la puerta, uniéndose aquí viudos, viudas, solteros, solteras, parientes, criados y esclavos, y en fin, cuantos dependen o tienen relación con la cabeza principal o amo del toldo. Las doncellas aquí, sin embargo de esta ocasión, procuran, como queda dicho, guardar su virginidad, mientras tienen esperanza de casarse; pero si llegan a perderla se dan a cualquiera, y tanto ellas como las viudas pasan buena noche, acomodándose indistintamente con el que primero se les acerca a dormir con ellas.

Las querellas de los hombres dentro de una misma toldería se deciden entre ellos a moquetes, sin que puedan usar para ello de otras armas, ni que se atreva nadie a separarlos hasta que ellos se rinden o separan, y los demás están mirando, celebrándolos o riéndose. Las mujeres cuando riñen se están muy asentadas, diciéndose palabras ofensivas, hasta que la una echa mano a deshacerse las trenzas del pelo con mucha flema, lo que igualmente hace la otra con la misma, continuando en los improperios; y en teniendo ambas el pelo todo suelto, se lo sacuden, se levantan y se arremeten furiosas, dándose buenos tirones de él, en que se quitan una a otra cuanto pueden sacar, enredado en las uñas, y las demás mujeres y hombres se las están mirando, sin que se atreva nadie a separarlas; hasta que ellas mismas se

apartan en estando cansadas, y se quedan tan amigas de resultas de esto, como si la nunca hubiesen reñido, permaneciendo todo aquel día con el pelo suelto; y en la querella no pueden darse como los hombres moquetes, ni tirarse a romper el vestido, sino solamente el pelo, siendo de lo contrario corregidas de las circunstantes espectadoras.

En tiempos de duelo, en marchas, en días de mucho viento, muchos fríos o heladas, se pintan el rostro de negro o morado, tanto hombres como mujeres, para que no se les corte el cutis.

Generalmente tienen estos indios índole muy dulce e inocente, y me tomaron tanto afecto y trataron con tanta sencillez, principalmente el cacique de San Julián, que si hubiéramos tenido caballos bastantes, pienso no quedaría un palmo de aquellos terrenos que no pudiese registrar en su compañía.

Buenos Aires, 10 de diciembre de 1783.

Antonio de Viedma

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario